

Lady Valentina

Jane Mackenna



Lady Valentina



Jane Mackenna



Agradecimientos

Como siempre agradecer a mis buenas amigas, Leydy García y Emisellys Sánchez por estar siempre apoyándome. Además por ser mi ilustradoras y correctoras, ¡mil Gracias!

A mis lectoras cero, Lisdey, Mey y Gemma, sin vuestra ayuda Lady Valentina no sería lo que es hoy.

Y, sobre todo, a todos esos lectores que me dan la oportunidad de entrar en sus vidas.

¡Gracias!

Dedicatoria

A mis padres por inculcarme el amor a la lectura desde muy pequeña, a mi madre por enseñarme el mundo mágico de la literatura romántica.
Gracias mis ángeles.



Eilean Donan 1481.

Como cada año vengo a traer las flores preferidas de mi hermana a su tumba.

Hace seis años que se fue, y la echo de menos como el primer día, ella aún tenía mucho por vivir, siempre tuve la esperanza de que sus palabras no se cumplieran, pero en el momento que tuve delante de mí a Valentina Mackencie, sabía que perdería a mi hermana.

Nunca olvidaré el día que la vi por primera vez, para mí fue como ver un ángel, una niña de pelo oscuro y ojos claros, en su mirada pude ver lo mismo que yo sentía, mi alma clamaba por la suya, ¿y cuál fue mi reacción? Huir.

Huir de ella y de los sentimientos que despertaba en mí, creyendo que de ese modo evitaría que mi hermana tuviera razón en su predicción, pensé que de esa manera la salvaría como tantas veces hice.

Me equivoqué, tal como Marian me había dicho unos días antes de cumplir quince años, mi hermanita fue a dormir, pero no volvió a despertar.

Aún escucho los gritos de Valentina llamándome....

—¡Sebastien! —escucho a Valentina gritar —¡Sebastien!

Corro hacia la habitación que comparte con Marian rezando que sus

gritos no sean por lo que pienso, todos en la casa han escuchado los alaridos y corren tanto como yo, soy el primero en entrar y lo que veo me destroza más que cualquier cosa que he tenido que soportar.

Valentina tiene entre sus brazos a una Marian dormida sonriente, se le ve con mucha paz, la muchacha llora desconsolada.

—No se despierta. ¡Dile que despierte! —aún es tan ingenua, solo tiene doce años.

Alexander corre hacia la habitación y al entrar y aparta a su hija del cuerpo sin vida de Marian, es Marie quien se lleva a Valentina; yo aun no puedo moverme. Sarah histérica intenta despertar a la que ha sido su hija por seis años.

—¡James, mi hija no! —grita llorando abrazando de igual modo a mi hermana.

Mi padre intenta calmarla, aunque él también está llorando, mi Laird abraza a Brianna quien llora igual que su hermana, los gemelos están inmóviles aun sin comprender muy bien que su compañera de juegos se ha ido.

Cuando James consigue apartar a Sarah; me acerco, me siento en la cama y abrazo a mi hermana, apartando su cabello negro de su cara de duendecillo, la miro durante horas esperando que abra los ojos, pero ella ya no está, se ha ido a un lugar mejor tal como hace años me aseguro con tranquilidad que sucedería, este mundo es demasiado cruel para un alma tan pura como era la suya, siempre pensé que mi hermana era un ángel enviado a la Tierra con un propósito, y que cumplido su cometido volvería al cielo, a su hogar.

La enterramos en su colina favorita, ese lugar que se cubre con un manto de flores antes de que llegue la primavera.

Desde aquel momento me alejé más de Valentina; de algún modo la culpaba, fue relativamente fácil hacerlo en aquel entonces, ahora ya no me es tan sencillo.

Si cuando era una niña era preciosa, ahora con sus diecinueve años recién cumplidos es una mujer hermosa, un poco más alta que su madre, con su largo cabello rizado de un color negro como el carbón, sus ojos claros reflejan una inocencia que no quiero ver desaparecer.

Y aun puedo escuchar su dulce voz preguntarme...

—¿Por qué no me quieres Sebastien? —susurrando con voz trémula.

¿Qué no la quiero? Es la persona más importante para mí desde que Marian murió, pero mi pasado aun me persigue.

Pasé años sin volver a Eilean Donan, regresé casi con dieciséis, volví para entrenar con los hombres Mackencie, quería luchar al lado de Alexander, Laird de nuestro clan.

Valentina casi contaba con diez, había crecido, pero seguía siendo una niña para mí, yo ya era un adolescente, casi un hombre.

Aun puedo recordar la sonrisa con la que me recibió, lo feliz que le hacía tenerme de nuevo en su hogar, a mí, todas esas demostraciones de afecto aun me molestaban, al día de hoy siguen sin gustarme. Soy un hombre frío; sin sentimientos, solo Marian tenía una parte de mi corazón que murió con ella, la otra parte se la entregué a Valentina Mackencie hace doce años.

Pero ya no soy ese niño asustado, soy un hombre de casi veinticinco años y tomé una decisión hace mucho. Valentina no es para mí, ni yo para ella, no me merezco algo tan puro, tan inocente.

Valentina es tan distinta a Esmeralda.

Esmeralda es una gitana como yo, la conozco hace años y desde entonces es la única mujer con la que comparto mi lecho de vez en cuando.

Pensé que jamás volvería a desear tal cosa, pero me equivoqué, aunque ahora soy yo quien manda, soy yo quien decide.

No me gusta que me toquen, no permito que me besen, solo yacer de la forma que yo quiero, punto.

Esmeralda está más que contenta con eso, tiene la esperanza de que algún día me casaré con ella, lo que no sabe es que con la única mujer que me casaría, es aquella que no puedo tener.

Solo me casaría con la mujer que amo desde que tengo doce años, solo me casaría con Valentina Mackencie.



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481

¡Lo odio! Como lo odio...

Entro en mi alcoba dando un portazo ¿Cómo se atreve?

Se comporta como si tuviera algún derecho sobre mí. ¿Quién se cree que es?

Él puede revolcarse con la zorra de Esmeralda, y yo ni siquiera puedo hablar con mi mejor amigo Marcus.

Mi padre siempre lo envía a vigilar la frontera o a batallas absurdas y no puedo compartir mucho tiempo con él, desde que llegó a Eilean Donan se convirtió en mi mejor amigo, alguien con quien poder hablar, alguien que me trataba bien, no me despreciaba ni me hacía llorar.

Desde hace un año mis sentimientos han cambiado y justo hoy, cuando él quería hablar de algo importante... ¡Aparece el patán de Sebastien!

Siempre se ha interpuesto entre Marcus y yo, desde el principio, cuando éramos más niños eran simples discusiones, pero desde que ambos son adultos muchas veces llegan a los golpes, y mi padre siempre culpa a Marcus; nunca a su ojito derecho Sebastien.

Estoy tan cansada de su sobreprotección, por muchos motivos no puedo decir que su actitud sea debido a los celos, eso es una tontería.

Pero no pienso rendirme; esta noche acudiré al lago a encontrarme con Marcus, tengo el presentimiento de que se me va a declarar y voy a corresponderle, me cansé de mendigar amor a alguien que no puede sentirlo, a un bloque de hielo, sé que no amo a Marcus como debo hacerlo, pero me niego

a sacrificar mi vida y mi juventud en aras de un amor que jamás será correspondido.

La puerta se abre con estrépito y un Sebastien furioso aparece entrando en mi habitación sin permiso.

—¡Fuera de mi alcoba patán! —le grito furiosa—. ¡Lárgate! —le ordeno señalando la puerta con el dedo.

Lejos de obedecerme, cierra la puerta.

—¿Cuántas veces te he dicho que te mantengas alejada de Marcus? —sisea furioso.

—¿Qué te hace pensar maldito bastardo insensible que voy a obedecerte? —le pregunto gritando como una verdulera.

—Me obedecerás —ordena acercándose a mí—. Lo harás maldita mocosa, o Marcus pasará una larga temporada en las fronteras de las Tierras Bajas —amenaza con seguridad.

—No serás capaz —susurro entrecerrando los ojos, con verdadero odio.

—No me retes Valentina —advierde, cada vez más cerca de mí.

Creo que nunca ha estado tan cerca, puedo ver el negro de sus ojos, su piel morena por su sangre gitana.

—Puede que todos teman tu maldito carácter, pero yo no, así que ahórrate todo este teatro —no miento; nunca he tenido miedo de Sebastien, sé que él nunca me haría daño físicamente.

—Nunca me has temido, y ese es tu gran error, puedo destruirte —contesta apartando la mirada y alejándose de mí.

—Lo sé, pero nunca levantarías la mano contra mí —digo muy segura.

—No volveré a repetírtelo Valentina, deja de comportarte como una muchacha caprichosa y aléjate de Marcus — advierde y está dispuesto a marcharse...

—¡No es capricho Sebastien, él ha sido mi mejor amigo, algo que tu no entiendes, nunca has necesitado a nadie, tu existencia está vacía! —exclamo furiosa por su indiferencia y sus imposiciones.

Él se queda inmóvil por un momento, creo que va a hablar, pero parece pensarlo mejor, y sale de la alcoba dejándome sola de nuevo.

Más decidida que nunca hago llegar un mensaje con George el hijo de Marie, aunque es unos años más joven que yo, siempre hemos tenido una buena relación, me he citado con Marcus en el lago esta noche cuando todos estén durmiendo, no pueden impedir que escuche lo que me tiene que decir.

Solo espero que George no se vaya de la lengua y Marie o peor aún Ian se

enteren, porque sino, estoy perdida.

Ellos han sido parte de la familia desde antes de que naciera. Marie es la mejor amiga de mi madre a pesar de ser su criada, Ian ha sido el segundo al mando hasta hace un año, sigue luchando, pero ahora es Sebastien quien es la mano derecha de mi padre; recuerdo que Marcus se enfureció al saber la decisión de mi padre e Ian, él estaba convencido que sería el quien ocuparía el puesto, y yo también.

Pero como siempre Sebastien ganó, Ian y mi padre lo adoran, y también lo he hecho durante años. Ya no más, me cansé de esperar a que él se dé cuenta que esta lucha que tenemos desde que él llegó aquí es inútil, pero desde que Marian se fue, todo ha sido peor.

No solo perdí a mi prima y mejor amiga, también perdí al amor de mi vida, porque sí, no lo niego, lo acepté incluso antes de saber lo que ello significaba, pero sé que Sebastien luchará contra lo que nos une hasta el día de su muerte, y no voy a dejar pasar más el tiempo, tengo casi veinte años, ya debería estar casada, mi madre a mi edad estaba casada y con dos hijos.

Por eso mi decisión es firme, esta noche espero recibir una declaración por parte de Marcus, y a pesar de que se, que mi padre, Ian y mi tío James van a poner el grito en el cielo, es mi decisión, sé que tanto mi madre como mi tía me apoyarán. Bueno, tía Sarah tendrá que asimilar la noticia, ya que su deseo siempre ha sido que Sebastien fuera mi marido, suspiro con resignación, nadie más que yo lo desea.

Sí, lo deseo. Lo amo. Lo necesito, mi alma clama por él. ¿Y qué es lo que consigo por su parte?

Indiferencia.

Siempre he sido consciente del interés que despierta en las mujeres, incluso mi prima que solo tiene doce años suspira al verlo pasar y eso que es como su hermano, pero antes podía consolarme al ver que él no se interesaba por ninguna, todo eso cambio hace un par de veranos; cuando conoció a una gitana llamada Esmeralda, es bastante mayor que él, según pude averiguar por Duncan, —el chismoso de la familia—. Esmeralda es viuda o eso dice ella, no confió en esa mujer. ¡La odio!

El odio que siento por ella, nace de lo más profundo de mi corazón, ya que ha conseguido que Sebastien le preste atención, sé que comparten cama, soy consciente de que una jovencita de mi edad y además soltera ni siquiera puede pensar en algo así; pero no soy estúpida, ni Escocia es igual a Inglaterra. Mi patria es salvaje a la par que hermosa, así que las escocesas no tenemos

tiempo para remilgos, ni reglas absurdas, aunque a mi padre le daría un ataque si supiera mis pensamientos.

Una cosa es suponerlo y otra verlo: Hace unos meses cuando fui a las caballerizas dispuesta a montar un rato, me asusté un poco al escuchar ruidos extraños; gemidos y golpeteos constantes. Sin embargo, mi curiosidad pudo con el miedo y ojalá nunca hubiera visto lo que vi, esas imágenes aun me atormentan.

Sebastien tenía a Esmeralda a cuatro patas como un caballo, y la embestía con fuerza, en un momento pensé que ella gemía de dolor, incluso estuve tentada a salir en su defensa, pero cuando escuche como gemía el nombre de Sebastien pidiendo más, entendí que esa zorra disfrutaba de ser tratada de esa manera, unas arcadas me hicieron correr fuera de los establos, ni siquiera llegué a la casa, vomité el desayuno rezando porque el placer que estaban obteniendo ese par, el uno del otro los distrajera lo suficiente como para que no me escucharán. Me marché llorando y esa noche ni siquiera bajé a cenar, no soportaba siquiera pensar en sentarme a cenar en la misma mesa que Sebastien.

Creo que ese día, el hombre al que había amado desde los seis años, se cayó del pedestal donde lo había puesto.

Pasé semanas sin hablarle, él al principio no mostró signos de que le importase, sin embargo, con el paso de los días se mostraba ceñudo como preguntándose qué demonios me pasaba, nunca se lo dije y nunca lo haré.

Bajo a cenar con mi familia para no despertar sospechas, aunque no sé si son imaginaciones mías o Sebastien está mirándome más de lo acostumbrado, ¿sospechará algo?

Bebo nerviosa de mi copa, rezando porque no sepa nada. He quedado precisamente hoy con Marcus porque es el día que Sebastien va a ver a Esmeralda.

Como siempre la cena transcurre entre las conversaciones formales de mi padre y su segundo al mando; mi madre y mi tía de sus cosas, los gemelos como siempre con sus cuchicheos, Ian y Marie vigilando a todos, somos una familia encantadora.

En cuanto puedo me levanto de la mesa alegando que quiero acostarme pronto, solo George sabe mi secreto.

Al llegar a mi habitación, me cambio y me acuesto, no quiero que mi madre o mis hermanos que vienen a verme antes de acostarse como es costumbre, no me encuentren vestida. Cuando sea la hora que todos estén

dormidos, me vestiré y saldré por la puerta de servicio.

Escucho como mi padre y mi madre suben las escaleras en compañía de mis hermanos. Mi madre se asoma como hace cada noche, y me desea buenas noches; no importa cuántas veces le diga que deje de hacerlo, ella no me escucha, dice que para ella siempre seré su niña.

—Buenas noches, cielo —dice con una sonrisa.

—Buenas noches madre —le respondo de igual manera. Apago las dos velas que permanecen encendidas y me dispongo a dormir, o eso es lo que creen todos.

Cuando mi madre se marcha cerrando la puerta, aun escucho a los gemelos con sus tonterías y a mi padre reñirles, «¿cuándo van a madurar?» Acaban de cumplir dieciocho años y siguen siendo unos críos.

Llevo ya mucho rato quieta, intentando escuchar cualquier ruido que me indique que alguien aún permanece despierto en el castillo, pero parece que llegó el momento.

Me levanto y vuelvo a vestirme sin hacer ruido, bajo por las escaleras y salgo por la puerta de servicio.

Una vez fuera corro a través de los árboles y me dirijo al lago, no está muy lejos de aquí.

Cuando llevo silbo dos veces, es nuestra señal de que vengo sola, y Marcus por fin aparece ante mí, con esa sonrisa como si todo le hiciera gracia, eso es lo que más me gusta de él, siempre está de buen humor, tan diferente de...

Bueno, de Sebastien, pero ya no quiero pensar más en él.

—Buenas noches, bella dama —dice haciendo reverencia, no puedo evitar reír.

—Tu siempre con tus tonterías —le digo.

—Bueno, al fin solos —farfulla un poco nervioso, se lo noto porque no para de rascarse la barba.

Sí, Marcus tiene una barba poblada pelirroja al igual que su cabello, muchas veces he intentado que se la quite, pero se niega, dice que le confiere carácter.

—Sí, ¿qué querías decirme? —pregunto directa, no tenemos mucho tiempo y ambos lo sabemos.

—Valentina Mackencie —respira hondo antes de mirarme a los ojos fijamente—. ¿Quieres casarte conmigo?

Lo sabía, sabía que esta iba a ser su pregunta, lo que nunca imaginé es que

dudaría en darle mi respuesta, ¿por qué soy tan idiota?

En estos momentos Sebastien esta con Esmeralda ¡Se acabó!

Se acabó Sebastien para mí, es tiempo de pasar página.

—Marcus... —estoy a punto de darle mi respuesta, cuando un ruido nos sobresalta. Ambos nos ponemos alerta.

¿Qué o quién podrá ser?

Sebastien Mackencie.

¡Maldito bastardo! Pienso enfurecido.

¿Cuántas veces le he dicho que se mantenga alejado de Valentina?

Me acerco a ellos, dispuesto a volverle a recordar a golpes por qué no debe acercarse a la mujer que amo.

—¡Valentina! —grito, se sobresalta y me mira furiosa—. Estas no son horas de estar fuera de casa, y mucho menos en compañía de un hombre. Además, con seguridad tus padres han de estarte buscando.

Es algo que no puedo afirmar, ya que vengo de la tumba de Marian.

—Voy dentro de un rato —dice dándome la espalda, dispuesta a seguir la conversación con Marcus.

—No, vas ahora, es urgente —le ordeno ya perdiendo la poca paciencia que tengo.

Ella me mira como si quisiera matarme, pero al fin se marcha, me da igual que en estos momentos desee mi muerte. La quiero lejos de este malnacido.

Entiendo porque Alexander ha preferido tener a este tipo cerca nuestro, pero no lo soporto, no soporto como mira a Valentina.

La mira como si quisiera devorarla, esa mirada de deseo enfermizo que tantas veces vi en mi padre, por eso no quiero que se queden solos ni un momento. Mientras ella fue una niña estuvo a salvo, ahora es toda una mujer y Marcus la desea. Pero en sus planes no hay nada honorable de eso estoy seguro.

—Te lo he advertido Marcus, la próxima vez no tendrás tanta suerte —le amenazo.

—Inténtalo bastardo gitano —me insulta burlón. Sin pensarlo, le propino un puñetazo que lo tumba, no vuelve a levantarse.

Me dirijo hacia la habitación de Valentina, sé que no debo estar a solas

con ella. No obstante, de un tiempo a esta parte está muy rara, no me habla, ya no me busca para parlotear a mi alrededor.

Y debo reconocer que lo echo de menos. La echo de menos a ella.

Han sido muchos años mostrándole indiferencia, todos los que me conocen pensarán que estoy feliz de que ya no sea mi sombra, pero no es así.

Y me pregunto que ha podido pasar...

Como siempre, discutir con ella colma mi paciencia, sin darme cuenta estamos muy juntos, y con gran fuerza de voluntad me aparto, cuando lo que más quiero es besarla.

Sin embargo, no lo hago. Nunca lo haré.

No puedo mancillarla, robarle la inocencia que aún conserva, y que espero siempre sea así, además no quisiera que ella se riera de mí, tengo casi veinticinco años y no se besar.

Nunca he besado a nadie, ni siquiera a Esmeralda, nunca se lo permito por mucho que me suplique.

Me marchó furioso y frustrado, la deseo. ¡Dios como la deseo! Pero nunca me permitiré perder el control con ella, menos mal que esta noche he quedado con Esmeralda, con ella puedo desfogarme, a ella no le importa lo jodido que estoy por dentro, solo le interesa el placer que puedo proporcionarle.

En la cena la observo, está demasiado tranquila... Valentina no suele ser así.

En circunstancias normales estaría quejándose con su padre por mi comportamiento, y Alexander volvería a darme la razón en lo que concierne a Marcus, Brianna saldría en defensa de él y estallaría una discusión donde como siempre, la última palabra la tiene Alexander Mackencie, Laird del clan más poderoso de las Tierras Altas.

Es la primera en levantarse y alegar que está cansada, ¿de qué? Hoy ni siquiera salió a cabalgar, pensándolo bien hace semanas que no lo hace. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Todos deciden irse a dormir después de que Alexander da las instrucciones de vigilancia y las órdenes para mañana.

Me despido y me dirijo hacia mi cabaña que no está muy lejos, estoy dudando de ir al encuentro con Esmeralda ya que tengo un presentimiento, y no es bueno.

Mucho tiempo después, como me temía veo a Valentina salir por la puerta de atrás

¡Maldita muchacha!

Seguro que va al encuentro de ese bastardo, ha de haberla convencido para reunirse con él a solas, sabe Dios qué quiere hacerle.

La sigo dispuesto a saber que se trae entre manos. Se dirige al lago, cuando silva dos veces sé que es a Marcus a quien llama, desde que era una niña es su forma de comunicarse con él.

No tarda en aparecer el miserable de entre las sombras, no escucho muy bien lo que dice, así que me acerco más intentando no hacer ruido.

—Valentina Mackencie. ¿Quieres casarte conmigo? —escucho como pregunta Marcus, dejo de respirar.

No puede ser, con ella no.

Ella duda, por un momento estoy seguro de que su respuesta será negativa, después de todo ella me ama, ¿no? Siempre ha sido así.

—Marcus...

Algo me dice que la detenga, y sin pensarlo salgo de mi escondite.

Ambos me miran sin poder creerse que esté aquí.

—¡Me has seguido! —grita acercándose a mí, me empuja por el pecho.

—¡Y tú no deberías estar aquí! —le grito de vuelta—. ¡Y menos con él!

—Tú no eres quien para decirme lo que puedo o no puedo hacer. ¡Deja de meterte en mi vida! —sigue gritando.

—¡Basta! —ordeno cogiéndola por las muñecas, para que deje de golpearme.

Marcus es un simple espectador, con una sonrisa de estúpido en su cara.

—Te dije que no te acercaras —siseo—. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Ya te lo ha dicho, y haz el favor de soltar a mi fututa esposa —dice con fanfarronería.

—¡Ella no es, ni será nada tuyo! —le grito preso de la rabia.

—¡Eso no lo decides tú! —grita ella de nuevo, creo que nunca la vi tan furiosa—. Y sí, voy a casarme con Marcus.

Afirma mirándome, ¿he escuchado bien? ¿Va a casarse con ese bastardo?

—¡No puedes! —exclamo estupefacto.

—Claro que puedo. ¡Y lo haré! —afirma, y dirigiendo una mirada a Marcus se marcha, dejándome petrificado.

Marcus rompe a reír, ni siquiera reacciona.

—Te dije que sería mía —se ríe de mí, y lo que más deseo es matarlo.

—Nunca será tuya, ¿crees que Alexander consentirá? —ahora es mi turno de burlarme de él.

—De un modo u otro será mía —afirma muy seguro de sí mismo.

—No, si estás muerto —lo amenazo, dispuesto a luchar contra él

—¿Crees que tu adorada Valentina te perdonaría alguna vez que mataras a su mejor amigo? —pregunta con ironía, mi silencio es la respuesta—. Lo suponía.

Y se marcha silbando, me quedo solo pensando que todo esto debe ser una pesadilla.

Jamás permitiré que Marcus se case con Valentina, y estoy seguro que Alexander tampoco lo hará, sin su aprobación no pueden casarse, ¿no? Pero pueden irse a Gretna Green y casarse en secreto.

¡Demonios! No voy a separarme de ella ni de noche ni de día, siempre supe que la perdería, pero no por un hombre como Marcus, si fuera un buen hombre y supiera que la haría feliz me apartaría, viviría mi vida viendo como ella encuentra la felicidad con otro, pero Marcus no es ese hombre.

No voy a dejar que cometa ninguna estupidez, ella se merece algo mejor.

No Valentina, no te lo voy a permitir.

Decidido emprendiendo el camino hacia el castillo, mañana hablaré con Alexander y James, este despropósito debe acabar.



Valentina Mackencie

Me marché corriendo porque temo que, si el miserable de Sebastien se ha dado cuenta de mi salida, los demás también pudieron hacerlo, y aunque mi padre me adora, no tengo ganas de sufrir su cólera antes de tiempo.

Antes de que apareciera ese maldito mi respuesta a Marcus iba a ser negativa, aunque antes había estado segura de poder aceptarlo, al tenerlo frente a mí, pidiéndome matrimonio mi corazón no me permitía decirle que sí.

Pero al aparecer Sebastien volví a recordar porque quería. No, necesitaba decirle que si a Marcus, ¿qué mejor marido que mi mejor amigo? Lo conozco, sé que me tratará con respeto y que el amor puede llegar con el tiempo. Mi madre me ha contado mil veces su historia de amor con mi padre, y como cuando fueron obligados a casarse se odiaban a muerte, meses después ese sentimiento se había transformado en el amor más puro y duradero que he conocido. Así que estoy segura de que, con el tiempo podré amar a mi mejor amigo como él se merece, como yo merezco ser amada.

Cuando estoy a punto de entrar por la puerta, de la cual he salido hace un rato, alguien me detiene. Quiero gritar, pero me tapan la boca con una gran mano, la reconozco enseguida.

Sebastien.

Me lleva hacia atrás donde hay una arboleda, cuando me suelta lo primero que hago es darle una bofetada que rompe el silencio de la noche.

—¡No vuelvas a tocarme! —siseo, enfurecida a pesar de todo mi cuerpo se

estremece ante su contacto, eso es lo que quiero evitar.

Él solo me observa incrédulo, tocándose su mejilla enrojecida por el golpe. Cierra los ojos, seguro que está buscando calmarse para no asesinarme por golpearlo.

—No vuelvas a golpearme en tu vida —gruñe mirándome directo a los ojos.

Otra estaría asustada, yo no.

Me dispongo a marcharme, pero me vuelve a detener cogiéndome por el brazo, miro donde nuestras pieles se están tocando, el calor me recorre y él parece sentirlo también porque me suelta con rapidez.

—No vas a casarte con Marcus, olvida esa tontería Valentina —ordena conteniendo su enfado—. No me obligues a hablar con tu padre, sabes lo que ocurrirá.

—¿Qué te importa a ti con quién me case? —pregunto intentando comprender su actitud—. No voy a pasarme la vida suspirando por ti Sebastien, se acabó. —él parece, ¿dolido? Eso aún me confunde más y a la vez me enfurece, sigue haciendo su vida y yo debo quedarme soltera y envejecer adorándolo en la distancia. ¡Me niego!

—¡Con Marcus no! No confié en él, esconde algo —dice frustrado.

—¡Por el amor de Dios! —exclamo alzando mis manos al cielo—. Lleva con nosotros doce años, ¿crees qué si fuera alguien malvado, no habría actuado ya? —pregunto.

—No si su plan es dañar a Alexander a través de ti, cuando llegó aquí eras una mocosa —responde enfurruñado.

—¡Eres un miserable bastardo! —intento no gritar, pero me lo está poniendo demasiado difícil—. ¿Crees que nadie puede amarme? Porque tu no lo hagas, no significa que Marcus no pueda hacerlo.

—No he dicho eso. ¡Maldita sea Valentina! —tira de su pelo negro, está nervioso, y nunca lo había visto así.

—¡Basta Sebastien! Habla con padre si eso es lo que crees que debes hacer, solo te advierto que, si lo haces, todo el amor que he sentido por ti durante doce años puede convertirse en odio.

Dicho esto, me marché corriendo. Sebastien no me sigue, no vuelve a detenerme, me dirijo hacia mi alcoba y al entrar sin que nadie me haya descubierto, siento que puedo respirar de nuevo. Si alguien aparte de Sebastien me hubiera descubierto, estaría acabada.

Me acuesto en la cama dispuesta a dormir, pero como ya suponía no lo

consigo, veo el amanecer y mi mente aun no puede dejar de reproducir una y otra vez lo que he vivido hace unas horas, Sebastien siguiéndome, lo que significa que no se ha visto con Esmeralda.

¡Me ha seguido a mí! Eso me llena de alegría, me hace replantearme mi decisión. ¿Y si él finalmente se ha dado cuenta de que es mi alma gemela?

Soy descendiente de celtas, creo firmemente en las almas gemelas, que nacemos destinados a alguien en especial, algunos afortunados lo encuentran siendo jóvenes, otros mucho más tarde, y unos pocos tienen la mala suerte de no encontrarlo jamás.

Yo lo hice con seis años y desde entonces he sentido una paz increíble, me he sentido completa, sabiendo que mi otra mitad estaba cerca.

Me levanto cuando empiezo a escuchar que los demás ya están cada uno en sus cosas, sé que mi padre llevara horas despierto, y rezo para que Sebastien no haya cumplido su amenaza porque, aunque le afirmé que iba a casarme con Marcus, quiero volver a hablar con él, ahora que me he dado cuenta que prefirió venir detrás de mí, que ir a gozar de la perra gitana, no voy a tomar una decisión definitiva sin hablar de nuevo con él, sin que él hable claro conmigo.

Bajo las escaleras y como cada mañana la mesa está ocupada por toda mi familia, incluso mi padre que, aunque se levanta mucho antes que nosotros, vuelve a desayunar por segunda vez, siempre que sus obligaciones se lo permitan.

—Buenos días —saludo con una sonrisa para todos, incluso para Sebastien que me mira aun con la furia de anoche en sus ojos.

—Buenos días cielo. ¿Has dormido bien? Estás un poco pálida —dice preocupada mi madre.

—Brianna deja a tu hija, yo la veo igual de hermosa que siempre —acota mi padre sin levantar la vista de su plato.

Alexander Mackencie; el hombre más cariñoso, leal y honorable que he conocido, el mejor padre que la vida me pudo dar, ya comienza a aparecer las primeras canas en su pelo tan negro como el mío, pero según mi madre sigue siendo el hombre más apuesto de toda Escocia.

—Gracias padre, y si estoy bien mamá —intento tranquilizarla.

—Valentina, ¿vas a ir a montar? —pregunta mi hermano Aydan.

Mi hermano Aydan y yo estamos muy unidos desde hace unos meses, Keylan ha estado bastante extraño, —según me ha contado mi hermano—, estamos algo preocupados, porque Keylan no es así. Él es más extrovertido de

los dos, el que siempre está parloteando, siempre alegre, ahora está más callado. Se ha distanciado de mí, pero más de Aydan y eso es muy extraño, he intentado hablar con él, nada he conseguido. Tal vez deba hablar con Sebastien sobre el tema, él puede saber que le ocurre o si no es así, al menos puede intentar averiguarlo.

—Claro, ¿quieres venir conmigo? ¿Y tú Keylan? —pregunto con la esperanza de que esta vez sí acepte y volvamos a cabalgar los tres juntos como hemos hecho por años.

—No, hoy estaré ocupado con padre y Sebastien —responde sin mirarme.

—¿En qué si puede saberse? —pido saber, intentando entender por qué ha cambiado tanto, intentando recordar cuando empecé a perder a mi hermano.

—En asuntos que no conciernen a ninguna mujer —responde molesto.

—¡Keylan Mackencie! —grita mi pequeña madre—. ¡Más respeto hacia tu hermana, y hacia todas las mujeres de esta casa! —ordena enfadada.

Mi hermano se levanta con brusquedad y se marcha, ahí es donde mi padre interviene, no le gusta que le falten el respeto a mi madre, él se levanta igual o más brusco que Keylan y se marcha tras él, no quisiera estar en sus zapatos.

—No sé qué le pasa a ese muchacho. ¿Tú lo sabes Aydan? —pregunta mi madre entre triste y preocupada.

—No lo sé madre, hace unos dos meses que empezó a distanciarse de mí, yo empecé a pasar más tiempo con Valentina, y ahora él parece no soportarnos a ninguno de los dos —suspira con pesar mi hermanito.

Me duele verlo así, lo gemelos han sido unidos desde que nacieron, creo que de eso se trata, tienen una conexión muy fuerte, más de la que yo podría tener con ambos. Recuerdo que cuando era más pequeña, eso me causaba muchos celos, hasta que llegó Marian.

Para mí, ella fue mi hermana gemela. Recordarla aun me causa muchísimo dolor, no solo nos unió el amor incondicional hacia Sebastien, sino que algo más fuerte que nosotras forjó una unión que ni la muerte ha podido romper.

Nunca en todos estos años desde que ella se fue, he hablado de este tema con nadie, pero siento su presencia como si siguiera aquí y muchas noches aun sueño con ella, ese ha sido uno de los motivos por el que me he aferrado durante tanto tiempo a mi amor por Sebastien, por Marian.

Ella me lo ha pedido en muchas ocasiones, parece que aun puedo escucharla.

No te rindas... no lo abandones... ámalo.

Desde que mi decisión se hizo más fuerte a raíz de lo que vi entre él y

Esmeralda, ya no aparece en mis sueños. Hasta ella me ha abandonado.

Cuando veo que Sebastien se marcha, me levanto dispuesta a seguirlo, va a las caballerizas como siempre, es tan previsible.

Marie me detiene un momento para decirme que George anda buscándome, yo le respondo algo distraída.

—No, no lo he visto, dile que dentro de un rato lo busco —le digo intentando disimular, aunque por su sonrisa me doy cuenta que he fracasado estrepitosamente.

—Anda ve —dice riendo—. No dejes que se escape muchacha.

Me marcho corriendo y entro en las caballerizas, no encuentro a Sebastien así que voy hacia el fondo, donde están los caballos de mi padre y Ian.

Escucho voces, así que me detengo a escuchar por si Sebastien está hablando con mi padre o mi tío James.

—Ya te lo he dicho Esmeralda, no vengas a buscarme aquí —cuando escucho ese nombre se me hiela la sangre.

¿Qué hace esa zorra aquí de nuevo?

—Anoche llegaste muy tarde y ni siquiera te quedaste a dormir conmigo —escucho que le dice con voz de reproche.

¿Anoche? Entonces si fue a verla. Siento la furia crecer en mi interior, mis puños se aprietan y mis uñas se me clavan en las palmas de mis manos, ni siquiera siento dolor.

—Sabes que no duermo con nadie, cuando voy a verte solo busco una cosa, cuando la consigo me marcho —responde indiferente.

Escucho un bufido supongo por parte de Esmeralda, a ninguna mujer le haría gracia escuchar esas palabras del hombre con quien comparte cama.

—¡Eres un maldito bastardo Sebastien! —empieza a alzar la voz.

—¡Basta Esmeralda! Márchate de aquí, no quiero que nadie te vea.

—Querrás decir que no quieres que Valentina Mackencie me vea por aquí —afirma furiosa.

—No me importa lo que pienses, ahora márchate o te sacaré a la fuerza, sabes que lo haré —amenaza con voz helada.

Durante unos minutos no escucho nada, creo que se han ido los dos, pero al asomarme veo a Sebastien con los ojos cerrados, como si estuviera cansado. A decir verdad, no tiene buen aspecto.

Dispuesta a recibir respuestas salgo de mi escondite, Sebastien abre los ojos como si sintiera mi presencia, al darse cuenta de que soy yo, su semblante adquiere una dureza que hace unos segundos no existía.

—¿Desde cuándo estas aquí? —pregunta.

—Acabo de llegar —miento—. He quedado con Aydan aquí, ¿recuerdas?

—Pues no está aquí, vuelve al castillo a buscarlo —ordena, dispuesto a irse.

Lo detengo por el brazo y me parece sentirlo temblar, no tarda en apartarse. Siempre es lo mismo, no entiendo porque le repugna mi contacto, el de Esmeralda no parece molestarlo.

—Lo siento, olvido que te repugna mi contacto —le digo intentando ocultar el dolor que eso me produce—. Quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —dice sin mirarme, dispuesto a irse, pero de nuevo, me interpongo entre la salida y él.

—Creo que sí, ¿por qué me seguiste anoche? —pregunto dispuesta a obtener la verdad de una vez por todas.

—Porque te vi salir a hurtadillas, sabía que te meterías en líos.

—No te creo. —le digo, quiero presionarlo para que me diga la verdad.

—Piensa lo que quieras niña, estoy ocupado —me aparta con un poco de brusquedad, pero sin hacerme daño.

—¿Por qué no admites de una vez que me quieres? —le grito cuando lo veo alejarse, él se detiene de golpe

Se voltea y al ver su mirada helada. mi corazón deja de latir. Estoy segura de que no me gustará lo que me va a decir.

—Baja de una vez de esa nube muchacha, no te quise cuando éramos unos niños, no te quiero ahora, ni lo haré nunca —me dice entre dientes—. Tú jamás podrás ser lo que quiero, lo que necesito. Aléjate de mí de una vez por todas, empiezas a cansarme.

Dicho esto, se marcha y me deja sin mirar atrás, estoy llorando y no me he dado cuenta, me dejo caer de rodillas derrotada.

¿Por qué aún conservaba alguna esperanza? ¿Por qué soy tan estúpida?

No sé cuánto tiempo pasa antes de que escuche a mi hermano Aydan llamarme a gritos, despierto de mi letargo, me seco las lágrimas, aunque es imposible disimular el llanto, solo espero que no pregunte.

—Aquí estoy Aydan —le digo en voz rota, así me siento.

—¿Dónde estabas? —pregunta—. ¿Qué ocurre Valentina? —se ha dado cuenta de mi estado, está preocupado.

—Nada, ¿salimos a caballo? —intento desviar el tema, no quiero volver a recordar todo lo que me ha dicho Sebastien.

—¿Ha sido Sebastien, ¿verdad? —pregunta enfadado. Es raro verlo así, él

es el pacífico de la familia, hasta yo soy más guerrera que él.

No contesto, porque con solo escuchar su nombre de nuevo, quiero derrumbarme, pero hago un gran esfuerzo y me recompongo.

—No voy a hablar de lo que ha pasado, solo te pido que a partir de ahora no me hables de ese hombre. —le pido mientras me dirijo hacia dónde está mi caballo, mi hermano me sigue de cerca, su corcel está al lado del mío.

Salimos a galope y nos dirigimos hacia las colinas. A veces vamos juntos a visitar la tumba de Marian, mis hermanos la adoraban, pero más Aydan, creo que estaba enamorado de la dulce muchacha que era Marian, incluso se volvió más retraído después de su muerte.

Vamos lentos contemplando el paisaje que tanto amamos, el mismo que hemos visto desde que nacimos y en el que hemos jugado toda nuestra vida.

—Keylan está enamorado de Rachell la sobrina de Ian y Marie —me confiesa.

—¿Qué? —pregunto sin poder creerlo.

Keylan desde que cumplió los catorce años ha estado loco por las chicas y aunque no me lo ha contado sé que varias criadas más jóvenes han compartido cama con él.

—Desde que Rachell visitó a Ian y Marie el verano pasado, Keylan cayó prendado de ella —dice con una sonrisa burlona—. Pero él siempre tiene que fastidiarla, después de haberle confesado sus sentimientos a Rachell, él paso varias noches con Libia la criada más nueva. ¿Sabes quién te digo? Suele encargarse de ayudar en la cocina.

—Si sé quién me dices, pero es mayor que Keylan, ¿no?

—Sí, un par de años, pero dice que le gustan así —dice poniendo los ojos en blanco. Rachell los vio, desde entonces ha vuelto varias veces, pero nunca ha vuelto a hablar con Keylan.

Ahora entiendo muchas cosas, desde el verano pasado he visto más alocado a mi hermano, pero desde que Rachell se marchó la última vez, él está imposible, taciturno, malhumorado, parece que odia a todo el mundo.

—Bueno es culpa suya por no mantener las manos quietas —digo poniéndome de parte de la jovencita, no creo que tenga más de dieciséis años.

—Si eso le dije hace un par de meses cuando Rachell vino por última vez, y me acusó de estar enamorado también de ella —dice riendo sin ganas.

—¿Lo estás? —pregunto

—¡No! —exclama ofendido—. Me parece una buena chica, y no quiero que sufra más de lo que ya ha hecho por culpa de las calenturas de Keylan

—Y desde entonces se ha apartado de ti, ¿cierto? —él asiente—. Bien, creo que ya sé lo que ocurre, Keylan siente que no estas de su parte. Además de celoso, porque ve fantasmas donde no los hay. ¿Tu, hablas con Rachell? —pregunto de nuevo y él vuelve a asentir.

—Claro, es normal hermanito —digo entendiendo todo ahora.

—¿El que es normal? —pregunta sin entender.

—Ya te lo he dicho, esta celoso, la chica a la que ama, no le habla, más sin embargo habla con su hermano gemelo. —le respondo conteniendo las ganas de golpear su cabeza por tonto.

No puedo creerme que no lo pensara antes, él mejor que nadie conoce a Keylan.

—Debes hablar con él —le aconsejo—. Tenemos que volver, es hora de comer y voy a anunciar algo, que va a volver locos a todos.

—¿El qué? —pregunta mi hermano saliendo a galope detrás de mí.

Llegamos en poco tiempo, dejamos a los caballos en las caballerizas, cada uno nos dirigimos a nuestro cuarto para asearnos, esa es la única regla inglesa que hay en esta casa, pero tanto mi madre como mi tía nos han enseñado desde pequeños a bajar siempre a la mesa bien limpios.

Cuando bajo están todos en la mesa, es el momento perfecto para anunciar mi decisión de casarme. Sé que debería ser Marcus quien hable primero con mi padre, y lo hará, pero debido a toda la basura que me ha dicho ese bastardo de Sebastien, seré yo quien de la noticia, quiero ver su cara.

Cuando ya estamos comiendo el postre, me preparo mentalmente para dar mis noticias.

Carraspeo para llamar la atención. Todos me miran, todos menos él, me da igual tarde o temprano lo va a hacer.

—Padre, madre, familia —empiezo un poco nerviosa—. Debo daros una noticia, padre por favor intenta pensar en mi felicidad.

—Eso he hecho desde que naciste Valentina, ¿acaso he fallado? —inquire con sus ojos azules como los míos fijos en mí.

—¡No! —exclamo—. Por supuesto que no, solo te lo recuerdo padre —intento sonreír, pero los nervios y el miedo se han apoderado de mí.

—Habla de una maldita vez pesada —dice Keylan.

Lo miro furiosa, pero lo dejo pasar, debo hablar ahora o no lo haré nunca.

—Voy a casarme con Marcus. —digo en voz alta y clara.

Por un momento reina el silencio, todos me miran como si me hubiera vuelto loca. Sebastien por fin ha levantado la mirada del plato y me mira con

ojos desorbitados.

—¿¡Que!?! —grita mi padre dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡Por encima de mi cadáver Valentina Mackencie! —exclama.

Y el infierno se desata, todo el mundo comienza a gritar, mi madre a mi padre, Sarah a Sebastien, James a mis hermanos, mis hermanos discutiendo entre sí.

¿Qué es lo que he hecho?



Sebastien Mackencie

Voy a casarme con Marcus...

Escucho esa afirmación una y otra vez mientras toda la familia está gritando.

Sarah me grita que, porque no hago algo, ¿qué puedo hacer?

Si con lo que le he dicho antes he sellado mi destino.

Alexander esta hecho una furia, no lo culpo, además de que nunca ha confiado en Marcus, ese miserable ni siquiera ha tenido el valor de venir y pedir la mano de Valentina, así no es como se hacen las cosas.

—No vas a casarte con ese miserable, rastrero y cobarde intento de hombre ¡te lo prohíbo! —grita con las venas del cuello a punto de estallar.

Brianna intenta calmarlo al igual que mi padre, Sarah está llorando, ¡por amor de Dios no ha muerto nadie!

Los gemelos están callados, aunque bastante serios. Keylan es el más explosivo y me extraña que este tan calmado, odia a Marcus tanto como yo.

Sophie y Duncan hace rato que se fueron con Marie, Ian está en silencio como siempre.

—Papá, ¿no deseas que sea feliz? —pregunta Valentina.

¿Feliz con ese miserable? Debe estar de broma...

—Por supuesto que deseo tu felicidad, y es por eso que me opongo a que te cases con Marcus. —responde firme.

—¿Por qué lo aceptaste en el clan si nunca lo has querido aquí? —pregunta de nuevo, sin entender.

—Ese asunto no te concierne, estamos hablando sobre tu supuesto matrimonio, digo supuesto, porque ese matrimonio nunca va a celebrarse.

—¿Por qué? —exclama frustrada, puedo ver cómo está a punto de echarse a llorar—. Tengo casi veinte años, y ningún hombre me había pedido matrimonio antes, ¿qué hay de malo en mí? —pregunta ya rompiendo a llorar.

Solo quisiera acercarme a ella y abrazarla, decirle que todo saldrá bien, que siempre voy a estar a su lado, que no hay nada de malo en ella. Es hermosa por dentro y por fuera, pero no puedo hacer nada.

—Cielo, no hay nada de malo en ti, solo que no ha llegado tu hombre todavía —le dice mi tía Brianna abrazándola, me mira con reproche. ¿Y ahora que hice?

—No tienes que tener prisa en casarte. ¡Todas las mujeres sois iguales! —exclama Keylan—. Y estoy de acuerdo con padre, Marcus no va a casarse contigo, me niego a tener a ese bastardo como cuñado.

Sin más se levanta y se marcha, Aydan lo imita y sale corriendo tras él, no sin antes dedicarle una mirada de compasión a su hermana.

—Querida, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué esta repentina decisión? —pregunta Sarah, ahora si estoy muerto, si ella les cuenta lo que hace pocas horas le dije, Alexander va a rebanarme el cuello.

—Nada, simplemente me cansé, me hago mayor, a mi edad mamá ya estaba casada y con hijos —dice evitando incluso mirarme.

—¿Qué tontería es esa? —pregunta mi tío—. No eres vieja. ¡Por amor a Dios! Entonces tu padre ya es un anciano —rompe a reír.

—James —gruñe ferozmente Alexander—. No estamos para escuchar tus estúpidas bromas.

—¿No vas a decir nada Sebastien? —pregunta Sarah, en un último intento.

Todos guardan silencio, me miran, yo los miro a ellos.

—No, no tengo nada que decir —me levanto y salgo de la sala, dejando atrás los gritos que han vuelto a comenzar

¡Se acabó! Estoy tan cansado de luchar día tras día con lo que siento, que me rindo.

He pensado incluso en ir en busca de la gente de mi madre, pero jamás podría dejar a Marian, aunque solo sea su tumba.

—¡Sebastien Mackencie, detente! —ordena mi madre a gritos, cierro los ojos. ¡Maldición me ha seguido!

Me detengo, y me preparo para lo que se me avecina

—¿Que has hecho hijo? —pregunta angustiada—. ¿Por qué haces esto?

Suspiro intentando no pagar con ella mi frustración.

—Sarah llevo doce años demostrando que no quiero tener nada que ver con tu sobrina, ¿de qué te sorprendes? —pregunto cansado.

—¿Quieres que te diga lo que yo veo? —me pregunta ahora furiosa—. Veo a un maldito cobarde, durante años te he visto luchar en contra de lo que mi sobrina ha despertado en ti, lo dejé pasar porque erais unos niños —cierra los ojos y los vuelve a abrir—. Ahora ambos habéis crecido, tu eres el hombre que sabía que llegarías a ser, excepto por una cosa, tu cobardía para con Valentina.

Guarda silencio esperando que diga algo, ¿qué puedo decir?

—¿No dices nada? —pregunta con sus brazos en jarra—. Pues yo aún tengo mucho que decir hijo mío, desde que decidí que seríais mis hijos adoptivos, siempre procuré que fuerais felices, contigo nunca lo he conseguido, sé que tu hermana fue muy feliz el tiempo que estuvo con nosotros, y su marcha me ha dejado un vacío en mi corazón que nada ni nadie puede llenar —veo como las lágrimas aparecen, y a mí se me hace un nudo en la garganta, difícil de tragar.

—Pero tú, eres tú peor enemigo hijo, no lo soy yo, ni siquiera William —me pongo tenso y la furia crece en mí, tan solo con escuchar ese nombre, hacía años que ninguno de nosotros lo hacía.

—No pronuncies ese nombre —gruño intentando alejar de mí, las imágenes que llegan a mi cabeza con solo escuchar ese nombre.

—Sé que duele incluso escuchar ese nombre, pero no olvides que no has sido el único violado aquí —me señala con el dedo—. Fui violada y he sobrevivido, ¿por qué tu no? —pregunta con un dolor en la voz que incluso traspasa la coraza que he construido alrededor, cuando ella o Valentina están cerca de mí.

—Porque yo no soy bueno para tu sobrina, aunque todos os empeñáis en pensar que sí, solo porque Marian hace más de doce años predijera que mi alma gemela sería una mujer morena de ojos claros, ¿os habéis parado a pensar que puede que no sea ella?

—¿Qué diablos estas diciendo muchacho?! —exclama como si me hubiera vuelto loco—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? La primera vez que llegamos a Eilean Donan y la viste, vi una luz en tus ojos que no había visto nunca, no puedes negarme eso.

No puedo mentir sobre eso, cuando yo mismo aún recuerdo los sentimientos que cobraron vida en mi ese día.

Desde aquel momento he cuidado de ella en la distancia, con el paso de los años me he vuelto más posesivo, nunca he sentido celos por nadie, solo por ella.

—Tu silencio es mi respuesta. Vas a perderla Sebastien, tal vez no ahora porque Alex no va a permitir que su única hija se case con Marcus, pero si sigues así, la vas a perder tarde o temprano. —dice angustiada.

—No puedo perder lo que nunca ha sido mío Sarah. —me doy la vuelta dispuesto a marcharme sin que vuelva a detenerme.

Estoy furioso conmigo mismo y con el destino, las palabras de Sarah son ciertas soy un completo cobarde en lo que a Valentina se refiere, ¿pero que puedo ofrecerle yo?

¿Pesadillas todas las noches? No sé si podría tratarla con delicadeza cuando hiciéramos el amor, con Esmeralda eso no es un problema, pero Valentina es virgen, frágil y delicada no puedo tratarla de forma brusca o salvaje. ¿Y si no pudiera hacer el amor de ese modo?

Y si un día no pudiera controlarme y le hiciera daño, eso no podría perdonármelo jamás.

Ese es mi mayor temor. ¡Por amor a Dios! Ella cree que no la quiero y la cuestión es que la amo demasiado como para cargarla con mis fantasmas y mi pasado.

Estoy seguro de que ella no tiene idea de todo lo que sufrí en la niñez, le hice prometer a Marian que no lo contaría a nadie y menos a ella, mi hermana se llevó el secreto a la tumba.

Por todas esas razones es que no lo mando todo al diablo y le confieso mi amor, le pido matrimonio y vivimos felices hasta el final de nuestros días, ojalá todo fuera tan sencillo, por desgracia para mí no lo sé.

Mi padre me arruinó la vida, me destruyó de todas las formas posibles y siento que, aunque hace doce años que lo asesiné, aun lo odio con todas mis fuerzas, no solo me arrebató todo de pequeño, sino que sigue arrebatándome todo lo que más amo.

Siento que Valentina cada vez se aleja más de mí, y no hay más culpables que yo mismo.

Valentina Mackencie

Estoy tirada en mi cama llorando después de la discusión que he propiciado al anunciar mi intención de casarme con Marcus.

Padre está furioso y la preocupación en el rostro de mi madre y la tía

Sarah es visible. James intenta calmar a mi padre; mis hermanos, desaparecidos. Mi familia se desmorona, debido a mi estúpido comportamiento impulsivo. Soy la culpable de todo. Si tan solo hubiera esperado a que Marcus hablará con mi padre primero.

Pero el dolor, la furia por las palabras de Sebastien me han nublado la razón, dejándome a merced de mis sentimientos, solo intentaba herirlo tanto como él a mí, aunque es imposible herir a alguien que no siente nada por mí.

Los golpes suaves en la puerta me sacan de esos pensamientos lastimeros.

—¿Puedo pasar? —pregunta mi tía Sarah.

—Sí, tía pasa. —respondo mientras intento limpiar mis lágrimas.

—No llores mi niña. —dice mientras se acerca a mí, se sienta a mi lado y me abraza.

—Me he equivocado tía, debí esperar a que Marcus hablará con padre.

—No cariño, tu equivocación es pensar que tu padre permitirá algún día que tú te cases con Marcus.

—Tendrá que cambiar de opinión. —digo empecinada.

—Cielo, conozco a tu padre hace más de veinte años, es tan cabezota como tú, odia a ese muchacho. No conozco sus razones, pero debes hacerte a la idea de que no conseguirás su aprobación.

—Eso lo veremos. Mamá puede convencerlo. —acoto porque me niego a dar mi brazo a torcer.

—¿Por qué esa prisa Valentina? —insiste en saber—. ¿Acaso estas embarazada? ¿Es eso? ¿Marcus es el padre? ¿No te habrá forzado? —pregunta espantada.

Debo detener esto, mi tía se está volviendo loca.

—¡Basta tía! —le grito—. No estoy embarazada, soy virgen.

Ella suspira y da gracias a Dios, parece aliviada.

—¿Entonces? Cariño, un matrimonio sin amor es un completo infierno, lo sé por propia experiencia. Cuando tenía quince años me casé con el abuelo de Sebastien. —sé eso, pero no sabía que su matrimonio fuera malo, en mi familia nunca se habla sobre ese tiempo—. No lo amaba, me casé porque el hombre al que amaba estaba casado.

—Pensaba que te habías enamorado de tío James muy joven —le digo sin comprender muy bien a qué viene toda esta charla.

—Exacto, pero tu tío estaba casado con Helen, tuvieron que pasar cinco años, para que nos reencontráramos. —me explica y siento que esconde algo.

—¿Qué me ocultas tía Sarah? —pregunto algo asustada de lo que me

pueda decir.

—¿Recuerdas ese hombre que intentó secuestrarte cuando eras una niña? —asiento, porque ese hombre aún puede provocarme alguna pesadilla—. Ese hombre era el padre de Sebastien y Marian.

—¿¿Qué?! —exclamo sin poder creerlo—. ¿Entonces era hijo de tu esposo?

—Sí, William era el único hijo de mi difunto marido, él era una persona malvada Valentina, no puedes imaginarte los horrores por los que podían hacerte pasar. —veo el dolor en sus ojos.

—Tía... ¿Qué te hicieron? —pregunto temblorosa, por el tormento que veo en su mirada.

—Me violaron Valentina. —grito con horror—. Mi marido y William abusaron de mi durante casi un año, tu madre me salvó, mató a Malcom y me sacó de allí.

Estoy impactada, intentando imaginar por todo lo que mi tía tuvo que soportar, ¿cómo puede existir hombres tan depravados?

—Conocí a Sebastien cuando tenía siete u ocho años, Marian tenía cuatro, intenté protegerlos durante mi estancia en el clan MacFerson, cuando me marché deje desprotegidos a esos niños. —sigue contándome entre sollozos—. Puedes imaginarte por lo que tuvieron que pasar.

—¿Su padre los maltrataba? —pregunto espantada, y atemorizada por escuchar lo que no quiero ni pensar.

—No solo eso, Valentina. —parece dudar, pero continúa hablando—. Sé que Sebastien no va a perdonarme nunca, pero quiero que entiendas porqué es así.

Asiento llorando por todo lo que ha sufrido esta mujer tan buena y hermosa, la mejor tía que alguien puede tener, mejor madre y esposa, para mí una guerrera.

—Sebastien protegió a Marian todo lo posible, ya con cuatro años, llamó la atención de su padre. Mientras estuve con ellos, muchas veces tomé su lugar, no podía permitir que una niña tan pequeña soportará el dolor de ser violada.

Mi pobre y querida Marian.

—Cuando me marché, quedaron a merced de William, y Sebastien tomo el lugar de Marian.

No quiero pensar lo que estoy pensando.

—¿A qué te refieres? —pregunto horrorizada en un susurro.

—William abusó de Sebastien en repetidas ocasiones. —responde seria.

Esta confesión rompe en pedazos mi corazón y estallo en sollozos desgarradores, ¡que Dios me perdone! Esta confesión me ha dolido más que la suya propia.

Ella me abraza llorando también, no sé si por ella misma o por Sebastien.

—¡Por favor tía, dime que no es cierto! —le suplico, no soporto el simple pensamiento de que el amor de mi vida ha debido de sufrir lo insoportable.

—Ojalá pudiera decirlo querida, no sé cuántas veces fueron, él nunca ha hablado de eso con nadie, solo Marian lo sabía y se llevó ese secreto con ella.

Sigo llorando durante bastante tiempo, ahora entiendo muchas cosas, aunque no por ello deja de doler.

Y a pesar de todo lo que me ha contado mi tía Sarah, por desgracia no cambia las cosas, ahora tengo más claro que nunca que Sebastien nunca va a dejar el pasado atrás, y que por mucho que lo amé no puedo obligarlo.

—Esto no cambia las cosas —digo susurrando, tengo la voz ronca por el llanto—. Lo amo, y siempre lo haré, pero el hombre que amo es una concha vacía, ahora se el porqué.

—¡No! —exclama—. Es solo su coraza, ese hombre que ves aun es un niño asustado, un niño que piensa que no tiene derecho a ser amado, que es basura.

—Él ha sido el centro de mi mundo durante años —suspiro—. Pero hoy me ha dejado claro que no me quiere y que nunca seré lo que él necesita.

—¿Que tonterías son esas? —inquire ofuscada.

—El mismo Sebastien me lo ha dicho hace unas horas —le digo resignada.

—¿Y ya está? —pregunta incrédula—. Él te dice semejante barbaridad, y tú te rindes. ¿Ese es el gran amor que dices sentir?

Escuchar eso me enfurece, ¿cómo se atreve a poner en duda mi amor por él?

Sería capaz de atravesar el infierno por ese hombre.

—No me importa lo que pienses tía, me he cansado, yo también merezco ser feliz. —intento controlar mi ira.

—Solo espero que no cometas el mismo error que yo Valentina Mackencie. —se levanta, me mira por última vez, en sus ojos puedo ver su desilusión, y eso me hiere profundamente.

Cierra la puerta y me deja a solas de nuevo, aunque después de todo lo que me ha contado el amor por Sebastien es todavía mayor, se sacrificó por salvar a Marian, esa dulce niña que adoraba a su hermano. ¿Cómo no hacerlo?

Para ella, él era un Dios.

Fue su salvador, recordarla me hace llorar de nuevo. Ojalá estuviera aquí para aconsejarme.

No es justo, aun me pregunto cada día porque Dios se la llevó con él, dejando un vacío muy grande en el corazón de quienes la amábamos, y más en su hermano, él sacrificó su propia vida por ella.

Me gustaría decirle tantas cosas, lo orgullosa que estoy de él, lo valiente y generoso que es, cuanto lo amo.

Todos estos sentimientos que nunca podré expresarle, que no querrá escuchar, porque estoy segura de que, si algún día descubre que sé su pasado, ese día se marcharía y no lo vería nunca más.

Así que todo lo que deseo gritar a los cuatro vientos debe ser callado una vez más, sé que mi tía me ha contado todo esto tan doloroso para ayudarme a entender por qué Sebastien es como es. Pero, ¿cómo luchar contra más de veinte años de pesadillas? Lo conozco desde hace doce años, mismos en los que lo he visto crecer, cada vez más alejado de la familia, sobre todo desde que murió su hermana, como si la muerte de Marian lo hubiera separado aun más de mí, como si me culpara.

Nunca lo he dicho, pero la culpa pesa sobre mí, si esa noche hubiera estado más pendiente...

Pero llevaba varios días sin dormir bien, y esa noche mi sueño fue profundo, tanto que cuando desperté a la mañana siguiente ella se había ido y no me di cuenta.

Desde entonces la culpa no me abandona, aunque mi madre me ha repetido hasta el cansancio que no fue culpa mía, que el Señor tenía un lugar mejor para mi amiga, en mí siempre quedará ese sentimiento, esa sensación de haberla abandonado.

Y ahora debo abandonar la ilusión que me ha mantenido en pie todos estos años, debo dejar de soñar con una boda de ensueño con el hombre de mi vida, debo de dejar de imaginar unos hijos que nunca llegarán a nacer.

Debo dejar ir a Sebastien...



Sebastien Mackencie

Ha pasado una semana y los ánimos aquí en Eilean Donan no mejoran.

Marcus debe volver de la frontera en breve y Alexander está deseando cortarle el cuello, me gustaría tener ese placer. Sin embargo, hay algo que me perturba y es que, Valentina ni siquiera me mira, es como si hubiera dejado de existir para ella cuando le dije esas mentiras, yo he intentado refugiarme en Esmeralda, pero no encuentro el consuelo que busco, ya ni siquiera el sexo con ella me ayuda.

Y sé los motivos. Me engañé pensando que otra mujer podría hacerme olvidar a Valentina, eso nunca ocurrirá. Unos dirán que es una bendición enamorarte una vez en la vida, para mi es una maldición. Verla tan cerca y a la vez tan lejos, antes podía contemplarla más, cuando la tenía correteando a mi alrededor, desde que era una niña le encantaba seguirme a todos lados preguntando miles de cosas y yo, aunque intentaba ser indiferente siempre terminaba contestando a todas sus preguntas, aunque de mala gana, no podía permitir que se acercara demasiado.

Otra persona no lo hubiera intentado una y otra vez, pero ella junto con Marian y Sarah, son quienes más han luchado por quedarse a mi lado y ganarse mi cariño, aunque ya lo tengan y yo no logre demostrárselo.

Anoche discutí con Esmeralda, está empezando a exigir ciertas cosas que no estoy dispuesto a dar, nunca le dije que estaba pensando en casarme y

mucho menos con ella. Al contrario, fue ella la que se acercó a mí en un principio. No voy a negar que a su lado he conseguido disfrutar del placer que te proporciona una mujer, tengo casi veinticinco años y ella ha sido la primera mujer con la que he estado, lo intenté muchas veces con varias prostitutas, pero todas al tener tanta experiencia tomaban el control y eso es algo que no soporto, si me arrebatas el poder mi cuerpo no reacciona.

Aún recuerdo la maldita discusión...

—¡Estoy cansada de esperar Sebastien! —me grita levantándose desnuda de su cama—. ¡Voy a cumplir treinta años!

—¿Y eso que importa? —pregunto intentando no hacerle mucho caso.

—¿Cómo que qué importa? —se viste con su camisola, aunque esa prenda deja poco a la imaginación, los oscuros pezones son muy visibles.

Esmeralda a pesar de su edad, es una mujer hermosa, pelo oscuro liso y largo, ojos del color del wiski, su cuerpo voluminoso vuelve loco a los hombres, es algo que no se puede negar.

—Eres viuda, ¿por qué la prisa en volver a casarte? —cuestiono ya frustrado, lleva varias semanas con el mismo tema y comienza a molestarme—. Creí ser lo suficientemente claro cuando comenzamos esta relación, que yo no tenía y sigo sin tener intención de casarme.

Clava su mirada en mí, llena de varios sentimientos; rabia, decepción.

Esmeralda es una mujer acostumbrada a salirse siempre con la suya, y no poder manejarme a su antojo la enfurece, aun no sé por qué no ha decidido dejar de verme, ¿me importaría si así fuera?

Lo pienso durante unos minutos.

La respuesta es no.

No me importaría porque no la amo, y nunca lo haré.

—¿Todo esto es por ella cierto? —pregunta con los dientes apretados.

Nunca le he contado sobre mis sentimientos por Valentina, ni le he hablado de mi pasado, así que no sé cómo ha podido descubrir lo que Valentina significa para mí.

—Deja a Valentina fuera de todo esto, porque tú y ella no tenéis nada que ver. —no me gusta que pronuncie siquiera su nombre.

—¡No pienso dejarla fuera de esto! —grita—. ¿Esa maldita mocosa se interpone entre los dos, y debo callarme?

Me levanto de la cama aun desnudo, no me importa, no siento vergüenza alguna por mostrar mi desnudez.

—¡No la insultes! —ordeno conteniendo las ganas que tengo de golpearla, la sangre de mi padre fluye por mis venas.

—¿Vas a golpearme? —pregunta retadora—. Hazlo, al fin y al cabo, eres digno hijo de tu padre. —escupe con asco.

Escucharla decir eso me hace reaccionar. Maldigo la hora en que una noche de borrachera le conté quien era mi verdadero padre.

—¡No vuelvas a compararme con ese monstruo! —le ordeno, me dispongo a marcharme y tengo decidido no volver.

Esmeralda ha acabado para mí.

—¿Crees que ella dejaría que la tomaras como me tomas a mí? — increpa con burla—. La asustarías, le repugnaría. —lo que dice es cierto.

Pero sin contestarle me marché de su casa, y vuelvo a Eilean Donan.

Eso ocurrió anoche y no lamento mi decisión de irme para no volver.

Después de un entrenamiento duro con los hombres, cuando ya casi cae la noche me dirijo al lago para bañarme, en esta temporada del año, las aguas no están tan frías como en pleno invierno.

Cuando llego me desnudo y entro en el agua fría, de inmediato me quita el sudor y la suciedad del día e intento relajarme, despejar la mente cuando un chapoteo en el agua me alerta, me pongo en guardia, buscando el causante del ruido y me preparo para actuar. Cuando me doy cuenta de quien es, juro que preferiría tener que luchar contra cualquier peligro que contra mis sentimientos por la pequeña sirena que veo ante mis ojos.

Valentina está nadando hacia mí, estoy seguro de que no se ha percatado de presencia, y doy gracias a Dios, porque no está desnuda por completo, trae una camisola, aunque el agua hace que esta se pegue a su cuerpo y dándome una visión plena de todas sus curvas.

Mi boca se hace agua, siento como mi verga se endurece sin poder evitarlo.

¡Maldita sea!

¿No tiene más horas en el día, para venir a bañarse?

¿Y qué hace aquí sola? Sabe de los peligros que corre, aunque nadie en su sano juicio osaría entrar en tierras de los Mackencie, y mucho menos atacar a

la hija del Laird.

Finalmente detiene su chapoteo, y advierte mi presencia.

—¡Sebastien! —grita intentando ocultar su cuerpo sumergiéndose más en el agua.

—¿Qué haces aquí sola, Valentina? —pregunto, intentando evitar mirar su cuerpo.

—No estoy sola, estas tu—contesta sonriéndome

—Sabes a lo que me refiero, podrían atacarte —la reprendo.

Ella solo rueda los ojos y parece tranquilizarse, cuando sus ojos se centran de nuevo en mí, un trémulo escalofrío se desperdiga por mi piel, siempre ha sido de ese modo, es como si pudiera leer mi alma, como si con solo mirarme pudiera averiguar mis más oscuros secretos.

Su mirada me está poniendo muy nervioso, ella no parece asustada, ni avergonzada, pero yo no sé qué hacer, solo quiero salir de aquí, sin embargo, no puedo con mi miembro a punto de estallar y ella mirándome de ese modo subyugante.

—¿Sebastien, puedo preguntarte algo? —ahora es ella la que parece nerviosa, sé que no me va a gustar su pregunta.

—Ya lo estás haciendo —me encojo de hombros, con ella la mejor defensa es un buen ataque, empezando por la indiferencia.

—¿Te parezco hermosa? —pregunta algo avergonzada.

¿Acaba de preguntarme si me parece hermosa?

Es la mujer más hermosa que he conocido, su pelo largo que siempre huele a jazmín, sus ojos azules con ese un brillo especial, aunque de un tiempo a esta parte, estén algo apagados, y sé que soy el causante.

—Por supuesto que eres hermosa, ¿qué pregunta es esa? —le respondo a la defensiva.

—Entonces... no te daría asco si decidiera besarte, ¿verdad? —cuando escucho su pregunta creo que dejo de respirar.

No puedo creer que este preguntándome semejante barbaridad.

—¿Te has vuelto loca muchacha? —inquiero, mientras va acercándose a mí, voy retrocediendo, aunque en el agua es difícil moverse rápido.

—No Sebastien, no me he vuelto loca —contesta muy tranquila mientras sigue acercándose a mí—. Solo que he pensado, que, ya que voy a casarme, quiero hacerlo teniendo algo de experiencia, ¿quién mejor que tú, para ayudarme?

No tengo escapatoria, estoy contra una gran roca, el agua solo me cubre

hasta la cintura, lo justo para tapar mi entre pierna, a ella se le marcan los pezones a través de la fina tela transparente por el agua. A la luz de la Luna no hay nada más hermoso que Valentina Mackencie.

Se acerca más y en sus ojos veo decisión, está dispuesta a besarme, a pesar de todo lo que he dicho y hecho para apartarla de mi lado, y de estar segura de querer casarse con el bastardo de Marcus, está decidida a besarme por primera vez, a mí.

Me siento alagado, feliz y aterrado al mismo tiempo, no sé nada de besar, y no quiero hacer el ridículo. Por otro lado, no puedo evitar querer saber lo que se siente al ser besado por la mujer que amo desde los doce años. Así que como un completo estúpido me quedo inmóvil, cierro los ojos, y solo espero sentir el roce avergonzado de mi amada Valentina.

Pasa una eternidad hasta que por fin siento su cálido aliento sobre mis labios entreabiertos, y como el vuelo de una mariposa siento el roce de sus carnosos labios en los míos, primero con temor, mientras sigo sin saber qué hacer.

Ella empieza a mover sus labios con lentitud sobre los míos, y es entonces cuando mi cuerpo cobra el mando, sin darme cuenta la abrazo contra mí. Mis labios tienen vida propia, y mi lengua como si supiera lo que debe hacer se adentra en su boca buscando encontrar la suya y comenzar un baile lento y erótico, que me arranca un gruñido desde lo más profundo del alma. Ella me corresponde ansiosa, sin miedo, sin pudor.

Y por un momento me dejo llevar por mis sentimientos, por las sensaciones que estoy sintiendo, me olvido de todo y de todos. Solo somos ella y yo; sin pasado, ni presente, ni futuro. El tiempo se ha detenido y ojalá pudiera quedarme siempre así, entre los brazos de Valentina.

Pero, como siempre los sueños acaban y cuando escucho el gemido de dolor de mi amada, despierto de mi ensueño erótico y me doy cuenta de que en algún momento he arrinconado a Valentina contra la roca, donde hasta hace un momento estaba yo, y que la tengo fuertemente sujeta por el cabello. En sus ojos no veo miedo ni dolor aparente, solo... deseo.

No obstante, me doy miedo y asco por lo que he hecho, por eso nunca he querido tocarla, sabía que no me podría contener, que acabaría maltratándola, algo que juré que jamás haría.

Me separo de ella de golpe y le doy la espalda avergonzado, me toca con suavidad la espalda, y me aparto como si su contacto abrasara mi piel.

—¡No me toques! —ordeno—. Nunca vuelvas a acercarte a mi Valentina

—le advierto con frialdad, debo volver a construir el muro entre los dos, ese que ella ha conseguido derribar con una simple caricia.

—¡Pero Sebastien, me has respondido! —exclama ella entusiasmada, debo bajarla de su nube de felicidad, aunque me odie por ello.

—Lo haría con cualquier mujer que se ofreciera a mí de esa manera tan desvergonzada muchacha —le digo intentando mostrar una frialdad que no siento ahora mismo—. Si sigues ofreciéndote, así como una vulgar cortesana, no llegarás virgen a tu matrimonio —suelto con burla.

Oigo como contiene el aliento, dolida por mis palabras, después escucho un sollozo ahogado. Cierro los ojos, odio hacerla llorar y a lo largo de mi vida he sido el responsable de sus lamentos en muchísimas ocasiones, y en cada una de ellas, he llorado mil lágrimas más que ella.

—¡Ojalá llegue el día en que pueda odiarte Sebastien Mackencie! —me grita, mientras escucho el ruido del chapoteo del agua, está alejándose de mí, una vez más—. ¡Ruego a Dios ese día llegue pronto!

La escucho correr, aún no he abierto los ojos, para evitar que las lágrimas broten de ellos. Soy débil. Soy un cobarde.

Esas malditas palabras que mi padre me repetía una y otra vez mientras abusaba de mí.

Cobarde. Llorón. Mujercita. Bastardo. Inútil

Aun puedo escucharlo algunas noches susurrando en mi oído, su aliento putrefacto, su aroma a alcohol y sudor, solo recordarlo siento ganas de vomitar.

Estoy rodeado de agua, limpio, pero me siento sucio. Sucio por dentro, no importa cuánto me lave, esa suciedad perdura.

Al final salgo del agua y vuelvo a vestirme, ya ha oscurecido así que como no tengo apetito ni ganas de ver a nadie y mucho menos a Valentina, voy directo a mi cabaña. Hace meses que decidí mudarme a una de las cabañas que hay en el patio exterior, y dejar la habitación que había sido mía durante años en Eilean Donan, era otra forma de alejarme un poco más de la presencia de Valentina.

Cierro la puerta y sin siquiera encender ninguna vela, me voy directo a la cama, sé que va a costarme mucho conciliar el sueño, sobre todo porque mi cuerpo está más tenso que la cuerda de un arco, aun me hormigean los labios por el beso que me ha dado esa maldita muchacha, ¿por qué se empeña en atormentarme?

No sé en qué momento me duermo, solo sé que ante mi esta mi hermanita,

así que debo estar soñando.

—¿Por qué me miras así, Marian? —le pregunto, esta enfadada, mucho...

—¿Por qué lo haces Sebastien? —pregunta cruzada de brazos—. ¡Vas a perderla! —grita.

—¡Basta con eso Marian! Sabes muy bien lo que opino sobre esto. Ella me mira ahora con pena, y mucho dolor.

—No me dejas marchar hermano —dice con pesar—. Deseo partir

—Pero yo te quiero aquí, conmigo, te necesito Marian —le digo.

—No me necesitas a mi Sebastien —niega sonriendo—. Ya no.

—Sí lo hago. Siempre lo haré. Eres la persona que más he amado.

—Te equivocas otra vez hermanito —sonríe como siempre—. Me quieres lo sé, pero tú corazón pertenece a Valentina, a ninguna otra. —me dice desafiante.

—¿Por qué te fuiste? —le pregunto al borde del llanto.

—Era mi hora —contesta con tranquilidad—. Pero mi alma no está en paz Sebastien, y no podré marcharme hasta saber que serás feliz.

Yo niego con la cabeza, me niego a dejarla marchar para siempre, al menos podré verla en sueños.

De repente suelta un grito ahogado y la miro asustado.

—¿Qué ocurre Marian? —pregunto preocupado.

—¡Debes despertar! —me apremia—. ¡Debes salvarla!

—¿Salvar? ¿A qué te refieres? —suplico saber.

Ella empieza a desvanecerse, aunque en su cara puedo ver el terror.

—¡Sálvala! —grita.

Y yo despierto de golpe.

Me siento en la cama sudando, jadeando y con el pecho subiendo y bajando muy deprisa.

¿Qué es lo que me ha despertado?

Escucho gritos, ¿llamándome?

—¡Sebastien! —escucho que Brianna grita mi nombre.

Me levanto y me pongo el tartán lo más deprisa que puedo, cuando abro la puerta Brianna y Sarah chochan contra mí.

Ambas están llorando desencajadas.

—¿Qué ocurre? —pregunto mirando detrás de ellas esperando ver una batalla, el Sol está empezando a salir.

—¡Valentina no está! —exclama Brianna.

—¿Está contigo? —pide saber esperanzada Sarah.

—¿Conmigo? —pregunto confundido—. ¡Por supuesto que no! —respondo ofendido, no por lo que piensen de mí, sino por lo que piensan de Valentina.

Ambas rompen a llorar sin consuelo, y por un momento no sé cómo reaccionar ¿Valentina no está? Anoche se marchó corriendo y di por sentado que llegaría bien a casa, ¿y si no fue así?

¿Y si la han raptado? ¡Dios Santo!

Solo con imaginarlo me hierve la sangre.

Veo como Alexander y James salen apresurados de las caballerizas ya montados en sus caballos, no pierdo el tiempo con las dos mujeres histéricas, corro hacia ellos, entro y monto a mi caballo, estamos listos, varios hombres nos acompañan.

Vamos a recorrer todas las tierras de los Mackencie, alguien ha tenido que ver algo, sobre todo si algún forastero ha cruzado nuestras fronteras.

Ian y varios hombres son enviados a las fronteras, a los gemelos se les asigna hablar con nuestro clan vecino para saber si ha pasado por allí, mientras junto con James y Alexander recorro los terrenos del lago y los bosques, rezando por encontrarla pronto sana y salva.

Ahora recuerdo el sueño, Marian me avisaba porque Valentina estaba en peligro y no supe interpretarlo a tiempo, lo que no me dijo mi hermana es quien, ni a dónde se la han llevado.

¡Marian ayúdame, te lo suplico!

Como si me hubiera escuchado, Marie sale corriendo de la casa con algo entre sus manos, parece... ¿una nota?

—¡Se ha escapado! —grita—. Nadie la ha obligado, está bien. Está con Marcus —dice intentando recuperar el aliento.

—¿Qué? —grita Alexander furioso—. ¡Ese maldonado ha secuestrado a mi hija!

—No Alex, en la nota dice con claridad que se marcha por propia voluntad —dice Brianna temblorosa, leyendo la nota que traía Marie en sus manos

—¿Por propia voluntad? —pregunta a gritos— Esa maldita muchacha no sabe lo que quiere Brianna, pero espera a que la encuentre, voy a meterla en un convento —amenaza, aunque sé que no es capaz de cumplir tal cosa.

De acuerdo, sabemos que esta con ese bastardo. Pero, ¿dónde?

Valentina, mi amor. ¿Qué has hecho?



Valentina Mackencie. Camino a Gretna Green, Sur de Escocia 1481.

Mi padre me va a matar.

Es mi único pensamiento mientras cabalgo con Marcus a mi lado.

Ya está amaneciendo y estoy agotada, no hemos parado siquiera para dormir.

Parece que estamos huyendo del enemigo, y es de mi familia de la que me estoy alejando. Con cada milla que recorro me siento más y más mal conmigo misma, muy en el fondo de mi corazón sé que esto está mal. Ayer me dejé guiar por el dolor del rechazo una vez más, pero esta vez mi locura ha llegado demasiado lejos.

Nunca imaginé que tendría que fugarme para casarme, por la sencilla razón de que mi sueño siempre ha sido casarme con Sebastien en la capilla que mi padre construyó para mi madre como un gran gesto del amor que siente por ella.

Pero todo cambió con ese hermoso beso que le di a Sebastien, por unos instantes sentí que podía tocar el cielo con mis dedos, y al instante siguiente, el hombre que más amo con unas simples palabras me había desterrado al infierno

Y por esa razón, Marcus me convenció con tanta facilidad para llevar a cabo esta locura.

Anoche cuando volvía del lago echa un mar de lágrimas me encontré con Marcus, había regresado de las fronteras.

—¡Valentina! —susurra, esta algo escondido entre los árboles.

Cuando reconozco quién es me tranquilizo.

—¡Marcus volviste! —me abrazo a él, porque ahora más que nunca necesito a mi amigo.

Él corresponde a mi abrazo, pero se aparta enseguida. Parece nervioso y eso me preocupa.

—Valentina debemos irnos —me dice con su semblante completamente serio.

—¿Irnos? —pregunto sin entender—. ¿Por qué?

—Un buen amigo mío me ha dicho que tu padre quiere mi cabeza en bandeja de plata, ¿por qué hiciste eso Valentina? ¿Por qué anunciaste nuestros planes? —dice algo molesto.

—¡Lo siento Marcus! —me disculpo—. Pero Sebastien me puso furiosa y no pensé yo...

—¡Sebastien! ¡Siempre, Sebastien! —intenta controlar su furia, pero sé que está muy, muy enfadado

—Perdóname Marcus, sé que cometí un error, pero de todos modos tenías que hablar con mi padre, yo solo... ¿me adelanto un poco? —pregunto, intentando que se tranquilice, que me perdone, él nunca se ha enfadado conmigo, no quiero que lo haga ahora.

—¿Hablar con tu padre? ¿Estás locas? —pregunta, incrédulo—. Nunca pensé en hablar con él, ¡me odia!

—¿Entonces cómo vamos a casarnos Marcus? —ahora soy yo quien está perdiendo la paciencia—. Debes pedirle la mano a mi padre.

—No es necesario si nos marchamos a Gretna Green —dice sonriente.

—¿Gretna Green? —ahora soy yo la sorprendida—. ¿Estás loco?

—No Valentina, si lo piensas no es tan mal plan, si nos marchamos ahora, llegaremos en un día y medio, estaremos casados antes de que se den cuenta —dice entusiasmado.

¿Gretna Green? Sé que es famosa porque allí puedes casarte sin el consentimiento paterno, mis abuelos se casaron allí, desobedeciendo las órdenes del rey, ¿y ahora yo debo hacer lo mismo?

¿Estaría dudando tanto si fuera Sebastien quien me lo pidiera? No

La respuesta es no, ¿por qué entonces dudo ahora?

Marcus tiene razón, mi padre no me dejará nunca casarme con él, pero si ya está hecho para cuando nos encuentren, se pondrá furioso sí, pero tarde o temprano se le pasará y sé que no querrá dejar viuda a su querida hija tan pronto.

—¡De acuerdo! —acepto—. Deja que vaya a mi habitación a cambiarme, y a coger algo de ropa.

—Pero date prisa, no tenemos mucho tiempo —me apremia—. Te estaré esperando en el viejo roble ¡No se te ocurra dejar ninguna nota! —me advierte.

No pude hacerle caso, no podía dejar que mi familia se volviera loca de preocupación, pensando que me había pasado algo malo, así que, sí dejé una nota para mi madre, pidiéndole perdón y diciéndole a donde iba.

—¿Por qué tan callada? —pregunta Marcus extrañado por mi silencio.

Yo no quiero decirle que he desobedecido su orden, aunque odio mentir... pero si se lo digo se pondrá furioso de nuevo, y ni siquiera querrá parar a descansar, y necesito dormir, aunque sea unas horas.

—Nada Marcus, solo que necesito descansar, está amaneciendo y no he dormido nada —intento desviar el tema, y conseguir que descansemos, los caballos también lo necesitan.

—De acuerdo, ya estamos bastante lejos. Hace horas que salimos de las tierras de tu padre —dice—. Les llevamos mucha ventaja, nunca nos alcanzaran.

Yo no estoy tan segura...

Improvisamos con varios tartanes dos lechos donde dormir, aunque Marcus dice que no va a dormir mucho, debe vigilar.

La verdad es, que con el sueño que tengo no me importa lo que haga, solo que me deje descansar, es como si no lo hubiera hecho en años.

Cierro los ojos y me abandono al sueño...

—¡Valentina! —oigo que me llaman—. Valentina.

Miro a mi alrededor, no estoy en la arboleda donde nos hemos ocultado para descansar. ¿Dónde estoy?

De repente reconozco el lugar, es la colina donde está enterrada Marian, pero su tumba se encuentra en Eilean Donan, ¿cómo he llegado

hasta aquí?

—Valentina, ¿por qué has hecho semejante estupidez? —me volteo al reconocer la voz, se quién me habla...

Es Marian.

—¿Marian? —pregunto anonadada, la tengo a frente a mí, igual de hermosa que la última vez que la vi, la mañana que descubrí que se había marchado para siempre—. ¿Estoy muerta? —pido saber asustada.

—No —dice sonriendo—. Estás soñando.

—Pero tú te fuiste... —han pasado seis años y aun así me cuesta mucho decir la palabra...

—Si morí, Valentina es hora de que aceptes que estoy muerta y no voy a volver, tanto tu como mi hermano estáis siendo unos cobardes egoístas, atándome a un mundo al que no pertenezco —dice con tristeza.

—Lo siento mucho Marian, eras mi mejor amiga, y no pude ayudarte yo... —intento contener el llanto, el sentimiento de culpa es demasiado grande.

—Mi querida niña, tu no podrías haber hecho nada, era mi destino. Deja de sentirte culpable —se acerca a mí y siento su caricia en mi rostro, cierro los ojos.

—Me haces tanta falta, Sebastien te necesita —le digo con angustia.

—Te necesita a ti —expresa ella impaciente—. Pero él te aleja y tú se lo permites. —niega en desaprobación.

—Te equivocas Marian, él no me quiere, me lo ha dicho y demostrado de mil formas distintas a lo largo de los años —intento que entienda que he hecho de todo para acercarme a él, y no he conseguido nada.

—Dejemos ese tema, estoy muy preocupada por ti Valentina, estás en peligro. ¡Debes volver a casa! ¡Debes volver a Eilean Donan! —me apremia.

—¿En peligro? ¿Nos van a atacar? —pregunto asustada.

Ella niega...

—No, estás en peligro con Marcus, él oculta un terrible secreto, no es quien dice ser.

—¿De qué estás hablando Marian? Conozco a Marcus hace años, ha luchado para mi padre en innumerables batallas —no puedo creer lo que me está diciendo.

—¡Debes irte! —me vuelve a repetir—. Vete antes de que despierte, Sebastien y tu padre te encontrarán a medio camino, ¡no dudes!

—Debe ser un error Marian, es imposible que mi mejor amigo quiera

hacerme daño —le respondo sin querer aceptar lo que me dice.

Empieza a desvanecerse ante mí... todo está desapareciendo, y me asusto.

—¡Hazlo! —grita por última vez.

Despierto de golpe y miro a mi alrededor, no estoy en Eilean Donan.

Sigo estando a medio camino de Gretna Green para casarme a escondidas con Marcus, ya que él está convencido que es la mejor solución, sin embargo, después de este sueño tan extraño, no estoy tan segura.

Marcus tiene su daga que siempre le acompaña en la mano, mientras permanece sentado, me mira extraño y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Qué ocurre Marcus? —pregunto intentando que mi voz no tiemble.

Él parece despertar de su trance y me mira como si fuera la primera vez que lo hiciera en mucho tiempo.

—¡Valentina! Despertaste, debemos irnos —se levanta y se encamina hacia los caballos que pastan tranquilamente.

¿Irnos? Me siento intranquila, temerosa, ¿y si he soñado con Marian, por qué ella está protegiéndome? Ella nunca me mintió mientras estaba viva. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

Dios mío... necesito escapar, pero... ¿cómo?

Si ataco a Marcus no tengo ninguna posibilidad, ¿y si le digo que he cambiado de opinión? Él no debe saber que desconfío de él.

—Marcus —le llamo intentando aparentar tranquilidad.

—¿Qué ocurre Valentina? —pregunta preparando todo—. No me digas que sigues cansada.

—No, no es eso —digo dudando de cómo decirle lo que debo decir.

Él al fin se gira y me mira impaciente, desde que he despertado lo veo raro, o tal vez estoy viendo cosas donde no las hay.

—¿Qué diablos te pasa? —me cuestiona exasperado.

Trago saliva intentando que el nudo que me oprime la garganta desaparezca, haciendo un esfuerzo para que los nervios no me controlen.

—Creo que no es buena idea ir a Gretna Green —digo deprisa.

Veo como su semblante cambia, la exasperación desaparece para dar paso a la incompreensión.

—¿Por qué? —exige saber acercándose a mí—. ¿Acaso no quieres casarte

conmigo?

Tengo que mentir, debo llegar a Eilean Donan sana y salva.

—¡Claro que sí, Marcus! —respondo asintiendo—. Solo que quiero tener a mi familia a mi lado, en un día tan hermoso y especial para mí —sonrió.

—¿Y si nos casamos ahora en Gretna Green, y al volver lo hacemos en la capilla de Eilean Donan? —pregunta esperanzado—. ¿Eso te haría feliz?

Parece tan esperanzado, ¿cómo puedo dudar de él? ¿De sus sentimientos?

—No sería lo mismo, entiéndelo —le sonrió intentando llegar a su corazón—. Para mí es muy importante, y sé que mi madre te lo agradecerá mucho. Desde que nací ha soñado con mi boda.

Él me mira como si tuviera el poder de leer mis pensamientos, mil escalofríos recorren mi cuerpo, ansiosa de saber su respuesta y rezando porque el sueño con Marian, solo fuera eso, un sueño.

—De acuerdo —asiente tranquilo, yo suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo—. Volveremos a Eilean Donan, no quiero hacer nada que tu no quieras.

Suspiro en agradecimiento, tal vez solo he sido presa fácil de la histeria, no sé cómo he podido dudar de mi mejor amigo.

Pero creo firmemente que el sueño es un aviso. Tal vez Marcus no es el peligro, pero sí estamos expuestos al estar fuera de las tierras Mackencie, tenemos clanes enemigos y los desterrados pueden estar en cualquier lugar.

Estoy a punto de subir al caballo cuando sin esperármelo Marcus me coge fuerte del brazo, me asusta su expresión, y su fuerte agarre me hace daño, nunca me había tratado así.

—¿Por qué? —gruñe muy cerca de mi rostro—. El plan iba según lo pensado, ¿por qué has tenido que fastidiarlo todo? —pregunta negando con la cabeza.

—¿De qué hablas Marcus? —pregunto intentando que me suelte—. ¡Suéltame! —le ordeno—. ¡Me estás haciendo daño!

Él solo ríe, es como si fuera una persona por completo diferente, alguien al que no conozco.

—Todo era muy fácil Valentina, destrozar a Alexander Mackencie utilizando a su adorada hijita. —me dice riendo a carcajadas

¡Está completamente loco!

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunto gritando—. ¡Somos amigos!

—¿Amigos? —cuestiona con burla—. ¿Sabes lo que me ha costado

aguantarte tantos años? ¡Me aburres niña estúpida! —me empuja y casi caigo al suelo, pero consigo permanecer de pie.

Miro alrededor esperando ver llegar a alguien que me salve, pero estamos en medio de ninguna parte, ¿cómo he podido ser tan imbécil?

—Sebastien tenía razón —susurro horrorizada—. Él y mi padre nunca se fiaron de ti —le reprocho con coraje.

—¡Estoy cansado de escuchar el nombre de ese miserable bastardo gitano! —grita enfurecido—. Durante años he tenido que aguantar ver como lo adorabas. ¡Él no te quiere! —se burla de mí—. ¿Crees que, teniendo a la hermosa Esmeralda, va a fijarse en una insípida virgen?

—¿Quién eres? No te reconozco.

—No puedes reconocer a alguien a quien en realidad nunca has conocido —dice muy serio de repente—. Te he mostrado solo lo que quería que vieras.

Estoy asustada, pero mi padre me ha enseñado bien; lo principal a no mostrar nunca temor ante el enemigo, no lo demostré cuando solo tenía seis años y ese malvado hombre estuvo a punto de matarme, y ahora no es diferente. Mi mejor amigo se ha convertido en mi peor enemigo, debo pensar con claridad para poder vencerle.

—Déjame marchar y mi padre te perdonará la vida —intento entretenerlo, ganar tiempo—. Sabes que si me haces daño, estas muerto.

—¿Y qué más da morir si ya habré conseguido mi cometido?! —exclama sonriendo siniestramente.

—¿Entonces vas a matarme? —pregunto, sin demostrar el miedo que me embarga.

Niega con la cabeza, y se acerca poco a poco a mí.

—No Valentina, voy a hacer algo peor —me coge con excesiva rudeza por los brazos, me intento liberar, otra vez sin éxito—. Voy a violarte —susurra sonriente.

Unas terribles nauseas me asaltan al conocer los planes de este loco.

¡Dios Santo! Va a violarme y no podré hacer nada por evitarlo, estoy demasiado lejos de casa. Tal vez, aun nadie se dio cuenta de que no estoy en mi habitación y para cuando me encuentren si es que lo hacen, será demasiado tarde.

¡Dios mío ayúdame!

—¡Suéltame! —grito histérica, perdiendo los nervios y dejando que el enemigo sepa que está venciendo, lo siento padre te he fallado...

Lágrimas bañan mis mejillas, lucho contra él para que me suelte y pueda

echar a correr, pero es fuerte y está decidido a cumplir su cometido.

Grito cuando me empuja y caigo al suelo, él se abalanza sobre mí, con su peso me aprisiona sin dejarme espacio para luchar. Para defenderme...

No sé cómo ni de donde saco la fuerza, pero consigo liberar una de mis manos y lo golpeo con toda la rabia que siento en estos momentos.

—¡Maldita! —grita y su puño golpea mi cara. Siento un dolor atroz, la sangre brota de mi boca y nariz.

Siento como lucha contra las capas de ropa que me cubren, rasga el corsé y sus asquerosos labios tocan la piel de mi cuello y hombros.

Grito. Suplico. Imploro por piedad, pero no recibo más que insultos, risas y golpes.

— ¡Sebastien! —grito, presa del dolor—. ¡Ayúdame!

—Ese bastardo está demasiado lejos para escucharte —ríe, me sube la falda y las enaguas y rasga mis calzones. Me remuevo intentando escapar una vez más.

Consigo darle con mi rodilla en sus partes, gruñe y se aparta al fin de mí. Intento levantarme, pero no puedo. Me muevo a gatas intentando escapar, no llego muy lejos cuando siento como me coge del cabello y me aprisiona desde atrás, vuelvo a estar inmovilizada, sollozo sin control presa del pánico más absoluto.

—Esta posición me gusta mucho más, perra —me susurra al oído mientras siento como intenta abrirse paso con su asqueroso miembro.

Que Dios se apiade de mi...



Sebastien Mackencie. Camino de Gretna Green, Sur de Escocia 1481.

Cabalgamos veloces, sabemos que se dirigen a Gretna Green, nos llevan horas de ventaja, solo espero que hayan parado a descansar pensando que no los alcanzaríamos, lo que ellos no saben es que Ian conoce un atajo, gracias a este hemos ahorrado millas de distancia y, estamos muy cerca de Gretna Green.

Yo encabezo la marcha poniendo al límite a mi caballo, pero necesito llegar al lado de Valentina, tengo un mal presentimiento, es como si algo me apremiara a correr más, a ir más veloz.

¡Corre Sebastien! ¡Corre, está haciéndole daño!

Esa voz... ¡Es Marian!

Ese miserable está haciendo daño a la mujer que amo, voy a matarlo, juro que como le haya puesto una mano encima es bastardo no va a volver a ver la luz del Sol.

Llegamos a una encrucijada, varios caminos se abren frente a nosotros, nos miramos confundidos, son tres caminos, ¿por cuál han podido ir? Dos llevan directo a Gretna Green y otra a las afueras, donde hay varias posadas, ¿habrán parado en alguna posada para dormir?

—Tenemos que separarnos —dice James.

Asiento.

—Yo voy por la izquierda.

—Bien, yo voy al centro. James ve a la derecha —ordena Alexander,

emprendemos la marcha con rapidez.

Cabalgo veloz, solo veo árboles a mi alrededor. Miro por todos lados, pero no diviso nada, ni caballos, ni gente caminando, nada.

Me detengo por un momento para intentar escuchar, y así decidir qué hacer. La sangre se me hiela cuando escucho un grito de agonía a lo lejos, no sé de dónde viene, tampoco me detengo; emprendo la marcha y me adentro en el bosque, porque de algo estoy seguro, están dentro del bosque.

—¿Valentina dónde estás? —susurro para mí mismo.

Vuelvo a escuchar gritos ahogados acompañados de gruñidos y eso me confirma que estoy cerca. Bajo del caballo y lo ato en uno de los árboles, desenvaino mi espada y camino con sigilo

—¡Suéltame! —grita Valentina—. ¡Mi padre te matará por esto, miserable bastardo!

Lo escucho reírse... Me escondo para que no me vea, no quiero que pueda utilizar a Valentina como escudo.

—Tu padre no está aquí para salvarte y tampoco tu bastardo gitano, ninguno de los dos va a poder impedir que seas mía —escucharlo decir. Eso me enciende la sangre y salgo de mi escondite sin pensar en nada más.

Cuando mis ojos ven lo que tengo ante mí, es como retroceder en el tiempo y verme en esa posición, Marcus tiene a Valentina debajo de él, con la cara casi aplastada contra la tierra húmeda, la falda subida y él entre sus piernas.

¡Dios, por favor que no haya llegado demasiado tarde!

No puedo moverme, él aun no me ha visto porque está muy ocupado intentando controlar a Valentina que se revuelve y lucha con uñas y dientes. Sin embargo, ella como si sintiera mi presencia alza sus ojos azules hacia mí, en ellos veo dolor, terror y vergüenza, pero también esperanza, alivio, la certeza de que he venido por ella, que he venido a salvarla, que ya no está sola.

Marcus al ver que ella ha dejado de moverse y mira hacia arriba, también lo hace y cuando me ve; su color desaparece, percibo el terror en sus ojos, sabe que tiene a la muerte frente a sí y que no voy a tener piedad. Se ha atrevido a ponerle las manos encima y ha intentado violar a la mujer que amo. Él solo ha firmado su sentencia de muerte.

Retrocede dejando libre a Valentina, que gatea lejos de él intentando cubrirse, yo ni siquiera logro fijarme si este mal nacido ha cumplido su cometido, y no sé si quiero saberlo, no soportaría saber que he llegado tarde, y ha sufrido lo mismo que sufrí yo, que te arrebatan la inocencia a la fuerza

cuando debe ser algo entregado por voluntad propia.

—Voy a matarte —digo alto, claro, con voz mortalmente seria.

Se levanta y busca su espada, el muy imbécil la tiene lejos. Así que decido tirar la mía, peharemos con los puños, no me importará matarlo a golpes.

Él es el primero en atacar, lo esquivo y le asesto un puñetazo tirándolo a tierra. Marcus es alto y fuerte, pero no tanto como yo. Además, que su afición al wiski no le ayuda mucho a la hora de combatir, se levanta y arremete contra mí tirándome a la tierra con él encima, me golpea varias veces, no siento el dolor. La furia asesina que siento en estos momentos me impide sentir algo más que la sed de venganza que me embarga.

Escucho a Valentina gritar, pero no dejo que eso me distraiga, le doy una patada que me lo quita de encima, y la posición cambia. Ahora soy yo quien está encima suyo, golpeándolo sin parar, él solo se ríe, burlándose de mí y yo no paro.

Golpeo y golpeo...

Todo se tiñe de rojo, su cara esta irreconocible, hace rato que ya no ríe.

—¡Basta, Sebastien! —grita Valentina intentando apartarme del cuerpo sin vida de Marcus—. ¡Es suficiente!

—Nunca será suficiente. —susurro mirando a la nada.

—Sebastien —vuelve a llamarme, al fin la miro—. Levántate, vámonos, volvamos a casa.

A casa... esas palabras dichas por su boca, suenan a gloria.

Ella es mi hogar, donde quiera que ella esté, allí estará mi corazón.

La miro; su cara esta magullada, la sangre brota de sus labios y nariz, su corpiño desgarrado dejando su piel pálida expuesta, sus faldas rasgadas.

Siento ganas de volver a matarlo una y mil veces; no ha sufrido lo suficiente, no ha pagado el precio por atreverse a tocar a Valentina Mackencie.

—Valentina, ¿qué te ha hecho? —pregunto con dolor—. ¿Ha llegado a...? —¡Dios ni siquiera puedo acabar la pregunta!

—¡No! —exclama ella con rapidez—. Casi lo consiguió, pude notar su... ¡Dios Santo! —. rompe a llorar y se lanza en mis brazos.

Y por primera vez en mi vida, no la aparto. Le abrazo con fuerza, intentando calmarla y calmarme yo mismo.

—No le digas a mi padre lo que intento hacer, por favor —me suplica en mi oído, su aliento me eriza la piel.

—Valentina, mírate —digo separándome de ella, para que se vea—Estas golpeada, tu ropa destrozada.

—Le diremos que luchamos, que solo me golpeó, mi padre no soportaría el pensar lo cerca que he estado de ser violada. Es un tema muy espinoso para él —sigue rogando, ¿solo para él? Si ella supiera.

—De acuerdo, que conste que no me gusta mentir a mi Laird, pero lo hago por ti —le dejo bien claro, que no lo volveré a hacer.

—¡Gracias! —parece que va a volver a abrazarme, pero necesito espacio, recomponerme.

—Vamos a intentar arreglarte, tu padre y tu tío no deben tardar en encontrarnos —le digo, para no ver la desilusión que mi gesto ha provocado.

Intenta acomodarse la falda, con el corsé no hay nada que hacer, cuando lleguemos donde está mi caballo le daré un tartán que siempre llevo para que se cubra con él, los golpes son muy visibles así que Alexander va a querer sangre, lástima que yo me adelanté.

—Vamos hacia donde dejé el caballo, salgamos al camino —la ayudo a caminar, la veo bastante calmada para lo que acaba de pasar, pero así es ella, fuerte.

Aún recuerdo cuando éramos niños, como ella le contaba a Marian que un hombre malvado la había intentado secuestrar, que le dio mucho asco como la tocó, supe enseguida que hablaba de mi padre, Sarah la salvó de una muerte segura, y yo nos salvé a todos al matarlo.

Llegamos y le doy el tartán; ella se cubre, la ayudo a montar, el caballo emprende la marcha, no muy rápido. Valentina debe estar magullada.

Encuentro el camino rápidamente y veo como a lo lejos llegan dos caballos, se quiénes son y sé en qué momento se dan cuenta de quienes somos nosotros por el grito de angustia que suelta Alexander Mackencie.

—¡Valentina! —grita, mientras ellos llegan a nuestro encuentro, la ayudo a bajar del caballo, sé que tanto Valentina como su padre necesitan darse un abrazo, nunca he visto un amor tan grande como el que Alexander Mackencie siente por su familia.

Salta de su caballo sin ni siquiera detenerlo y abraza a su primogénita entre sus poderosos brazos, ella solo llora de alivio, de verse entre los amorosos brazos de su padre.

—¡Papá, lo siento tanto! —repite una y otra vez.

James y yo nos mantenemos al margen, contentos y aliviados de haberla encontrado sana y salva... más o menos.

—¿Qué te ha hecho ese mal nacido? —brama al ver el estado en el que se encuentra su hija.

—Nada grave padre, peleamos —intenta no mirarlo a los ojos. Valentina es horrible mintiendo—. Tenías razón papa, él te odiaba.

—¿Odiaba? —pregunta mirando ahora hacia mí.

—Le he matado —afirmo.

—No puedo decir que no me alegre muchacho, pero creo que dejé bien claro que ese bastardo era mío —gruñe molesto.

—Lo siento Laird, estaba atacando a Valentina y no lo pensé —intento explicar sin dar muchos detalles.

—Deja a mi hijo hermano, ese miserable está muerto como merece, estoy seguro que Sebastien le dio su merecido y, Valentina está de nuevo con nosotros —interfiere mi padre, quien abraza ahora a su sobrina—. Volvamos a casa antes de que a Brianna y a Sarah les dé un ataque.

—Tienes razón James, lo siento chico —me mira con agradecimiento—. Una vez más has salvado a la familia. Estoy muy orgulloso de ti.

No digo nada, solo me dirijo hacia mi caballo, solo...

Valentina montará con su padre, ella parecía querer replicar, pero con una simple mirada mía, ha callado y aceptado la decisión de su padre.

Cabalgamos durante horas, todos agotados física y emocionalmente. Valentina se ha dormido en los brazos de Alexander. Él parece más tranquilo, aunque en las profundidades de su mirada aun puedo ver el odio y la rabia por no haber podido matar el a Marcus.

Llegamos a Eilean Donan por fin. Todos están a la espera de vernos llegar, y las mujeres no tardan en salir por la puerta llamando a gritos a la mayor de los Mackencie.

—¡Valentina! —grita Brianna corriendo—. ¡Hija mía!

Los gemelos ya están aquí y corren al encuentro de su hermana, aunque a veces discutan, la adoran.

Ian y Marie también están presentes, la buena mujer llora, pues los ha criado como si fueran sus hijos, todos hemos crecido con los cuidados de la buena de Marie.

Valentina está rodeada de toda su familia, preguntándole, mimándola. Ella intenta explicarse. La llevan dentro donde sé que la atenderán como es debido, y una vez más quedo olvidado.

—No soy tan tonto como mi hermano, Sebastien —la voz de mi padre me detiene.

—¿Estás llamando estúpido a tu hermano? —pregunto serio—. ¿A tu Laird?

—Mi hermano es el hombre más inteligente que conozco, pero el amor por su familia, lo ciega como es lógico —responde.

—No sé qué quieres decir padre, pero no tengo tiempo para charlas —vuelvo a intentar escapar, algo me dice que mi padre no me lo va a poner tan fácil.

—Quieto ahí Sebastien Mackencie —ordena—. ¿Qué más ha ocurrido con ese miserable?

—Nada, ya lo expliqué. Cuando los encontré, estaba pegando a Valentina, Marcus me desafió y lo maté, nada más.

—Estas mintiendo hijo, eso no es propio de ti —contesta decepcionado.

—Se lo prometí a Valentina padre. —digo con pesar, me encuentro entre la espada y la pared—. Está muerto, lo demás no importa.

—Entiendo, ¿harías cualquier cosa por ella, cierto? —pregunta sonriendo.

No contesto, ¿para qué? Todos sabemos la respuesta, bajaría al mismísimo infierno por Valentina Mackencie.

Valentina Mackencie

—Hija mía, me tenías tan preocupada —llora mi madre, mientras nos dirigimos hacia mi alcoba, para lavarme, seguro Marie tiene la tina llena de agua caliente.

—Lo siento tanto madre —digo avergonzada de mi comportamiento.

—Lo siento tanto madre —me imita mi hermano Keylan—. ¿Crees que así se soluciona todo? —pregunta enfadado—. ¡Nos hemos vuelto locos buscándote! —grita, colérico.

—Tranquilízate Keylan —habla el más tranquilo de mis hermanos.

—¡Deja de defenderla, Aydan! —brama con furia—. Es nuestra hermana mayor y actúa como una maldita niña, ¿no te importa el disgusto que le ha dado a madre?

—¡Claro que me importa imbécil! —grita en respuesta mi hermano Aydan—. Solo digo que ahora, no es el mejor momento para los reproches, está mal herida.

—¡Basta! —les reprocha nuestra madre, es menuda pero su carácter es fiero.

Todos callan, miran a Brianna Mackencie, mi padre que hasta el momento

se mantenía en silencio, pone punto final a la discusión.

—Chicos, dejemos a las mujeres con Valentina —ambos lo siguen, aunque Keylan al pasar por mi lado me fulmina con sus ojos verdes.

Entramos a mi habitación y como suponía todo está listo y Marie esperándonos.

—¿En qué pensabas mi querida niña? —dice con dulzura, la mujer que ha sido una segunda madre para mí.

—No estaba pensando, Marie —reconozco avergonzada.

—Vamos querida, te ayudaré a desvestirte —dice mi tía.

Dejo que me ayude, pero al quitarme las faldas y solo quedar con la camisola desgarrada y el tartán de Sebastien, del cual no pienso desprenderme jamás, mi tía se detiene, me mira entre horrorizada y apenada.

—Marie por favor, ve a la despensa y trae mis ungüentos, Brianna querida, tráenos un buen té —ordena con absoluta tranquilidad, algo que no reflejan sus ojos.

—Pero no quiero dejar a mi hija sola... —empieza a discutir mi madre

—¿Sola? —pregunta cruzándose de brazos—. Dime querida hermana, ¿que soy yo? ¿Un mueble?

Mi madre algo avergonzada por su comentario asiente y se marcha en compañía de Marie, dejando a mi tía Sarah como única compañía.

—Bien, Valentina. ¿Marcus te ha violado? —pregunta en voz baja.

Rompo a llorar y mi tía me abraza, siento su temblor que me confirma que también está llorando.

—Lo siento mi niña, lo siento tanto —dice con pesar, me aprieta fuerte contra ella.

—Tía —la llamo, intentando soltarme de su agarre, y sacarla de su error pues se cómo le afecta y por qué—. ¡Tía! —grito, ella parece reaccionar—. No ha llegado a hacerlo, Sebastien me salvó.

Ella ahora llora de alivio, su sonrisa me lo confirma.

—¡Gracias a Dios! —me ayuda a meterme en la tina humeante—. Cuando he visto tus ropas desgarradas y los morados alrededor de tus caderas y piernas, creía que mi peor pesadilla se hacía realidad.

Me enjabona el cabello. Me dejo cuidar por ella, intentando olvidar lo que he vivido en manos del que creía era mi mejor amigo, y mi futuro marido.

—Aquí traemos todo —anuncia mi madre.

—Perfecto, dejemos que Valentina disfrute de su baño, y se relaje. —dice mi tía mientras insta a mi madre y a Marie para que me dejen sola.

—¡Pero no podemos dejarla sola! —exclama mi madre horrorizada.

Sé lo que mi tía está intentando hacer, que mi amada madre no vea cuán magullada estoy, lo cerca que he estado de ser violada salvajemente por un miserable.

—Madre, estaré bien —intento tranquilizarla—. No tardaré en salir, tomaré ese delicioso té y dormiré unas horas.

Ella no parece muy convencida, le gustaría estar encima de mi por horas para convencerse que estoy bien, que vuelvo a estar en casa.

Al fin, a regañadientes, acepta.

—De acuerdo, pero volveré a por ti para la cena —me advierte.

Solo asiento sonriendo, intentando que se marche lo más tranquila posible, mi tía y Marie salen tras ella, al fin estoy sola.

Salgo del agua y me pongo frente al espejo por completo desnuda, al verme las lágrimas fluyen de mis ojos.

Tengo sus manos marcadas por todo mi cuerpo, en los pechos, en las caderas, en mis muslos.

Me pongo el ungüento que trajo Marie, me visto y después de tomar el té de mi madre, me dispongo a acostarme en mi cama, pero no sin antes coger el tartán de Sebastien y envolverme en él.

Suspiro de alivio, es como tenerlo a él rodeándome con sus brazos, como si aún siguiera abrazándome.

Ojalá nunca me hubiera soltado, pasaría una y mil veces por más horrores, solo por sentir sus brazos a mi alrededor.

Sebastien...

Es lo último que pienso antes de caer rendida por el cansancio.



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481.

Ha pasado una semana desde mi fuga y el descubrimiento de que Marcus estuvo engañándome por años.

No voy a negar que ha sido difícil, sobre todo las noches, tengo pesadillas donde él vuelve para buscarme y acabar lo que empezó, en ellas Sebastien no llega a tiempo y me despierto gritando y muerta de miedo.

Aydan se ha ofrecido a dormir conmigo varias veces, pero sé que no se sentiría cómodo haciéndolo, aunque sea su hermana. Además, ahora que parece que vuelve a llevarse bien con Keylan no quiero estropearlo, ya que ha centrado su odio solo hacia mí.

Mis tíos partieron ayer con mis primos hacia sus tierras, cada cierto tiempo deben marchar y ocuparse de los asuntos importantes. Mi tía Sarah ha sido de gran ayuda, sin ella voy a sentirme algo perdida, ya que sigo sin querer contarle a mis padres lo que ese miserable estuvo a punto de hacerme.

Sebastien me evita desde el día que volvimos a casa. No obstante, soy consciente de sus miradas allá a donde vaya, no salgo mucho y nunca fuera de los muros. Jamás he sido una mujer cobarde, pero ahora mismo no me siento con fuerzas de enfrentarme a mis miedos. Miedos que lo ocurrido ha dejado en mí.

Ahora me cuestiono todo lo que he vivido y a todos los que conozco desde que nací, incluso con los hijos de Marie intento mantener las distancias, y sé que estoy volviéndome loca; ellos nunca me harían daño, crecí con ellos. Sin embargo, mi mente ahora se niega a aceptarlo.

Las cicatrices de las heridas en mi rostro y cuerpo van desapareciendo, pero las emocionales son más difíciles de sanar, los hematomas han desaparecido casi en su totalidad, mi labio partido está curándose al igual que mi nariz que ya no se encuentra tan hinchada, y poco a poco va desapareciendo el dolor de los golpes.

—¿Qué demonios haces aquí sola? —me sobresalta la voz de Keylan.

—Solo quería pensar —susurro.

—Compadecerte más bien, deja de ir por el castillo como alma en pena Valentina, tú te buscaste todo esto. Tu decidiste abandonarnos —me reprocha con furia.

—¿Abandonaros? —pregunto incrédula, sin entender este ataque por su parte—. ¿De qué estás hablando?

—¡De tu maldita estupidez! —grita—. Por tu culpa madre estuvo preocupadísima, padre y los demás salimos a buscarte, le haces daño a Sebastien, ¡solo por tus malditos caprichos!

—¿Te has vuelto loco? —no puedo creer lo que estoy escuchando—. Reconozco que fui irresponsable, que no pensé en vosotros... ¡pero no vuelvas a decir que yo hago daño a Sebastien! —exijo furiosa, por su afirmación.

—¿Por qué no puedo decir la verdad? —pregunta, burlón—. Que a ti no te importen sus sentimientos, no significa que no existan.

—¿De qué sentimientos hablas Keylan? —me acerco a él, con ganas de molerlo a golpes—. ¿De desprecio? ¿Indiferencia? ¿Cuál de ellos?

—Sé que Sebastien es frío y retraído, pero eso no significa que no tenga sentimientos Valentina, él siempre intenta alejarte, cuando lo que más desea es que seas suya —me dice más calmado.

—¡¿Que yo sea suya?! —exclamo incrédula, sin poder creer lo equivocado que esta mi hermano—. ¿Sabes las veces que me he rebajado ante él? ¿Las veces que he implorado por su atención? Tú no sabes lo que he tenido que ver, el dolor que he sentido miles de veces, y aun así mi corazón le sigue perteneciendo.

—No sé todo lo que ha ocurrido entre los dos, solo sé lo que veo. —se acerca a mí y mirándome a los ojos me confiesa algo que cambiará mi vida—. Lo he visto protegerte desde que llegó aquí, le he visto seguirte con la mirada siempre que estas a su alrededor, he sido testigo de cómo despreciaba a mujeres hermosas sin contemplaciones, más sin embargo a ti por muchas cosas que te haya hecho o dicho, nunca te ha alejado por demasiado tiempo, nunca ha podido dañarte realmente; porque créeme si él hubiera querido deshacerse de

ti y del amor que sientes por él, hace años que lo hubiera hecho sin pensárselo dos veces.

—¿Y según tú por qué no lo ha hecho? —pregunto con sorna, sin querer creerme todo lo que está diciendo, porque creerle sería como condenarme, volvería a tener esperanzas, volvería a rebajarme ante Sebastien, y él volvería a despreciarme.

—Porque te ama. —dice sin más.

Y eso en vez de alegrarme me enfurece sobremanera.

—¿Me ama tanto que se encama con cualquier zorra que se presente? —pregunto clavándole el dedo en su pecho, él va alejándose de mí—. ¿Como tú haces con Libia, después de jurarle amor eterno a Rachell?

Lo veo palidecer y detenerse, seguro que en estos momentos está preguntándose quién demonios me ha contado lo de Rachell.

—¿Aydan ya te fue con el cuento? —gruñe apretando los puños.

—¿Y qué si es así? —exijo saber—. Somos hermanos Keylan. Sé que estas sufriendo, pero tú mismo te lo buscaste, por no mantener las manos quietas.

—¿Tu qué demonio sabes? —me espeta empujándome—. No sabes nada de mi relación con Rachell. ¡No te metas! —ordena y se marcha, es lo que siempre hace, huir.

Y yo me quedo más confundida que nunca por todo lo que me ha confesado.

¿Puede tener razón mi hermano? Él siempre ha sido el más unido a Sebastien de todos nosotros.

¿Pero, y si está equivocado?

¿Quién podría ayudarme? Tal vez mi madre... tiene experiencia en hombres tozudos.

Voy en su busca.

Le encuentro en la capilla, arreglando las flores que hay alrededor.

—¡Madre! —grito, ella se gira algo asustada, pero se relaja al verme.

—¡Hija, no me des esos sustos! Mi corazón no los soportaría —me dice riendo.

—¿De qué hablas madre? Aun eres muy joven, no pienses en malos augurios —le ordeno seria.

Me asusta pensar en el momento que pierda para siempre a mis padres.

—Lo sé, lo sé —dice moviendo su mano, quitando importancia —Dime, ¿para qué me necesitas?

—Sé que me lo has contado muchas veces, pero... ¿qué hiciste para que padre se diera cuenta de que te amaba?

Ella me mira y suspira.

—¿Otra vez Sebastien? —pregunta cansada—. Amo a ese muchacho como si fuera mi hijo, pero ciertamente está colmando mi paciencia.

—Keylan me dijo unas cosas, que me hicieron dudar —susurro recordando las palabras que hace unos minutos me dijo mi hermano.

—¿Keylan?! —exclama extrañada—. ¿Qué te ha dicho ese muchacho?

—Que Sebastien me ama —digo sin más preámbulo.

Ella pestañea y solo empieza a reír.

—¡Pues claro que lo hace! —exclama entre risas.

—¿Os habéis vuelto todos locos? —pregunto sin poder creer lo que veo.

—No hija mía, solo que tú estás muy ciega, el amor tiene ese efecto.

—¡No me ama! —grito ya cansada de todo esto—. ¡Lo vi poseyendo a otra mujer! —gruño con toda la rabia que ese recuerdo me produce.

Mi madre deja de reír y me mira seria, pero en sus ojos veo la lástima y la comprensión.

—Eso no significa nada Valentina —afirma convencida—. Tu padre me amaba aun cuando compartía cama con Isabella.

No me gusta escuchar eso, no puedo creer que el padre amoroso que he conocido toda mi vida, fuera capaz de herir así a mi madre, no cuando he visto el amor tan grande que siente por ella.

—Conozco esa mirada Valentina —me señala con el dedo—. Todos cometemos errores, vuelve a hablar con ese cabezota —ordena volviendo a su tarea con las flores.

Me quedo por unos instantes sin saber qué hacer, con los nervios a flor de piel, con el miedo de volver a ser rechazada, pero no soy una mujer que se rinda con facilidad y no puedo rendirme en esta cuestión, no cuando la felicidad de mi futuro está en las manos de Sebastien.

Lo busco por todas partes y no lo encuentro; no está en las caballerizas, tampoco en el lago. ¿Tal vez esté con Esmeralda?

Sigo caminando y sin darme cuenta llego a la colina donde Marian está enterrada, y allí es donde lo encuentro. ¿Cómo no lo pensé antes? Él nunca permite que las flores se marchiten.

Me dirijo hacia él decidida, aunque no sé si la tumba de su hermana es el mejor sitio para hablar. Por otro lado, si Marian nos escucha no creo que le importe, tal vez le dé un poco de sentido común a su hermano.

Él se gira al escuchar mis pasos, y por extraño que parezca no me mira furioso, sino avergonzado, ¿por qué?

—¿Has venido a ver a Marian? —pregunta sin mirarme—. Yo ya me iba. —dice dispuesto a irse.

—¡Detente Sebastien! —ordeno ya cansada de este tira y afloja—. Vine a buscarte a ti.

Él agacha la cabeza como si sobre sus hombros llevara una carga enorme, y ya estuviera cansado de llevarla solo. Lo que él no entiende es que yo gustosa le ayudaría a soportar las cargas que fueran necesarias.

—Valentina —suspira, alza la mirada y en sus ojos veo algo que jamás había visto... anhelo.

Me acerco a él movida por un sentimiento enorme. El amor que siento por él es superior a mí, es un amor que arrasa con todo a su paso.

Él retrocede como asustado y me detengo, no quiero que me tema, nunca le obligaría a hacer nada que no quisiera, y mucho menos sabiendo lo que sé sobre su pasado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta sin mirarme, no entiendo su pregunta.

—¿Decirte que, Sebastien? —pregunto sin comprender su comportamiento.

—Que me vistes con Esmeralda. —responde alzando la vista, veo que hasta esta sonrojado.

Yo muero de vergüenza, ¡maldito Keylan! Anda, que ha tardado en decírselo... ¡Voy a matarlo cuando lo vea!

—¿Que importa? —cuestiono intentando aparentar indiferencia—. Tú y yo no somos nada, solo primos, y tú no querrías siquiera que ese parentesco nos uniera.

Cierra los ojos y niega con la cabeza...

—Nunca deberías haber visto algo como eso —susurra.

—Bueno, si no quieres que lo vea, no traigas a tus zorras, ¡a mis tierras! —respondo sin controlar ya mis sentimientos, el dolor, la furia.

Él asiente, se pasa sus grandes manos por el cabello, señal de que está si nervioso, sin saber que hacer o decir.

—Sebastien no es para tanto —no voy a permitir que él sepa cómo me dolió y como lo sigue haciendo—. Tarde o temprano me casaré, y mi marido y yo compartiremos cama.

—¡No! —lanza un grito horrorizado, con la furia llameando en sus ojos—.

Tú nunca debes ser tratada así.

Sin darme cuenta, Sebastien está a mi lado, acariciando mi rostro. Cierro los ojos, porque es la primera vez que me toca; su roce me eriza la piel, me da escalofríos, siento la necesidad de más, de mucho más.

Cuando dejo de sentir su roce, abro los ojos con lentitud, me está mirando con... ¿adoración? Dios mío, si esto es un sueño que no despierte jamás.

Y sin esperármelo, me besa.

¡Está besándome! Pero no lo hace como la primera vez que lo bese, no.

Lo hace con hambre, con pasión. Siento como intenta controlarse, temiendo hacerme daño, pero no es lo que yo quiero, quiero todo lo que él pueda darme. Lo quiero todo de él.

Lo abrazo y pego todo mi cuerpo al suyo, lo escucho gemir y por un momento me preocupa estar haciéndole daño. Sin embargo, cuando él me abraza aún más fuerte contra sí, me olvido de todo.

Solo somos Sebastien y yo. ¡Por fin!

Sebastien Mackencie

Ya ha pasado una semana desde que rescaté a Valentina. Durante ese tiempo he estado evitándola, pero no solo a ella. También a Esmeralda.

Parece ser que no entendió la última vez que nos vimos que lo poco que había entre nosotros se ha acabado.

Pero me ha costado mucho mantenerme alejado de Valentina, cada vez que la veo siento ganas de abrazarla, consolarla y asegurarme de que, nunca nadie más volverá a dañarla.

Veo en su rostro que las cicatrices van desapareciendo, veo también que las pesadillas la atormentan y Keylan me lo ha confirmado. Por las noches la escuchan gritar, muchas veces mi nombre, cuando escucho eso me siento un miserable, porque a pesar de todo lo que le he hecho con el paso de los años, ella sigue confiando en mí.

Mis padres y hermanos se fueron ayer, como siempre me quedo en Eilean Donan, soy el segundo al mando y no puedo ni quiero marcharme de aquí, no puedo estar muy lejos de Valentina.

—¡Sebastien Mackencie! —brama Keylan caminando hacia mí con paso veloz—. ¡Maldito bastardo!

Se abalanza sobre mí intentando golpearme, pero lo esquivo y lo empujo contra el suelo, no quiero hacerle daño.

—¿Qué demonios te pasa muchacho? —gruño furioso por este ataque sin sentido.

—¿En qué demonios pensabas? —lucha por levantarse, no se lo permito—. ¡Mi hermana te vio con Esmeralda!

Dejo de ejercer fuerza en el momento que escucho que Valentina me ha visto poseer a otra mujer, Keylan aprovecha y me tira al suelo, pero no me golpea, solo me mira furioso.

—Aunque en estos momentos no soporto a nadie a mi alrededor, Valentina siempre será mi hermana Sebastien, he aguantado ver como la dañabas año tras año, eso... ¡se acaba aquí y ahora! —grita.

Cierro los ojos avergonzado de saber que Valentina ha sido testigo de mi depravación, ¿cómo voy a volver a mirarla a la cara?

Ahora entiendo su comportamiento, todo cambió al verme con otra mujer. Ella se distanció, dejó de quererme porque le doy asco.

—Tranquilo Keylan, creo que conseguí por fin que tu hermana deje de amarme —digo afligido, sin molestarme en aparentar indiferencia.

—¡No has escuchado nada! —grita—. ¡Grita tu nombre por las noches! Aun te ama. ¡Maldita sea!

Mi corazón palpita desbocado, empiezo a recordar todos los momentos en lo que ella ha intentado acercarse a mí, en el beso que me dio en el lago, el cual no he podido olvidar, ¿cómo olvidar el primer beso? Y más si te lo da la chica que es dueña de tu corazón.

—¿Vas a hacer algo al respecto de una vez? —inquieta impaciente.

Yo solo asiento. Me levanto con su ayuda y me sonrío.

—Pues que sea verdad, con un imbécil en el clan hay suficiente —intenta bromear, pero sé cuánto le duele haber perdido a Rachell.

Se marcha refunfuñado sobre que está lleno de lodo y que tendrá que ir al lago a bañarse y no puedo evitar sonreír cuando recuerdo que he visto a Eara y Rachell ir hacia allá. Keylan se va a llevar una buena sorpresa, él no sabe que la sobrina de Ian, está de regreso, según me ha contado va a pasar aquí una larga temporada. La madre de Rachell se ha vuelto a casar y no la quiere por allí, lo que pueden hacer los celos... incluso entre madre e hija.

Necesito pensar, necesito sentir paz y eso solo lo encuentro en la tumba de mi hermana. Me dirijo hacia allí, así le cambio las flores marchitas por otras nuevas.

En poco tiempo estoy ante la tumba de Marian. Como siempre un sentimiento de paz me embarga, a la vez que la tristeza intenta dominarme, pero le juré que no volvería a llorar por su partida.

—¡Hola hermanita! Me haces tanta falta ahora mismo, estoy aterrado — suspiro—. Valentina vio mi lado más horrible y aun así parece que me ama. Estoy cansado de luchar contra lo que siento, pero tengo tanto miedo, no quiero hacerle daño. No quiero que ella sepa mi pasado.

Me callo esperando una respuesta que nunca llegará, mi hermanita ya no puede hablarme.

Siento ganas de llorar, no solo por Marian, sino por mi terror a dejarme llevar con Valentina. Mi amor por ella es enorme, la adoro. Pero, ¿y si me dejo llevar con ella y le hago daño? Que ella me mirara con asco o miedo me mataría, no podría soportarlo.

Pero ahora mismo me asusta más perderla para siempre. Su fuga con Marcus es una señal de que está cansada de mí, de mis desplantes y mis errores. Ella es hermosa, una mujer valiente y buena de corazón, ¿quién no querría casarse con ella?

Si no es hoy, puede ser mañana. Algún hombre puede pedir su mano y arrebatármela para siempre.

He intentado ser noble, alejarme y dejar que ella encontrara el amor y la felicidad con alguien más, pero soy un maldito egoísta y la quiero para mí.

—Marian, no puedo más, me he cansado de ser noble, no puedo dejar que me la quiten, no soportaría que otro hombre la tocara y besara como yo deseo hacerlo.

La respuesta de mi hermana es el silencio. Una brisa agita mi cabello y para mí es suficiente respuesta, mi hermana me felicita por dejar de ser un maldito cabezota, como tantas veces me dijo mientras estaba viva.

Escucho ruido y al girarme veo a la mujer que ocupa mis pensamientos, día y noche.

Ni siquiera puedo mirarla a los ojos, y cuando me reprocha mi comportamiento me da el aliciente que necesitaba, ¡esta celosa!

Todas estas semanas, el alejamiento por su parte, era por celos. Le hice daño aun sin saberlo y ella intentó alejarse; sin mucho éxito, porque ambos somos tozudos y por mucho que hemos luchado, no ha servido de nada.

Le acaricio su hermoso rostro, cierra los ojos como si estuviera disfrutando de mi tacto, su piel tan suave y limpia. Deseo besar cada pulgada de su cuerpo, deseo adorarla cada día de mi vida.

Abre los ojos y los veo nublados por la pasión, mirándome con deseo y sin poderme contener por más tiempo, la beso.

Pero no como ella lo hizo la primera vez, no.

Lo hago con toda la pasión que he mantenido escondida durante demasiado tiempo, cierro los ojos y me dejo llevar. Ella me abraza y se aprieta contra mi cuerpo, el placer que ese movimiento me provoca hace que gima sin poderlo evitar. Le abrazo más fuerte y me dispongo a disfrutar de este momento.

Porque solo somos ella y yo...

Por fin.



Valentina Mackencie

No sé durante cuánto tiempo hemos estado besándonos, mis labios los noto hinchados, mis manos me duelen por la fuerza con la que estoy aferrada a él, sus manos me aprietan con igual intensidad, tanto que puede que mañana tenga alguna marca. Pero no me importa tener sus marcas de amor en mi cuerpo, las llevaría orgullosa de ellas.

Él es el primero en apartarse jadeando. Sus ojos negros me parecen aún más oscuros, sus labios están más rojos e hinchados, se ve más guapo que nunca, y lo deseo como nunca había deseado a ningún otro hombre.

—Valentina esto... —empieza a decir y cierro los ojos, esperando escuchar lo mismo de siempre.

—No debería haber pasado, ¿no? —pregunto cansada—. Ahora no puedes acusarme a mi Sebastien.

—No iba a decir eso Valentina, solo iba a pedirte disculpas por mi comportamiento — dice avergonzado.

—¿Me pides disculpas por besarme? —exijo saber sorprendida.

—Te pido perdón por besarte de ese modo tan animal, por desearte.

—Entonces yo también debo disculparme —digo muy seria, no quiero que se lo tome a broma.

—¿Por qué demonios? —pregunta igual de sorprendido que yo.

—Por desearte. Por desear que me beses siempre de este modo, por desear recorrer tu cuerpo durante horas, por desear ser tuya para siempre.

Su mirada es tan intensa, veo como cierra los ojos inspira aire y cuando

los abre de nuevo, atisbo decisión en ellos.

—¡Que Dios me perdone! —susurra antes de volver a besarme hasta volverme loca.

Me encanta su sabor, su aroma, poder acariciarle, recorro su espalda ancha y morena, su cabello, su rostro.

Él recorre mi cuerpo con reverencia, como si quisiera grabar en su mente mi silueta a fuego. Siento mis pechos hinchados, deseosos de ser acariciados. Deseo algo que aún no he conocido, deseo sentir el mayor placer jamás soñado en los brazos de Sebastien.

Poco a poco se separa de mí y por primera vez no veo arrepentimiento, no puedo evitar sonreír, él en respuesta me besa suavemente la frente y cogiéndome de la mano nos alejamos de la colina donde descansa en la eternidad mi mejor amiga. Por un momento miro hacia atrás y como un espejismo por un pequeño instante me parece ver a Marian allí de pie mirando cómo nos alejamos cogidos de la mano, sonrío feliz y cuando vuelvo la vista hacia su tumba ya no está. Debe de haber sido una imaginación mía, un deseo enorme de volverla a ver, aunque sé que eso es imposible.

—¿A dónde me llevas? —pregunto algo nerviosa, no es que tema estar a solas con él, solo son los nervios, nunca me ha permitido esta cercanía.

—¿Me tienes miedo? —exige saber, deteniéndose de repente—. Es por lo que viste, ¿cierto? Pero Valentina yo nunca te haría daño.

—¡No te tengo miedo Sebastien! —exclamo perdiendo la calma—. Solo que todo esto es extraño para mí, tu nunca me has permitido acercarme a ti.

—Nunca lo he permitido por temor a hacerte daño de algún modo. No porque no lo deseara Valentina, tú no sabes cómo era mi vida antes de llegar a Eilean Donan —dice ignorando que se mucho más de lo que se imagina.

—No debes tener miedo de mí, o de lo que puedas hacerme —susurro acariciando su mejilla, notando que no se ha afeitado en varios días.

—No sabes lo que dices, no sabes la maldad y la depravación que existe, y ruego a Dios que nunca llegues a saberlo. —vuelve a emprender la marcha. Ambos caminamos en silencio, pero lo disfrutamos. Al menos yo, no me importa ni cómo ni donde siempre que Sebastien este a mi lado.

Llegamos hasta el patio de entrenamiento de Eilean Donan, allí Sebastien se detiene, me suelta la mano y me mira. Percibo en él, la lucha interna, ¿debe dejarse llevar por lo que siente? ¿Pero qué siente realmente?

¿Deseo?

¿Amor?

Aunque ha sido él quien me ha besado y el que ha permitido que este momento tan mágico haya sucedido, aun no me ha dicho el porqué, ni lo que siente por mí.

Y yo tengo mucho miedo de preguntar, miedo de recibir una respuesta que acabaría por romper mi corazón en mil pedazos.

—¿Sebastien que vamos a hacer? —aunque me da miedo su respuesta, necesito saberlo.

El agacha la cabeza, parece pensar, luchar contra sus pensamientos, cuando vuelve a mirarme a los ojos, sé que ha tomado una decisión, para bien o para mal.

—Vamos a ir muy despacio Valentina, voy a esforzarme por dejar que te acerques a mí. Voy a intentar hacer las cosas bien. Te he herido durante todos estos años, me he herido a mí mismo por ello y estoy cansado —suspira, me duele verlo así.

—Me parece bien Sebastien —digo sonriendo, porque soy realmente feliz. Él va a permitirme estar cerca suyo, ¡por fin!

Y por primera vez en todos los años que lo conozco, una leve sonrisa curva sus perfectos labios. No puedo evitar sollozar de la emoción, y eso hace que su expresión cambie a una de preocupación.

—¿Valentina? —pregunta preocupado—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué hice?

—Has sonreído, Sebastien —digo intentando controlarme—. Eres tan hermoso. — suspiro sin poderlo evitar.

—¿Estás diciendo que lloras porque he sonreído? —me mira ceñudo—. ¡Estás loca mujer! ¡Deja de llorar! —ordena.

Yo no puedo evitar reír entre sollozos; este hombre es tan complejo, solo a él se le ocurre que puede ordenarme no llorar.

—Sebastien, no puedes ordenarme no llorar —digo limpiando las últimas lágrimas—. No puedes controlar las emociones.

—Si yo puedo, tú también —dice terco, cruzándose de brazos.

—Yo no soy tu, sabes que desde niña he mostrado mi carácter. No me gusta nada callarme las cosas. Si siento deseos de llorar, lo haré, si siento deseos de reír pues lo haré, si siento deseos de gritar, gritaré —me cruzo de brazos igual de obstinada que él.

—Eres una maldita cabezota —gruñe negando con la cabeza—. Debo irme, tengo que inspeccionar las fronteras con los MacFerson —dice molesto, sé que no le gusta hacerlo, pero son órdenes de mi padre.

—¿Por qué no eres el Laird de las tierras de tu padre? —pregunto

esperando que estalle en cólera, aunque no lo hace.

—Porque tanto yo como Marian somos hijos bastardos, ante la ley no merecemos títulos, ni siquiera su apellido, pero créeme no es ninguna carga, no quiero nada de ese clan y mucho menos del hombre que era mi padre, si pudiera incluso me sacaría su sangre de mis venas.

—Entiendo —digo, sin saber que decir para aliviar su dolor, para espantar sus fantasmas.

—Por eso no quería esto Valentina, tú te mereces algo mejor que un bastardo gitano, sin tierras ni nada que ofrecer —dice intentando alejarse, para marcharse, pero no se lo voy a permitir.

Lo detengo, me planto delante de él y busco las palabras adecuadas que me permitan expresar todo lo que siento por este hombre.

—¡No te permito que hables así de ti! —le apunto con el dedo—. Eres un buen hombre; un formidable guerrero, segundo al mando del Laird más poderoso y temido de toda Escocia, pero por encima de todo eres el hombre a quien mi corazón eligió cuando tan solo tenía seis años y ha sido tuyo desde entonces, y siempre lo va a ser.

Él me mira anonadado, su respiración esta acelerada, mi corazón palpita en mi pecho como un caballo desbocado, mis manos tiemblan por los nervios, pero cuando de repente me abraza fuertemente y oculta su rostro en mi cabello, puedo volver a respirar con claridad.

—No permitas que nada, incluso yo mismo vuelva a separarnos —susurra en mi odio.

—No lo permitiré, promesa de Mackencie.

Él asiente y besándome por última vez, se marcha dejándome en medio del patio desolado, tengo ganas de entrar corriendo y decirle a mi familia que Sebastien al fin ha dejado de ser un estúpido, pero no quiero volver a hablar antes de tiempo. Él no me ha dicho que quiera decírselo a nadie, ¿pero por qué esconderlo? Las dudas me asaltan de nuevo, las desecho e intento olvidar los temores, en la noche hablare con él, y todo quedara resuelto.

Resuelta y más tranquila entro por la puerta de la cocina, encuentro a Marie preparando la comida y al verme sonrío.

—¿Cómo está mi niña hermosa? —pregunta sonriendo como siempre.

—Estupendamente Marie —digo sin poder ocultar mi felicidad.

—Me alegra verte así de feliz, estos últimos días nos tenías muy preocupados a todos —dice amasando lo que supongo será un riquísimo pan.

—Ahora tengo motivos para ser feliz, y para olvidar todo lo malo

ocurrido en el pasado —afirmo.

—¿Tiene algo que ver Sebastien, tal vez? —pregunta esperanzada.

—Todavía no voy a decir nada —digo negando entre risas.

—¿Vas a dejarme con la duda? —exclama asombrada—. ¡Largo de mi cocina, pequeña rebelde! —ordena entre risas muy mal contenidas.

Como respuesta le saco la lengua y me marchó corriendo.

Tropiezo con mi hermano Keylan, quien maldice mi torpeza, él y su mal carácter.

—Mira por dónde vas ¡maldita sea, Valentina! —exclama impidiendo que me caiga al suelo.

—Disculpa no te vi, hermanito —digo con burla buscando que se enfade.

—¿Hermanito? —pregunta gruñendo—. ¿Cuántas veces te he dicho, que dejes de llamarme de esa estúpida forma? Te saco tres cabezas Valentina.

—Aun así, sigues siendo mi hermano pequeño Keylan —digo besando su mejilla—. Gracias —susurro.

—¿Por qué me agradeces? —gruñe apartándose de mi contacto.

—Sé que fuiste tú, quien habló con Sebastien —apunto con el dedo—. Aunque no creas que me gusta mucho que fueras como vieja chismosa a contarle lo que yo te dije

—¡No digas estupideces! —exclama—. Ya que ninguno estaba dispuesto a dejar de hacer el tonto... ¡estaba cansado de ver como sufrías sin motivo alguno!

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Cuándo dejarás de hacer el imbécil? ¿Por cierto vienes del lago? Tienes el pelo mojado.

—Sí, fui a bañarme —dice sin dar más explicaciones.

—Tal vez yo pueda hablar con Rachell...—digo cautelosa.

—¡No! —exclama demasiado alto—. Esa maldita muchacha es tan terca como una mula. ¡Ya me cansé! Si no quiere saber nada de mí, de acuerdo. —dice y se marcha deprisa gruñendo toda clase de blasfemias.

¿Qué ha podido ocurrirle?

Sin saber que hacer salgo a buscar a mi hermano Aydan que debe estar entrenando a su halcón.

Llevo varios minutos buscándolo, cuando me parece escuchar su voz, pero me detengo al no encontrarlo solo. Una Rachell llorosa lo acompaña. ¿Desde cuándo está aquí?

Marie no me dijo nada antes. ¿Qué hacen estos dos solos?

Estoy segura de que, si Keylan los ve, es capaz de matar a Aydan y me

enfurece la estupidez de Rachell al igual que la bondad de mi hermano. Verla acudir a Aydan me hace desconfiar, tal vez no es tan buena como todos creen, y no me gusta que jueguen mis hermanos, es hora de que sea yo quien hable con Rachell.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre aquí? —pregunto dando a conocer mi presencia, me cruzo de brazos esperando una respuesta.

Ellos se sobresaltan, Rachell se ruboriza e intenta ocultar que ha llorado mientras que Aydan me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué hablas de ese modo Valentina? —cuestiona—. Aquí no se ha cometido ningún crimen, siento como nos acusas con la mirada.

—Me pregunto por qué la supuesta mujer que dice amar a mi hermano Keylan, esta abrazada a su gemelo. —digo con los dientes apretados—. Rachell, ¿podrías tener la bondad de explicármelo?

Ella me mira con los ojos abiertos de la impresión, no hemos tenido mucho trato, es varios años más joven que yo y no ha pasado mucho tiempo en Eilean Donan, pero al ser la mujer a la que mi hermano ha entregado su frío corazón, le doy el beneficio de la duda. No obstante, si descubro que ella lo traiciona, no tendré piedad.

Al ver que no contesta, prosigo con mi ataque, no me gusta su silencio.

—¿Tal vez buscas vengarte de Keylan, utilizando a su hermano gemelo? ¿O cualquier Mackencie te sirve? —pregunto con brusquedad—. Quiero informarte, por si nadie lo ha hecho todavía, que a pesar de que mis hermanos son hombres hechos y derechos, yo siempre seré su hermana mayor. Eso significa que no permitiré que ninguna mujer los haga sufrir, he sido testigo de cómo mi hermano se transformaba en un hombre frío y distante, más malhumorado que de costumbre, y créeme, eso es insoportable.

—¡Basta Valentina! —gruñe Aydan interrumpiendo mi discurso—. Rachell no es culpable de nada, y yo tampoco. Deja de defender a Keylan. Él es el único culpable.

—Sé lo que se supone que hizo nuestro hermano y por supuesto lo condeno. Pero, ¿qué es lo que ocurre aquí? Sois conscientes de que, si alguien más os hubiera visto, se podría malinterpretar, ¿no es cierto?

—Lo siento mucho —habla en voz baja la chica por primera vez—. Todo es culpa mía, venía corriendo del lago y me topé con Aydan. Al verme llorar, él muy gentilmente me ha consolado, ninguno de los dos pensó que alguien podía malinterpretar su amable gesto, ya que ninguno se siente atraído por el otro.

—¿Seguro? —pregunto poniéndolo en duda—. ¿Aydan no sientes nada por Rachell? —la mirada de la muchacha me ha demostrado que ve en mi hermano un amigo, ¿pero y él?

Tarda en contestar y cuando lo hace, no me gusta su contestación.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, Valentina? —espeta furioso y se marcha sin contestarme, dejando a Rachell con la boca abierta, y a mi mucho más preocupada que antes.

Ahora dudo de que Aydan me dijera la verdad cuando la vez anterior hablamos sobre Rachell.

Dios no permitas que mis dos hermanos amen a la misma mujer...

—Después hablaré con ese cabezota —digo intentando tranquilizar a la joven, parece que he sido demasiado dura, hasta parece que me teme.

—Por favor no discutas con él. Aydan ha sido un amigo leal, mi confidente y paño de lágrimas —me ruega—. Aquí no tengo amigos y me siento tan sola y desgraciada...

—¿Para ti solo es un amigo, cierto? —pregunto, ella asiente y no entiendo cómo puede estar tan ciega—. ¿Puedes decirme que ha hecho Keylan ahora?

—¿Cómo sabes que Keylan tiene que ver con mis lágrimas? —inquire extrañada.

—Porque mi hermano tarde o temprano ha hecho derramar las lágrimas a casi todas las muchachas del clan. —intento bromear, veo el dolor que eso le produce—. Lo siento, no quise decir semejante estupidez.

—No lo disculpes, sé cómo es, sé su pasado y también sé que sigue comportándose de igual modo —dice intentando contener el dolor, pero su voz temblorosa la delata, me duele verla así.

Yo mejor que nadie sé cómo se siente, aunque Sebastien solo ha estado con Esmeralda, al menos que yo sepa, el dolor es atroz.

Siempre soñé que sería la primera mujer de Sebastien, por desgracia él no me ha esperado, eso es algo que no puedo cambiar por más que quiera.

—Se cómo te sientes Rachell, ¿pero de verdad piensas pasar toda la vida así, sufriendo por un hombre al que podrías tener a tus pies si quisieras?

—¿De qué sirve pedir perdón, cuando la herida ya está hecha? Cuando la confianza ha desaparecido y el rencor es más grande que el amor —dice mirándome a los ojos, dejándome ver lo decidida que está a no dar su brazo a torcer.

—¿Crees que mi hermano, volvería a traicionarte? —pregunto.

—Sí —responde sin titubear—. ¿Tú no lo crees? —en sus ojos, veo la

esperanza, de escuchar de mi boca que mi hermano no volverá a traicionarla, pero no puedo asegurar tal cosa, por Keylan nunca pondría la mano en el fuego, en cuestión de faldas.

—No lo sé, creo que no Rachell, eres la primera mujer a la que ha amado —afirmo.

—¿Me ama realmente? —pregunta—. ¿Tú estás enamorada? —asiento—. ¿Lo traicionarías?

—¡Jamás! —exclamo sin titubear.

—Entonces, ya tienes tu respuesta —dice abatida—. ¿Por qué debo conformarme con menos? ¿No soy lo suficiente para él? No quiero pasar mi vida sintiendo que no soy suficiente mujer para el hombre que amo, mirando hacia mis espaldas preguntándome si ha compartido el lecho cualquier mujer que me rodee.

No sé qué decir, porque como mujer pienso de igual forma, pero siento que debo ser leal a mi hermano por muy mujeriego que sea, ha cometido un error, sí, pero creo que ama realmente a Rachell y que no volverá a cometer una estupidez semejante.

—No sé qué decirte Rachell, solo que amo a mi hermano con sus defectos y virtudes, y realmente me duele verlo sufrir, me duele verte sufrir a ti también.

—No te preocupes por mí, esta es la última vez que vendré a Eilean Donan a ver a mis tíos —dice y me da un vuelco el corazón—. Al menos sola, la próxima vez lo haré con mi marido.

—¿Marido? —pregunto casi gritando.

—Sí, estoy prometida con un muchacho de mi clan. Hemos sido amigos desde niños, busco paz Valentina. No amo a Ronald, pero sé que él me será fiel, no pido nada más.

—¿No pides más? —exclamo sin poder creerme lo que estoy escuchando—. ¿Y el deseo? ¿La necesidad de sentir cerca al hombre que amas? Si te casas sin amar a ese muchacho, no solo estarás condenándote a una vida de sufrimiento, sino que también lo estarás condenando a él.

—Él lo sabe. Los dos nos comprendemos, él hace casi un año que perdió a su anterior prometida por la escarlatina —me explica con frialdad.

—Al menos piénsalo —le ruego—. No condenes a mi hermano de esta manera.

—Está decidido. En primavera me casaré, tu hermano selló nuestro destino cuando se encamó con otra mujer, sin pensar en mí, sin sentir

remordimiento alguno —dice con rabia, se marcha corriendo, sin decirme que demonios pasó en el lago entre mi hermano y ella.

—¿Así que no me traicionarías jamás? —me sobresalta la voz de Sebastien, quien sale de entre las sombras.

—¡Dios Santo! —exclamo llevándome la mano al pecho—. ¿Acaso quieres matarme de un susto?

—¡Lo siento! —contesta con burla en sus ojos negros—. Pero no he podido evitar escuchar la conversación, y debo reconocer que me ha encantado saber que no me engañarías con otro hombre.

—¡Por supuesto que no! Por amor de Dios, si mi primer beso me lo has dado tu —digo rodando los ojos.

—Tú también has sido mi primer beso —dice serio, acariciando mis labios con su pulgar.

—No mientas Sebastien —le pido, duele demasiado. Intento apartarme de su contacto, pero me lo impide

—No te miento, ni siquiera a Esmeralda le he permitido besarme.

Escuchar ese nombre me mata, imaginar las veces que han compartido cama es un suplicio.

¿Cuántas noches, he pasado despierta, imaginándolos juntos? Miles...

—¿Sebastien por qué no me esperaste? —pregunto sin poder disimular el dolor que siento.

Él me mira con vergüenza, con arrepentimiento.

—Ojalá lo hubiera hecho... —suspira, veo el dolor en sus ojos, eso hace que el mío disminuya un poco



Sebastien Mackencie. Eilean Donan, 1481.

—¿Por qué no me esperaste Sebastien?

Escuchar salir esa pregunta de sus labios me ha herido profundamente, y más porque puedo ver y sentir el dolor de Valentina.

¿Cómo puedo hacerle entender?

¿Sin contaminarla con mi pasado? Sin tener que contarle que estoy podrido por dentro.

¿Cómo decirle que temo no poder tratarla en el lecho como se merece?

Le deseo con desesperación y eso es lo que más temo, el no poder controlar mis instintos; es tan delicada, no por ser pequeña o delgada, no, es porque es una dama, nada que ver con Esmeralda, sabía que ella disfrutaba de la forma en que la poseía, pero Valentina es diferente. Es especial.

—Valentina los hombres somos diferentes, nuestros instintos son más primarios —intento hacerme entender sin sonar vulgar.

—¿Crees que las mujeres no sentimos deseo? —espeta incrédula.

—Sí, supongo que sí, pero de distinto modo.

—De distinto modo... —susurra negando con la cabeza—. Bueno tal vez sea que yo soy más libertina que la mayoría, porque he imaginado una y mil veces como sería ser tuya en cuerpo y alma.

—¡Valentina! —exclamo, avergonzado, no por su comentario, sino por cómo reacciona mi cuerpo al escucharla.

—Lo sé, las mujeres no deben hablar de este tema, ni siquiera pensarlo —dice poniendo los ojos en blanco.

—¡Basta! —ordenó, me incomoda hablar con ella sobre este tema—. Dejemos esta conversación.

—¿Te hubiera gustado que compartiera la cama con Marcus? —cuestiona de golpe—. ¿Qué sentirías? ¿Seguirías queriéndome?

—Jamás hubiera permitido que eso ocurriera, pero no te querría menos por no ser virgen —respondo intentando aguantar las ganas locas que tengo de acallarla con un beso.

—Bueno, eres un poco hipócrita querido. Debo permanecer virgen, mientras tu no lo eres —espetea molesta.

—Deja el ataque de celos ridículo, dejé de ser virgen incluso antes de que nacieras —digo sin pensar, cansado de que me reclame algo que no puedo cambiar.

Ella no dice nada, solo me mira impasible, aunque por un momento en sus ojos veo la compasión, ¿acaso ella sabe algo?

No, descarto esa idea de inmediato.

—Sebastien, ¿qué vamos a hacer? —pregunta con temor, veo las dudas en sus hermosos ojos.

—Voy a hablar con tu padre esta noche —estoy algo nervioso por ello, sé que Alexander me aprecia, pero decirle que deseo casarme con su hija es difícil.

—¿De verdad? —el brillo de emoción en sus ojos me acelera el corazón. Ella en verdad me ama.

—¿Que pensabas? —exijo saber—. No podemos estar más separados, al menos yo no lo resisto, lo hice durante demasiados años.

Ella me sorprende saltando sobre mí, la sujeto por acto reflejo, me abraza emocionada, me encanta verla así, al contrario de lo que pensaba. No me molestan sus demostraciones de afecto, creo que podría llegar a acostumbrarme.

—Voy a ir a arreglarme —dice alegre.

—Estas bien así Valentina —digo porque no deseo que se marche.

—De eso nada Sebastien Mackencie —me besa fugazmente y sale corriendo. Niego con el cabeza divertido por sus reacciones.

Ahora es el momento de hablar con mi Laird, solo espero que me dé su aprobación, después de todo Valentina es su hija, la niña de sus ojos.

Lo encuentro sin mucho problema cepillando a su caballo, respiro hondo y me acerco, como buen guerrero se gira al escucharme entrar, se relaja al ver que soy yo.

—¿Que ocurre muchacho? Parece que te diriges hasta tu propia muerte — dice burlón.

—Deseo casarme con Valentina —digo de golpe, veo como deja de cepillar al caballo, pero no se gira, no dice nada.

—¿Mi hija está de acuerdo? —pregunta volviendo a cepillar el pelaje negro de su caballo.

—Por supuesto —respondo con rapidez.

—Nadie se merece más a mi hija que tú, he visto durante años tu lucha, he visto la suya. Ella es digna hija de su madre muchacho, desde que te puso los ojos encima, no tuviste opción

Al fin me mira, no veo enfado en sus ojos, solo aprobación. Suspiro aliviado.

—Tienes mi consentimiento muchacho, no puedo entregar a mi hija a mejor hombre que tú. Gracias a Dios recuperaste el sentido común, juro que estuve a punto de volverme loco en muchas ocasiones. —sonríe—. Esta noche lo anunciaremos durante la cena. Brianna se pondrá loca de contenta, habrá que avisar a James y Sarah, querrán participar.

—Gracias, señor —asiento y estoy dispuesto a marcharme cuando sus palabras me detienen.

—Sebastien he visto a mi hija nacer, la he visto crecer. Te estoy entregando uno de los tesoros más valiosos que poseo, pero he de advertirte una cosa, jamás le pongas una mano encima. —siento un escalofrío recorrer mi espalda, por la frialdad que en este instante desprende mi futuro suegro—. Si le levantas la mano una sola vez, no habrá un lugar en la tierra donde puedas esconderte. Te encontraré y te mataré —jura sin titubear.

—Jamás maltrataré a Valentina. Es la mujer de mi vida, antes me cortaría las manos —respondo firme, mirándole a los ojos, para que pueda ver en los míos la verdad.

—Entonces tu y yo tendremos una larga amistad, mientras seas bueno con mi hija, en mí siempre tendrás un padre.

Sin saber que más decir, salgo de las caballerizas, me tiemblan las piernas.

Tengo permiso del mismísimo Alexander Mackencie para casarme con Valentina.

Llevo toda la vida luchando por olvidarla y ahora más que nunca deseo que llegue el día en que sea mi esposa.

La cena se sirve como de costumbre a la misma hora, todos estamos

sentados en nuestros lugares, los gemelos más callados que de costumbre y sé que se debe a Rachell está en la mesa con nosotros, la pobre muchacha tiene un semblante tan lleno de dolor que hasta a mí me dan ganas de matar a Keylan por ser tan estúpido y a Aydan por cometer semejante idiotez, como pensar que en realidad está enamorado de la misma mujer que su hermano.

Eara, la nueva sirvienta más joven y por lo que tengo entendido hermanastra de la chica que causó la desgracia de Keylan, hace aparición con varios platos. Durante las comidas Marie se sienta con nosotros, y son las sirvientas más jóvenes quienes se ocupan de servir.

—Gracias Eara —dice Brianna. La chica se retira, no sin antes lanzar una mirada llena de anhelo a Aydan.

El muy estúpido ni se da cuenta, solo tiene ojos para Rachell. Al menos eso piensa ahora, pero algo me dice, que Eara tiene mucho aun que demostrar.

Valentina está nerviosa, lo noto. Me mira a cada rato esperando que empiece a hablar, como si temiera que no fuera a hacerlo, entiendo que aun dude de mí, pero a partir de esta noche, no podrá volver a hacerlo jamás.

—Creo que Sebastien tiene algo que comunicar —habla Alexander sin levantar la vista del plato.

¡Maldita sea! Llegó la hora.

A Valentina se le caen los cubiertos y Brianna me mira con ojos abiertos, empañados, como si supiera de antemano lo que voy a decir, como si llevara años esperándolo.

—Valentina y yo nos vamos a casar antes de la primavera —digo serio.

Escucho exclamaciones de alegría, mi futura esposa se ruboriza por la atención que recibe a pesar de que estamos en familia. Sin embargo, el silencio vuelve a reinar cuando Ian anuncia felizmente:

—¡Que emoción, muchacho! —me da fuertes palmadas en la espalda—. Rachell también esta prometida, se casa en primavera.

La jarra que sostiene en las manos Keylan cae haciéndose añicos, mira fijo a Rachell, ella no alza la vista.

Nadie dice nada, ni Marie, ni Ian entienden la reacción de Keylan. El muchacho se levanta y se marcha seguido de Aydan que lo llama a los gritos, esta escena se repite muy a menudo.

—¿Se puede saber qué demonios le sucede a ese mocoso? —pregunta gruñendo Ian.

—Déjalo tío —suplica Rachell—. Estamos de celebración, no le arruines a Valentina su momento.

—Es cierto, pero mañana ese mocoso no se escapa —se cruza de brazos sin decir nada más.

Yo me acerco a la que ya es de manera oficial, mi prometida, quien está siendo acosada por su madre.

—Soy tan feliz hija mía —dice llorando mientras la abraza—. Has crecido tan rápido.

—Mamá, no me voy a ningún lado, viviré unas cabañas más abajo —dice mi futura mujer riendo.

—Júrame que nunca la harás llorar de nuevo o tendrás que responder ante mí, Sebastien Mackencie —amenaza Brianna.

Yo solo asiento, me parece justo, si alguna vez vuelvo a ser tan estúpido como para dañar a mi mujer merezco todo lo que quieran hacerme.

—Creía que no ibas a decir nada, por un momento pensé que te habías arrepentido —acota Valentina, cuando todos nos dejan algo de intimidad.

—Te dije que lo haría, no dudes cuando te doy mi palabra, mujer —intento sonar severo, pero fracaso en el intento.

—Soy muy feliz —dice—. Debemos avisar a tía Sarah y tío James. Seguro que mamá manda llamarlos de inmediato.

—No lo dudo —respondo. Pronto Eilean Donan volverá a estar lleno de gente, aunque siempre faltará la persona más importante. Siempre faltará mi hermanita. Siempre faltará Marian.

—La echas de menos, ¿verdad? Yo también, siempre pensé que ella estaría en mi boda —habla Valentina sacándome de mis pensamientos pesimistas.

—Ella está con nosotros —digo sin más, no quise ponerla triste, mucho menos esta noche.

Esta noche es nuestra...

Valentina Mackencie.

Estoy nerviosa, no puedo evitar mirar una y otra vez a Sebastien, buscando alguna señal para saber si habló con mi padre, si ha sido así, espero que mi padre le haya dado su consentimiento.

Pero, ¿y si se lo ha pensado mejor y ni siquiera ha hablado con él?

Tal vez estoy esperando algo que no va a ocurrir, él me ha mirado un par de veces, pero no he podido descifrar nada en su mirada oscura. Eso en muchos momentos me saca de quicio.

—Sebastien, tiene algo que comunicar —dice mi padre, sin dejar de comer.

Solo con escucharlo el corazón me da un vuelco, todos callamos mirando a Sebastien, él por un momento parece acobardarse, pero no dura mucho.

El anuncio de mi padre me tranquiliza en cierta forma, porque ahora ya estoy segura de que él ha dado su aprobación, tengo su permiso, para mí es importante obtenerlo, ya que es el hombre al que he amado y respetado toda mi vida.

La niña que fui, aún puede recordar al padre amoroso que ha sido y sigue siendo. Sabía que no podría negarme la felicidad de compartir mi vida con el hombre al que amo, por eso el amor que siento por mi padre crece aún más si eso es posible.

—Valentina y yo vamos a casarnos antes de primavera —dice sereno, sacándome de mis cavilaciones.

Por un momento el silencio reina en la sala. Sin embargo, no dura mucho.

Todos nos felicitan incluyendo mi madre que está loca de felicidad, emocionada porque su hija va a casarse próximamente.

Aunque el anuncio de Ian vuelve a conseguir que todos guardemos silencio. No obstante, Keylan es un horrible actor. Su jarra cae al suelo y se hace añicos al enterarse que Rachell va a casarse y no es con él, a pesar de su enojo veo el terrible dolor que eso le produce, y como es costumbre en él, cuando algo le duele o no lo puede manejar huye, seguido como siempre de Aydan.

Rachell no ha dicho ni una palabra, pero veo el deseo de ir tras él en su mirada, más no lo hace. Nadie en la mesa salvo los más jóvenes entendemos que es lo que ocurre, Ian está dispuesto a darle una buena zorra a mi hermano por su comportamiento y Rachell lo detiene.

Volvemos a celebrar mi próximo casamiento, entre risas.

Mi madre esta eufórica, aunque veo la tristeza en ella.

—Mi pequeña ha crecido tan pronto —me dice intentando contener el llanto.

—Madre, no estés triste, no me voy lejos —intento calmarla, quiero que este feliz por mí.

—No lo estoy querida, estoy feliz, al fin conseguiste que ese cabezota diera su brazo a torcer —ríe junto a Marie, quien se ha acercado a felicitarme con mucho cariño, después de todo esta mujer me ha criado como si fuera otra hija para ella.

Veo como Sebastien se acerca, sigo intentando alegrar a mi madre diciéndole que no me voy demasiado lejos, solo unas cabañas más abajo.

Mamá amenaza a Sebastien y él se lo toma muy bien, solo espero que nunca tenga motivos para llorar a su lado, a no ser que sea de felicidad.

Cuando al fin nos dejan solos, le confieso mis temores y él me riñe un poco por haber dudado de su palabra, pero me va a costar asimilar que después de tantos años, Sebastien ha enfrentado la realidad y ha admitido que me ama, al igual que yo a él.

Por desgracia no puedo estar mucho rato con él y me entristece saber que le duele que su hermana no esté en nuestra boda, a mí también, pero tengo la certeza de que ella estará feliz y que esté donde esté nos desea toda la felicidad del mundo, al fin su sueño se verá cumplido.

Cuando Sebastien se marcha y todos se han ido a dormir, voy en busca de mi padre, quiero agradecerle y que sepa lo importante que ha sido para mí.

Lo encuentro frente a la chimenea, bebiendo su última jarra de wiski.

—Padre —él se gira y al verme sonrío.

—¿Qué haces despierta, pequeña? —pregunta haciéndome una seña para que me siente en sus piernas, como tantas veces hice cuando era más pequeña.

—Quería agradecerte que dieras tu aprobación para casarme con Sebastien —le digo feliz, besándolo en la mejilla.

—¿Como iba a negarte la felicidad? —cuestiona abrazándome entre sus fuertes brazos, donde tantas veces me he refugiado.

—Sebastien me hará muy feliz —digo convencida.

—Eso espero, debes tener paciencia con él, su pasado es complicado y en ocasiones los hombres reaccionamos haciendo daño a quien más amamos.

—Él nunca me golpearía padre —le defiendo ofendida.

—Lo sé, de eso estoy seguro, no está en su naturaleza y él sabe muy bien que lo mataría si te levanta la mano alguna vez. No me refiero a eso Valentina, Sebastien tiene un pasado horrible y aun carga las heridas...

—Sé a lo que te refieres padre, tía Sarah me lo contó —digo con pesar.

—¿Lo sabes? Nunca debes decírselo a él, ¿me oyes? —me advierte ansioso.

—No lo haré —prometo—. Sé que eso le dolería, no sé con exactitud lo que ocurrió, solo que su padre le hizo cosas horribles.

—Y es mejor que no lo sepas, él nunca ha hablado de ese tema. Aunque puedo imaginar lo que el desgraciado de McPerson le hizo.

—Yo lo salvaré —digo convencida.

Mi padre ríe y vuelve a abrazarme.

—Si alguien puede salvarlo, esa eres tú pequeña —me mira—. Aunque te pareces más a mí, veo mucho en ti de tu madre, así que el pobre muchacho no tendrá nada que hacer.

Río encantada y me despido de mi padre, marchó hacia mi habitación y cuando ya estoy acostada en la cama, pienso en todo lo que hay que hacer antes de la boda. Me pongo nerviosa, aunque sé que cuento con la ayuda de mi madre, Marie, Rachell, y tía Sarah no tardarán en llegar.

El sueño me atrapa y sé con seguridad que la felicidad me acompañará durante el resto de mi vida. Segura de que junto a Sebastien formaré mi propia familia, y todos los problemas y el pasado quedará atrás.

Porque nada puede empañar mi felicidad, ¿verdad?



Valentina Mackencie. Eilean Donan.

Hace casi una semana del anuncio de mi boda, mis tíos llegaron dos días después, mi tía Sarah está loca de felicidad.

Tanto mi tío James como Ian y mi padre están ayudando a Sebastien a acondicionar la cabaña donde viviremos, según mi amado padre, ya que no queremos vivir en el castillo, mi hogar debe ser digno de una princesa.

Mientras tanto las mujeres estamos preparando todo lo demás. La verdad es que no he tenido oportunidad de pasar algunas horas con mi prometido porque el poco tiempo que tengo, él parece siempre estar ocupado, incluso he llegado a pensar que me evita.

Eso me tiene algo preocupada, aunque mi madre me ha dicho que seguro sean por los nervios por la boda, y que desea tener todo listo para comenzar nuestra vida juntos, así que intento no pensar demasiado en eso.

He pasado mucho tiempo con Rachell y Eara, la nueva criada. Ambas se han hecho muy amigas ya que tienen la misma edad y las aqueja el mismo mal. El mal de amores.

Eara cree que no lo sé, pero está enamorada de mi hermano Aydan, el tímido y amable Aydan.

Rachell sigue con la idea descabellada de casarse y olvidar a Keylan, por más que he intentado aconsejarle no he conseguido convencerla de que cometerá un grave error, aunque planeo que mi tía tenga una larga charla con ella.

¿Quién mejor que ella, para decirle lo equivocada que esta?

Y, ¿qué mejor que ahora, que todas estamos reunidas?

—Tía Sarah, me gustaría que nos contaras, como cometiste el error de casarte con un hombre amando a tío James —digo cuidadosamente.

—¡Valentina! —exclaman a la vez mi madre y Rachell, aunque por diferentes motivos.

—No importa, creo saber porque quieres que hable —mira a Rachell. — Querida niña, estás a punto de cometer el peor error de tu vida.

—¿De qué estáis hablando? —preguntan Marie y mi madre sin comprender nada.

—Rachell no ama al muchacho con el que se va a casar, solo lo hace por despecho —intento explicar. —Rachell con la mirada suplica que guarde silencio.

—¿Es eso cierto, querida? —pregunta Marie—. ¿Entonces por qué?

—Porque Keylan es incapaz de mantener las manos quietas —respondo cruzándome de brazos.

—¿Qué tiene que ver mi hijo en esto? —pregunta mi madre realmente interesada.

—Porque es a Keylan quien ella ama —digo al fin.

—¡Valentina, no! —grita tapándose la cara avergonzada.

—¿Keylan y tú? —inquieta una Marie anonadada.

—El juro que me amaba, pero no fue capaz de serme fiel —susurra Rachell por contestación.

—Maldito muchacho, salió demasiado parecido a su padre —dice mi madre enfadada.

—Mamá, papá no es así —defiendo a mi pobre padre.

—Déjame decirte hija, que tu padre no siempre fue un santo —contesta sin mirarme.

—¿Y se puede saber con quién se encamó? —pregunta con dientes apretados Marie.

—Con mi hermanastra —habla por primera vez Eara—. Lo siento tanto —dice avergonzada.

Todas guardamos silencio, las mayores intentando asimilar toda la información que desconocían, Rachell llora en silencio.

—Tú no eres responsable de los actos de tu hermana, incluso ella tampoco tiene culpa, el culpable es mi hijo que no sabe guardar el debido respeto a la mujer que decía amar —habla mi madre—. Y Rachell debo darle la razón a mi

hermana, no porque defienda a mi hijo, sino porque un matrimonio sin amor es el infierno en la tierra, y sobre eso, Sarah y yo tenemos experiencia.

—Exacto, no perdones a Keylan si sientes que tu corazón no es capaz, pero eso no significa que debas casarte a las carreras con alguien a quien no amas. —agrega mi tía.

—Eso llevo intentando que entienda durante días, pero no lo consigo, siento que va a cometer un terrible error.

—Puede que sea un error, pero siento que es lo que debo hacer. Conozco a mi prometido, hemos sido amigos por años. Ninguno está enamorado, él aún no ha superado la muerte de su primera prometida, así que, se dé ante mano que no hay amor entre nosotros por ambas partes. Los dos somos conscientes, no veo el problema.

—¿No ves el problema? —pregunta su tía—. Todas las que estamos aquí, sabemos lo que es el dolor de la traición, el desamor y otras muchas que no tienes por qué saber, y todas estamos de acuerdo en una cosa. Debes casarte por amor o no hacerlo, es así de sencillo.

—No es tan sencillo tía, ¿por qué crees que vengo tanto a visitaros? La situación en mi casa no es buena, odio al hijo de mi padrastro, siempre me mira de forma tan extraña que me da miedo y una noche se coló en mi habitación, tengo miedo —susurra asustada.

—¿Y por qué no se lo dices a tu madre? —pregunta Marie preocupada.

—Porque no me cree, ella dice que me lo invento, porque nunca encontraré a nadie que quiera casarse conmigo —dice avergonzada.

—¿Así que vienes aquí por escapar de esa casa? —pide saber—. Siempre pensé que la hermana de Ian era una autentica bruja y no me equivoqué. Si tu problema es ese, puedes quedarte a vivir con nosotros, no volverás allí, y menos cuando le diga a tu tío la clase de gente que vive ahora con su hermana —dice enfadada.

—Pero tía, en vuestra casa no cabemos —acota una apenada Rachell.

—Pues vendrás a vivir al castillo —habla por primera vez en mucho rato mi madre—. Puedes dormir en la antigua habitación de tu tía, ha estado vacía desde que se casó con Ian hace ya tantos años.

—Pensaba que solo vivían aquí las sirvientas —dice extrañada—. Además, no podría vivir tan cerca de Keylan.

—Podrás y lo harás niña, no dejaré que vuelvas a tu hogar para ser violada por el nuevo hijastro de tu madre —Marie se levanta—. Voy ahora mismo a buscar a Ian.

Se marcha antes que Rachell pueda detenerla...

—¡Qué vergüenza ¡Por Dios! —dice escondiendo su cara. Mi tía Sarah se levanta de su asiento y se acerca a ella.

—Nunca más vuelvas a sentir vergüenza por casi ser violada, ¿de acuerdo? Eso... ¡Nunca! Es nuestra culpa, no temas, nosotras no dejaremos que vuelvas allí donde no estés segura.

—Me alegro de haber hablado Rachell. Tu no me contaste nada de esto, si no ten por seguro que yo misma habría hablado con mis padres —digo un poco decepcionada por no haber conseguido su confianza plenamente.

—No se hable más —mi madre también se levanta—. Eara ve al cuarto que va a ser para Rachell, límpialo y acomódalo.

—Sí, señora —se levanta rauda y se marcha a cumplir la orden.

—No es necesario que Eara haga nada, puedo hacerlo yo —dice levantándose dispuesta a ir tras la nueva criada.

—¿Crees que voy a permitir que la sobrina de mi buena amiga y futura mujer de mi hijo, limpie su propia habitación? —pregunta mi madre risueña.

—Yo no soy la futura mujer de Keylan —responde entre dientes.

—Yo podría decir algo al respecto —la voz profunda de mi hermano nos sobresalta a todas.

—¡Keylan! —riñe mi madre—. ¡No nos des estos sustos, por Dios!

—Lo siento, madre —ríe y la besa, parece que hoy está de mejor humor.

—Bueno querida, ¿al fin las mujeres de mi familia pudieron convencerte? —pregunta mi hermano intentando sonar despreocupado.

—Nada ni nadie me hará cambiar de parecer Keylan Mackencie —dice furiosa—. ¿Por qué no se lo pides a tu amante? —y se marcha a pesar de los gritos de mi hermano.

—Debes estar contento Keylan Mackencie —dice mi madre decepcionada—. Yo no os eduqué para que hicierais sufrir a las mujeres, y mucho menos para que las tratarais como trapos.

Mi hermano baja la vista avergonzado al darse cuenta de que mi madre sabe toda la verdad. Mi padre entra en este momento tan incómodo, enseguida se da cuenta que ocurre algo.

—¿Qué sucede? —pregunta acercándose a mi madre.

—Sucede que tu hijo ha salido a ti, ha roto el corazón de Rachell por ir revolcándose con las criadas —explica.

—¿Rachell? —mi padre que no sabía nada, mira a mi hermano buscando una explicación.

—Ella iba a marcharse, estaba cegado por el dolor, me emborraché y acabé durmiendo con Libia, Rachell se enteró y desde entonces me odia.

—¡Y con razón Keylan! No sabes el dolor que produce la traición — exclama mi madre sin poder contener su enfado.

Escucho a mi padre suspirar y negar con la cabeza.

—Hijo te has equivocado, has dañado a Rachell. Deberás luchar muy duro por conseguir su perdón. —dice mi padre.

—Te amo más que a mi vida, pero esto que has hecho no tiene excusa, yo no os enseñé esto, me has decepcionado.

Mi madre dice esas palabras y se marcha. Mi padre la mira preocupado y tras dirigirnos una mirada se va detrás de ella, sé que esto no es solo por Keylan y Rachell, es algo de su pasado que aun duele.

Tía Sarah mira a mi hermano con decepción, y puedo ver que las palabras de mi madre le han afectado, intenta aparentar lo contrario, pero yo lo conozco.

Solo espero que ellos puedan encontrar la felicidad igual que Sebastien y yo lo hemos hecho.

Sebastien Mackencie.

Ha pasado una semana, una semana agotadora.

Quiero terminar nuestro hogar para que esté listo el día de nuestra boda, ambos nos hemos negado en vivir en el castillo, así que tanto Alexander, James e Ian me han estado ayudando. Quiero lo mejor para Valentina.

Intento pasar la mayor parte del día trabajando duro, para que en las noches no me atormenten los demonios. Hace semanas que no he visto a Esmeralda y eso significa que no he tenido a una mujer desde entonces. Evito a Valentina para no saltar sobre ella y tratarla bruscamente, eso es algo que me aterra y que necesito controlar antes de nuestra noche de bodas.

Quiero que esa noche sea especial, mágica, para ambos.

Ella es virgen y podría decirse que lo soy en cuestiones del amor, de la ternura, del cariño.

Estoy acabando de lijar varias sillas cuando entra por la puerta un Keylan furioso, pero también triste.

—¿Qué ocurre? —pregunto cansado de ver cómo paga su mal humor con todos nosotros.

—Todo el mundo se ha enterado de que soy un maldito bastardo —dice en voz queda—. Mi madre está decepcionada.

—Entiendo —sabía que tarde o temprano todo saldría a la luz—. Tu madre es mujer y tú metiste la pata, eres joven.

—Eso no me quita la culpa Sebastien, ¿tú le serías infiel a mi hermana? —pregunta.

Tardo en contestar... ¿lo sería?

—No —respondo.

—Entonces. ¿Por qué tuve que emborracharme y compartir cama con otra? Juro por Dios que amo a Rachell como nunca lo he hecho con otra mujer, aparte de mi madre y hermana, claro.

—No es a mí a quien tienes que jurárselo muchacho —digo, esta confesión de amor me incomoda.

—¡Ella lo sabe! —grita—. El problema es que no me cree, nadie lo hace. Y para colmo, mi hermano se cree enamorado de ella. Tengo miedo de que ella se enamoró de él, Aydan es todo lo que yo no soy.

—Si ella te ama, su corazón es tuyo, solo debes dejar que sane. Dale tiempo.

—¿Y a ti que te ocurre? —pregunta mirándome fijamente—. Te noto muy tenso.

—Nada —no voy a decirle la verdad, que incluso a mí mismo me quiero negar.

Las palabras que me dijo Esmeralda en su día no abandonan mi cabeza.

Me necesitas, volverás...

—Ya —dice sin creérselo—. Por cierto, me ha llegado el rumor de que Esmeralda está preguntando por ti. —me señala con enfado—. Asegúrate de que no se acerque a nuestras tierras, porque como hagas llorar a mi hermana, si padre no te mata, lo haré yo —dicho esto se marcha.

¡Maldición!

¿Por qué demonios tiene que preguntar por mí esa mujer?

Con seguridad ya sabe de mi boda con Valentina, debe estar furiosa, no es una mujer a la que puedas despreciar tan a la ligera.

Tendré que ir a verla para dejarle claro que no debe interferir en mi vida de nuevo, que no debe acercarse a Eilean Donan y mucho menos a mi futura esposa.

Después de la cena, en la cual he intentado hablar con mi futura esposa con normalidad, me dispongo a ir a ver a mi antigua amante.

Estoy más tenso y furioso que nunca, tener durante horas a una Valentina cariñosa encima de mí me ha estado a punto de volver loco; su olor, su tacto.

Estoy aterrorizado.

Llego en poco tiempo a la cabaña donde Esmeralda vive hace años y llamo a la puerta, pero no espero respuesta, vengo furioso y necesito pelea. Ella sin duda me la dará.

—Vaya, vaya, vaya —dice al verme, lleva puesto un vestido rojo que no deja mucho a la imaginación—. Tengo el honor de recibir la visita del futuro marido de Valentina Mackencie, amada hija del Laird más temido de las Tierras Altas.

—Déjate de tonterías Esmeralda, sé que has estado preguntando por mí, ¿por qué? Creí dejarte claro que lo nuestro había terminado.

—Pero querido, lo nuestro no ha terminado, estas aquí —ríe y empieza a servir wiski—. Ten, relájate un poco, pareces a punto de estallar.

Estoy a punto de rechazar la bebida, pero siento la necesidad de calmar el ardor que me abrasa por dentro, de acallar las voces de mi cabeza.

Lo bebo de un solo trago y le pido que vuelva a servirme, así hasta que he perdido la cuenta de cuantos he bebido. A decir verdad, no me importa, mientras tanto intento explicarle por qué no voy a seguir viéndola, y todo se reduce a una cosa.

Amo demasiado a Valentina y nunca podría engañarla.

—Querido te noto tan tenso, parece que en cualquier momento vas a romperte, tus músculos están en tensión —dice masajeándome la espalda, no me aparto de su contacto, algo extraño en mí, nadie más que Marian y Valentina me han tocado.

Pero no sé porque ahora no me molesta.

Empieza a desabrochar el tartán. Me siento bastante mareado, he bebido demasiado, pero nunca me he sentido así.

Esmeralda me acaricia y siento que voy perdiendo la batalla con mi mente, la cual me grita que reaccione y que la tumbe para poseerla hasta hacerla gemir y suplicar. Por otro lado; mi conciencia, mi corazón me pide que la aparte y salga corriendo de aquí, esto no está bien, no quiero hacerle daño a la mujer que amo. Sin embargo, una parte de mi piensa que, si ahora saco toda la furia, la tensión, el miedo con Esmeralda, tal vez en la noche de bodas, pueda controlarme, y amar a Valentina como se merece.

Tras varios minutos en los que me he controlado apretando los puños y los dientes, con un gruñido que sale de lo más profundo de mi alma cojo

bruscamente a Esmeralda, la obligo a doblarse contra la gran mesa que tiene y levanto sus faldas. Ella ríe feliz, ofreciéndome gustosa su cuerpo.

Y sin poder evitarlo con lágrimas en los ojos, la poseo con rabia.

Dejando que los demonios vuelvan a destruir mi vida.



Valentina Mackencie

Al fin ha llegado el día.

Hoy me convertiré en la mujer de Sebastien.

Aunque estas últimas semanas han sido difíciles, he sentido a Sebastien más alejado de mí que nunca. Hace unos días ha vuelto a ser como era; atento, más que de costumbre debo decir, solícito, incluso intenta ser más cariñoso y expresivo.

Eso me alivia, pues por un momento creí que se arrepentía de su proposición, lo veía tan agobiado y de un día para otro; esa ira contenida desapareció.

A partir de entonces siempre ha estado pendiente de mí, siempre está si lo necesito, para hablar de mi preocupación sobre Keylan y Rachell o sobre Aydan y su estupidez.

Y hoy más que nunca necesito que este a mi lado en todo momento, estoy emocionada y aterrada a la vez, sé que esta noche es especial. Pero soy virgen, temo al dolor y aún más decepcionar a Sebastien.

Estoy en mi alcoba preparándome para dar el paso más importante de mi vida, sé que toda mi familia está ya esperando mi llegada, al igual que todo mi clan que está más que preparado para festejar la boda de la primogénita de su Laird.

Pero mis nervios me impiden moverme, esto es lo que he deseado por años y ahora no soy capaz de salir de estas cuatro paredes. Hay tanto que aún

no se ha resuelto entre nosotros, que me asusta que el pasado se interponga.

Llaman a la puerta. Es mi madre, al ver mi rostro sabe que algo no está bien.

—¿Qué ocurre hija mía? —pregunta preocupada, cerrando la puerta—. Todos estamos esperando, y a tu futuro marido va a darle un ataque.

—Tengo miedo —susurro.

—Miedo a tu noche de bodas, ¿verdad? —inquieta comprensiva, me abraza y siento como el miedo que me atenazaba el pecho, hace unos instantes, desaparece.

—No sé qué debo hacer, además temo el dolor que voy a sentir.

—El dolor es inevitable mi niña, pero estoy segura de que Sebastien intentará hacerte el menor daño. Tu solo déjate llevar por tus sentimientos, deja la vergüenza a un lado, entre marido y mujer no debe existir ese sentimiento —las sabias palabras de mi madre me tranquilizan un poco.

—Gracias madre —digo sonriendo.

—Para eso estamos las madres querida, pero recuerda que tu futuro marido trae tras de sí un pasado oscuro, ten paciencia, se su apoyo. —me aconseja.

—Eso es lo que siempre quise ser madre, y lo que seré a partir de hoy —respiro hondo—. Estoy lista.

Dicho eso mi madre me besa e intenta contener las lágrimas al igual que yo, y solo la interrupción de mi tía nos impide echarnos a llorar.

—¡Lo sabía! —exclama—. Sabía que no podrías evitar llorar, y hacer llorar a la niña.

Ruedo los ojos al escucharla.

—Tía Sarah, estoy a punto de casarme, deje de ser una niña hace años.

—Para nosotras siempre serás una niña querida, deja que tu pobre tía te siga llamando como quiera. —dice abrazándome—. Salgamos ya de aquí o van a entrar a por ti.

Ellas son las primeras en marcharse, yo espero unos minutos y armándome de valor salgo por la puerta de mi alcoba, es la última vez que lo hago. La última vez que he dormido en ella, porque a partir de este día, dejaré de ser solamente la hija de Alexander y Brianna Mackencie y me convertiré en la esposa de Sebastien.

Bajo las escaleras que tantas veces bajé corriendo seguida por mis hermanos, siento nostalgia por esos días de niñez que ya no volverán. También siento algo de temor por la nueva vida que voy a comenzar, porque por encima

de todo, deseo ser una buena esposa y madre, al igual que la mía lo ha sido.

Para mí, Brianna Mackencie es un ejemplo a seguir. Sé por mi madre y Marie lo difícil que fue para ella llegar desde Inglaterra a Escocia, un país desconocido para mi madre, con unas gentes que ya la odiaban solo por ser inglesa, obligada a casarse con un hombre al cual no había visto jamás. Un hombre que se creía enamorado de una mala mujer que estuvo a punto de destruir mi familia, sé que mi padre no fue el mejor marido en los comienzos de su matrimonio, no sé con exactitud lo que ocurrió entre ellos, pero lo importante es que el amor triunfo y gracias a ello tengo la mejor familia del mundo.

Por eso mi madre es mi ejemplo, la razón por la que nunca me rendí con Sebastien y por la cual estoy aquí en estos momentos.

Cuando al fin salgo por la gran puerta veo a toda mi gente reunida, pero mis ojos solo se centran en él. En mi futuro marido, en Sebastien.

Mi padre se acerca y me besa abrazándome fuerte, sé que mucha gente no llega a creerse lo que este temible guerrero ama a su familia. Todos lo temen y respetan, pero para mí Alexander Mackencie, es el mejor padre que la vida pudo darme.

—Hoy debo entregarte a un gran hombre hija mía, pero no olvides que sus demonios aún no han desaparecido. Aquí siempre tendrás tu hogar y juro por Dios que, si te hace algún daño, no me importa que sea mi segundo al mando. Lo mataré —sentencia. Lo veo emocionado, como amo a este hombre.

Yo solo lo abrazo, no puedo hacer nada más o volveré a llorar y no quiero.

Al fin nos encaminamos y llego al lado de mi futuro esposo, él me mira como si aún no pudiera creerse que hayamos llegado hasta aquí, que este día vayamos a unirnos en sagrado matrimonio hasta que la muerte nos separe.

—Iba a traerte a rastras mujer —gruñe, sé que es debido a los nervios, al miedo que ha podido sentir por mi tardanza, así que solo sonrió y le cojo la mano para que puedan unir nuestras manos con el pañuelo que lleva nuestros colores.

El sacerdote empieza la ceremonia, siento mis manos temblar. Sebastien me aprieta fuerte, ofreciéndome esa tranquilidad que me falta; a él lo veo tan tranquilo que lo envidio.

Sin darme cuenta el sacerdote ya me ha preguntado si deseo unirme al hombre que tengo al lado, una tos forzada me saca del trance en el que me encuentro, miro a mi madre quien ha sido la que ha producido el ruido que me ha sacado de mi estado de ensoñación.

—Sí acepto —susurro, algo avergonzada por la situación.

Puedo notar como Sebastien se relaja. Me siento algo culpable por hacerle pasar este mal rato, sé que no le gusta estar rodeado de tanta gente, no le gustan las fiestas, pero él lo hace por mí.

Es el turno de mi gitano. El sacerdote le pregunta y él sin dudar acepta.

Ya está hecho, somos marido y mujer. Sebastien me besa y toda la gente reunida a nuestro alrededor rompe en gritos de alegría, soy la mujer más feliz en este momento.

Mi familia se acerca a nosotros para felicitarnos de nuevo, mis tíos están tan contentos de tenerme por fin como una hija más, mis hermanos están contentos, incluso Keylan el más taciturno de los dos, hoy sonrío feliz por mí.

También invité a Rachell por supuesto y a Eara, aunque en un principio se negaba a venir como invitada especial, logré convencerla, solo por ver la cara de envidia de Libia valió la pena. Esa mujer no me produce confianza; no la culpo solo a ella del desliz de mi hermano, pero soy leal con la gente a la que amo, así que si esa mujer ha hecho sufrir a Rachell para mí ya no es una persona de mi agrado.

Dejo todo eso de lado, ya que hoy es mi día y no quiero amargarme pensando en gente que no merece la pena, ni en problemas que no puedo solucionar hoy.

Al fin da comienzo el banquete y los bailes, la gente disfruta y nosotros con ellos, —aunque mi ya marido—, es más taciturno que muchos de los hombres que conozco. Hoy está más alegre y lo deja ver más que de costumbre.

Cuando ya siento que hemos comido y bebido suficiente, casi obligo a Sebastien a bailar, he descubierto que, si lo miro con cara de pena consigo salirme con la mía. Este hombre es capaz de complacerme en todo.

Tras varias horas y cuando el Sol ya está desapareciendo y la temperatura descende, encienden una gran hoguera para poder continuar con el festejo. Aunque nosotros, los novios ya nos podemos retirar. En cambio, me resisto un poco porque los nervios hicieron presa en mí de nuevo, mi madre y mi tía me obligan a seguirlas.

Llegamos al que será mi hogar a partir de ahora, la chimenea ya está encendida, la casa caliente y todo impoluto.

Nos dirigimos hacia la que creo será nuestra alcoba y al entrar compruebo que no me equivocaba, una gran cama ocupa el centro de la estancia, la chimenea desprende un calor que es más que bien recibido, una tina de agua

caliente me espera.

Ambas mujeres me ayudan, me lavan el cabello de nuevo y mi madre me peina como tantas veces hizo cuando era una niña, lo hace hasta que deja mi pelo negro como la noche, reluciente.

Ya no me queda más que meterme entre las sábanas de la cama y esperar la llegada de Sebastien. Estoy temblando, pero no de frío, sino de miedo.

—No voy a poder —susurro dejándome llevar por el pánico.

—¿Acaso no deseas a Sebastien? —pregunta mi tía.

Mi madre la mira reprochando tal pregunta, Sarah solo se encoge de hombros.

—Por supuesto que sí —respondo algo ofendida.

—Entonces todo lo demás no importa, mi hijo no va a dañarte. Olvídate de todo y déjate guiar por tus sentimientos.

Dicho eso me besan y salen en silencio, la casa parece vacía aun cuando me hayo en ella.

Tiemblo al pesar que la habitación esta caldeada por el buen fuego que arde en la chimenea, me tapo más, pero me niego a acurrucarme como una pequeña niña asustada.

Unos suaves golpes en la puerta me sobresaltan, apenas sin voz doy permiso a la persona que esté detrás de ella...

Un Sebastien con el cabello húmedo y mirada preocupada entra y cierra la puerta tras él, no se acerca, solo me mira y eso me pone aún más nerviosa.

—¿Ocurre algo? —pregunto sin soportar un segundo más el silencio y la incertidumbre.

—Debo contarte una cosa —dice sin mirarme, mi corazón da un vuelco.

—No tienes que contarme nada Sebastien, el pasado es pasado y no me importa nada.

Él parece relajarse, no deseo que sufra contándome algo que ya sé, no quiero que recuerde todas las barbaridades que su padre le hizo. Tampoco quiero que se sienta avergonzado frente a mí, porque, aunque no sé todo por lo que pasó, puedo hacerme una idea y para mí sigue siendo el mismo hombre que cuando desconocía su terrible infancia. No quiero que eso ensombrezca nuestra noche, ni ninguna de las que están por venir.

—Acércate por favor —ruego—. Hoy es nuestra noche.

Él traga duro, parece asustado, si yo misma no estuviera tan asustada iría a por él, aunque, ¿por qué no? Debo demostrarle que no me repugna su pasado y que haré lo que sea por ayudarlo a que eso quede atrás.

Armándome de valor me levanto dejándole ver mi desnudez. Él abre los ojos sorprendido por mi osadía, pero pronto veo como sus pupilas se dilatan, sus ojos se enturbian de deseo.

—Eres lo más hermoso y puro que he visto en mi vida —dice con voz ronca.

Sigo caminando hasta llegar frente a él, levanto mi cara para mirarlo a sus ojos negros que tantas veces me han dejado hipnotizada, sonrío y comienzo a desatar el tartán que lleva, cuando lo dejo caer Sebastien esta tan desnudo como yo y aunque me avergüence reconocerlo, no puedo evitar mirar su escultural cuerpo. Sin más, mis ojos se detienen en su gran falo que se alza orgulloso entre una mata de rizos tan negros como su cabello, es hermoso y solo con contemplarlo siento deseos de que me posea sin control. Mi miedo va desapareciendo, dando paso al deseo de sentirme completamente poseída por mi esposo.

—¿No vas a besarme esposo? —pregunto con voz ronca.

Escucho un gemido y acto seguido Sebastien me levanta en vilo, no me asusta su pasión, al contrario, enciende aún más mi deseo por él.

Me deja acostada en la cama y sigue admirándome, levanto mis brazos llamándolo a seguirme, necesito sentirlo, poder acariciarlo y que él recorra mi cuerpo a su antojo, que haga conmigo lo que desee.

Al fin se acuesta a mi lado y me besa, su beso es voraz, y yo le correspondo gustosa, acaricio su espalda hasta sus nalgas, él con sus grandes manos me masajea los pechos, no puedo evitar gemir y arquearme buscando su contacto, cuando deja de besarme para pasar su lengua por mi cuello y llegar hasta mis pezones que están duros y claman por sentir su tacto no puedo evitar gemir su nombre una y otra vez.

Estas sensaciones... tanto placer... nunca imaginé que llegaría a sentir algo así. La respiración fuerte de Sebastien me deja saber que está controlándose, pero no deseo eso, quiero ser su mujer en cuerpo y alma de una vez por todas. Llevo demasiado tiempo deseando esto como para seguir jugando de esta manera.

—Sebastien por favor... —suplico, me mira, el sudor recorre su frente, sus dientes apretados.

—No quiero hacerte daño —dice asustado, está temblando...

—No lo harás, pero no puedes evitar el dolor de rasgar mi virginidad querido —digo intentando tranquilizarlo.

—¿Cómo me has llamado? —dice susurrando.

—Querido, eres mi querido y muy amado esposo —respondo besándolo, esperando conseguir que pierda el control de una vez.

—Valentina, perdóname —dice y acto seguido se pone encima de mí, gustosa separo mis piernas, él acaricia por primera vez mi centro. Grito, no de dolor, sino de placer.

Puedo notar como el miembro de Sebastien intenta abrirse paso, no siento dolor, solo una presión conforme va invadiendo mi cuerpo. Me acerco lo máximo posible consiguiendo tenerlo aún más dentro de mí y que él gima mi nombre como si lo estuviera torturando, me detengo asustada.

Y sin esperármelo, él empuja una última vez consiguiendo así penetrarme hasta el fondo. Contengo el aliento por un instante al sentir una punzada de dolor, sin embargo, todo es tan rápido que parece que lo peor ha pasado.

—Lo siento, pequeña —dice besando mi frente, intentando no moverse—. Ya eres mi mujer, solo mía, para siempre.

—Solo tuya. —beso su cuello—. Para siempre —repito sus palabras mientras me remuevo un poco bajo él, ambos gemimos.

Aprieto con mis piernas sus caderas haciéndole saber que estoy preparada para que se mueva. Y así lo hace; poco a poco, dentro y fuera, una y otra vez.

Los gemidos hacen eco en la alcoba, el golpeteo de nuestros cuerpos, los susurros de amor hacen de este momento, uno mágico y, de esta noche la más especial de mi vida.

Cuando mi cuerpo ya no resiste tanto placer; estalla entre olas de éxtasis, grito el nombre del hombre al que he amado toda mi vida.

Sebastien no tarda en seguirme a la cima del placer gritando una y otra vez mi nombre, penetrando en mi cuerpo algo brusco, pero su pasión no me produce daño alguno.

Cuando ambos descendemos de la cima que nuestro amor ha alcanzado, él no deja de abrazarme, entierra su rostro en mi cabello revuelto e inspira mi aroma.

—Quiero estar así toda la vida —susurro en su oído, él se estremece y yo sonrío orgullosa de ser capaz de afectarle de ese modo.

—Te amo Valentina —susurra de vuelta, lo abrazo más fuerte si es posible, y así caemos rendidos al sueño.

Los rayos del Sol y el frío me despiertan. Estoy sola en la cama y no hay ni rastro de mi marido.

Me desilusiona un poco, pero sé cómo es... después de lo de anoche sé que necesita tiempo.

Nono obstante, voy a permitir que se flagele pensando que me hizo daño o que lo que ocurrió anoche no fue hermoso, así que me lavo, puedo ver la sangre en las sabanas; poca, pero ahí está la prueba de mi virginidad perdida.

Me pongo un vestido color azul que me encanta porque resalta el color de mis ojos y la blancura de mi piel, sabiendo que mi marido estará en las caballerizas me encamino hacia allí, incluso antes de ir al castillo a ver a mi familia, porque a partir de ahora, mi prioridad es mi marido y los hijos que vengan.

Hijos...

Mi mano por voluntad propia se posa en mi vientre, pensando que incluso en estos momentos un hijo de Sebastien y mío puede estar formándose dentro de mí.

Dejo las ensoñaciones y corro hacia los establos, es su refugio, así que seguro se encuentra ahí dentro arreglando los caballos que tanto ama.

Entro dispuesta a saludar con efusiva alegría, pero una voz que conozco muy bien y que hubiera preferido no volver a escuchar, me detiene.

—Eso no te detuvo la otra noche, Sebastien —dice melosa Esmeralda.

—Estaba borracho. ¡Maldita gitana, ¡me drogaste! —gruñe furioso mi esposo, escucho un fuerte golpe.

¿De qué otra noche hablan? Un escalofrío me recorre la espalda, puedo notar como mi corazón golpea fuerte en mi pecho.

—¿Piensas que te drogué? —ríe—. Nunca antes necesité drogarte para que me poseyeras.

—¡Pero antes no estaba comprometido con Valentina! —grita. Gimo de dolor, incluso doy varios pasos hacia atrás como si me hubieran golpeado, me tapo la boca para evitar que me escuchen, es demasiado tarde. Ambos se giran.

Esmeralda al ver que soy yo, sonrío victoriosa. Sebastien palidece y veo el terror en sus ojos, intenta acercarse a mí, pero niego con la cabeza. Con la vista empañada por las lágrimas observo como la gitana se marcha, ya ha conseguido lo que siempre deseo.

Destruirme...

—Dime que no es cierto —suplico.



Eilean Donan, 1481

—Dime que no es cierto —le pido de nuevo, casi sin voz, porque el dolor me está ahogando.

—¡Por favor Valentina déjame explicártelo! —me suplica ansioso, con miedo en los ojos.—. Anoche intenté contártelo, ¡dijiste que el pasado quedaba atrás! —grita.

—¡Creí que querías contarme lo que tu padre te hizo! —grito sin importarme que sepa que conozco su pasado.

Él palidece...

—¿Qué sabes de eso? —pregunta con voz entrecortada —¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa ahora Sebastien, sé lo suficiente y aun así seguí amándote, aún más que antes, amé al niño roto que fuiste y al hombre en el que te convertiste, pero esto... —dejo de hablar porque el nudo que tengo en la garganta comienza a ahogarme.

—¡Debes escucharme! —vuelve a suplicar—. Tienes que dejar que te explique... —vuelvo a interrumpirlo.

—¿Qué tienes que explicar, Sebastien? —pregunto dolida, furiosa—. ¿Que días antes de casarte conmigo, compartiste cama con tu amante?

—¡No fue así! —grita—. Estaba borracho. Fuera de mí, tenía demasiado miedo —va perdiendo fuerza en la voz, hasta que las últimas palabras son un susurro que me cuesta escuchar.

—¿Miedo? —exclamo con burla—. ¡La única que era virgen era yo! —

grito.

—Para mí también era como la primera vez, Valentina —dice angustiado—. No sabes nada de mi pasado, pero para mí el tema de compartir el lecho con otra mujer es difícil.

—Con Esmeralda, aparentemente no lo es —digo dolida, traicionada.

—No lo es porque no la amo, ella lo sabe y por ello quiso vengarse.

—¿Crees que eso debe hacerme sentir mejor? —pregunto asqueada con todo esto—. Creí que nunca serías capaz de hacer algo que matara mi amor por ti, pero hoy lo acabas de asesinar.

—¡No digas eso pequeña! —me ruega intentando acercarse.

—¡Detente! —exijo alzando mis manos—. No te acerques a mí, nunca más vuelvas a hacerlo.

—Valentina somos marido y mujer, sé que estas enfadada, pero tienes que dejar que te explique —se le ve angustiado, impotente.

—Y no sabes cómo me arrepiento —contesto, veo el dolor que mis palabras producen en él—. Maldigo el día que te entregué mi corazón y mi cuerpo.

Cae de rodillas ante mis últimas palabras, no le veo la cara, sus hombros han caído y tiene la cabeza abajo.

Rompo a llorar, porque al decir esas palabras también me he hecho daño a mí misma, estoy herida.

Me siento la mujer más miserable de este mundo, traicionada por el hombre al que entregué mi corazón desde que era demasiado pequeña como para comprender lo que eso significaba, me siento humillada, herida en mi orgullo de mujer, ¿acaso no soy suficiente? Estoy asqueada, él ha acariciado mi cuerpo y besado mis labios después de hacer lo mismo a esa maldita mujer, me ha poseído después de haber poseído el cuerpo de esa ramera.

Sebastien aún está en el suelo, veo como se estremece en sollozos silenciosos. Nunca pude imaginar que llegaría el día donde lo vería llorar frente a mí, pero lo que sí jamás llegué a pensar es que todo el amor que sentía por este hombre pudiera transformarse en odio.

Quiero herirlo... quiero herirlo como él me ha herido a mí.

—Me das asco —siseo y entonces los sollozos dejan de ser silenciosos, alza su rostro hacia mí y puedo ver como esas palabras le han herido profundamente—. Me siento asqueada, porque tus manos tocaron su cuerpo, tus labios besaron su boca —no puedo seguir hablando porque siento ganas de vomitar.

—¡No fue así! —habla con dificultad por el llanto, se levanta y me alejo de él, sé que le está matando no poder tocarme—. Nunca he besado a ninguna mujer que no seas tú, nunca he acariciado a Esmeralda... ¡No lo entiendes! —se mesa el cabello desesperado,

—¿Que debo entender? ¡Has repetido eso mil veces! —le grito golpeando su pecho, furiosa—. ¿Debo entender que me seas infiel?

—¡No lo volvería a hacer! —grita intentando sujetar mis manos para que deje de golpearlo, me aparto como si su contacto me asqueara, en realidad lo hace.

—¡Pero lo has hecho! —respondo de vuelta—. Me has destrozado el corazón Sebastien, yo te amaba —digo volviendo a sollozar.

—¡No puedes dejar de amarme! —dice con desespero con infinito temor—. Te amo Valentina, siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—Tu forma de amar es un completo asco Sebastien Mackencie, y sí he dejado de amarte porque todo el amor que sentía por ti, lo has transformado en odio.

—No puedes odiarme —susurra intentando contener de nuevo el llanto—. Estás dolida, enfadada. Lo entiendo, pero estaba aterrado Valentina, las voces de mis demonios no me dejaban en paz, Esmeralda no se daba por vencida, fui a exigirle que me dejará en paz, pero todo el deseo y la tensión acumulada explotó. Estaba borracho, incluso sospecho que me drogó. Solo pensé que, si liberaba a mis demonios con ella, a ti no te haría daño en nuestra noche de bodas —suelta toda esa sarta de estupideces con rapidez, buscando una absolución que jamás encontrará de mí.

—Hubiera preferido que me dañaras de esa forma, que traicionándome —le digo con toda sinceridad.

El niega con la cabeza, me mira suplicando un perdón que no soy capaz de darle, ni ahora ni nunca.

—Tienes que perdonarme Valentina —suplica—. Por favor pequeña...

—No vuelvas a llamarme así nunca más —ordeno secándome las lágrimas que mojan mis mejillas—. Voy a volver al castillo, no soporto siquiera tenerte cerca, hablaré con mi padre para que no te mate, seguirás siendo su segundo al mando, pero no te aseguro que te haga tu vida un infierno.

—Sin ti, ya viviré un infierno —susurra derrotado.

—Pues púdrete en él, Sebastien —dicho esto salgo corriendo escuchando como una vez más grita mi nombre, no me detengo hasta llegar al castillo, entro y veo a toda mi familia reunida.

Al ver mi aspecto todos se levantan asustados, mi madre es la primera en acercarse a mí, me tiro a sus brazos buscando que me calmen el dolor que siento en estos momentos.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —escucho que pregunta mi padre—. ¿Acaso te atacaron? ¿Dónde está tu esposo?

—¡Cállate Alexander! —grita mi madre—. Deja que se explique.

—¿Que ha ocurrido? —pregunta mi tío James.

—Me acabo de enterar que Sebastien se acostó con esa zorra de Esmeralda, días antes de nuestra boda —confieso entre sollozos.

—¡Hijo de puta! —brama mi padre, veo como se dispone a ir en su busca.

—¡Detente padre! —grito—. No debes matarlo...

—¿Pretendes que no le haga nada al bastardo que ha roto el corazón a mi hija? —sigue gritando.

—Yo te ayudo padre —dice Keylan.

— ¡Basta! —grita mi madre—. Nadie va a matar a nadie.

—¿Te has vuelto loca mujer? —pregunta mi padre.

—Pareces olvidar Alexander Mackencie, que tú me obligaste a convivir con tu ramera, me fuiste infiel y nadie te mató —dice con veneno en la voz.

Mis hermanos se han quedado callados, mis tíos mueven la cabeza negando apenados, y mi padre a palidecido, sin decir nada se marcha.

—Tranquila como mucho le dará una paliza, y le hará la vida imposible — me consuela mi madre, mis hermanos se marchan y la verdad no me importa a dónde.

James dice que va en busca de su hijo, mi tío es más tranquilo que mi padre, pero no por ello tiene menos carácter.

Mi tía y mi madre son las encargadas de consolarme, de escuchar toda la historia, mis lamentos y soportar mi rabia hacia mi esposo.

Aunque el mío haya sido el matrimonio más corto de la historia.

Sebastien Mackencie

—¡Sebastien!

Escucho el bramido furioso de Alexander Mackencie, cierro los ojos y me preparo para mi destino, de cierta manera no me importa morir.

Salgo del establo y veo a mi Laird dirigirse hacia mí, y sin darme tiempo a

nada, me lanza al suelo de un puñetazo, no me levanto, no me muevo.

Merezco esto... esto y mucho más.

—Te dije que te mataría miserable bastardo —gruñe pegándome varias patadas—. ¡Levántate! —ordena.

Lo hago, pero no ejecuto ningún movimiento para defenderme, recibo varios puñetazos más, desde lejos me parece escuchar a mi padre.

—¡Basta Alexander! —ordena, pero sigo recibiendo golpes sin oponer resistencia, cada vez siento menos dolor.

Los golpes cesan y por el ojo izquierdo que aún no está cerrado del todo puedo ver que James y Aydan están sujetando a Alex.

Keylan se acerca y me da dos puñetazos más; duelen, aunque no tanto como los de su padre.

—¡Basta, maldita sea! —James empuja lejos de mí a Keylan y me ayuda a levantar.

—Aleja a tu maldito hijo de mi vista James —ordena—. Y que no vuelva a aparecerse ante mi o no respondo.

Sus hijos intentan calmarlo, incluso escucho algo sobre desterrarme, eso produce más dolor en mí que los golpes que he recibido.

Si Alexander me destierra no volveré a ver a Valentina y eso es algo que no puedo soportar.

Cuando llegamos a la cabaña mi madre está allí esperando, veo que se impresiona al ver mi aspecto, puedo ver que ella también me odia en estos momentos. No obstante, nadie me odia más que yo mismo.

James me tumba en la cama, las sábanas no huelen a Valentina, frunzo el ceño, aunque eso me provoca dolor.

—He cambiado las sabanas cuando he llegado, suponía que Alexander te dejaría hecho un guiñapo —explica Sarah—. ¿Cómo has podido hacer algo así, hijo? —pregunta con dolor.

—¡Basta Sarah! —ordena mi padre—. Cúralo, tendrás tiempo para reprender su estúpido comportamiento. No te equivoques muchacho, la chiquilla que he dejado llorando es mi sobrina, la he amado desde el momento en que Brianna me dijo que iba a ser tío, he impedido que mi hermano te mate, no por ello estoy de acuerdo en lo que has hecho, pero sé lo mucho que amas a Valentina y sospecho que tienes ante ti un infierno por vivir.

Dicho esto, se marcha dejándome a solas con Sarah. Ninguno de los dos habla, no hacen falta palabras, se puede sentir el desprecio de ella por mí en estos momentos.

—Amo a todos mis hijos Sebastien, pero lo que has hecho no tiene perdón ni justificación alguna —dice mientras moja en agua caliente un paño y comienza a limpiar toda la sangre de mi cara.

Mi nariz temo que esté rota, mis ojos casi no me permiten ver nada, Además siento la boca hinchada y adolorida, las costillas me están matando, así que sé que tengo varias rotas, me cuesta incluso respirar, pero lo que más me duele es el corazón.

He cometido el error más grande de mi vida y ni siquiera el horror que viví junto a mi padre se compara a la agonía que siento ahora mismo, no por el dolor físico de la paliza que tenía bien merecida, sino por el dolor que me produce saber que he dañado de una manera tan rastrera a la única mujer que he amado, ¿cómo pude hacer algo así? ¿Cómo llegué a pensar que era una buena idea?

—En ese momento me pareció buena idea —intento hablar lo menos posible—. Los demonios gritaban en mi cabeza, no quería herir a Valentina en nuestra noche de bodas.

Mi madre me mira entre incrédula y triste...

—¿Pensabas que no la dañarías si se enteraba de tu traición? —pregunta sin llegar a comprender como pude llegar a semejante conclusión—. ¿Por qué pensabas que podrías hierirla? Tú nunca serias capaz de golpearla.

—Con Esmeralda nunca he sido cuidadoso y a ella no le importa. —respondo avergonzado, —aunque sea una ramera—, al fin y al cabo, es una mujer, y se merece respeto.

—Te refieres que puedes tratarla de un modo más rudo, ¿cierto?

Solo asiento.

—Muy noble de tu parte querer tratar a tu esposa con delicadeza, pero fue horrible lo que hiciste. No creo que Valentina pueda perdonarte, ciertamente a mí me sería imposible perdonar semejante traición.

Intento contener el llanto, porque me avergüenza que mi madre me vea llorar, sin embargo, pensar que nunca volveré a tener entre mis brazos a mi mujer, que he perdido a la única persona que me ha amado a lo largo de los años sin importar lo que hiciera por alejarla, sé que me lo merezco. Es el peor castigo que he sufrido jamás.

Mucho peor que todo lo que pasé con mi padre, solo pensar en él hace que mi odio crezca, todo esto es su maldita culpa.

Los demonios me atormentan desde que él abusó de mi por primera vez, desde la primera vez que me golpeó diciendo que no era más que basura, que

nunca nadie permanecería a mi lado.

Y en eso, no se equivocó...

—No es vergonzoso llorar Sebastien —dice mi madre apartando mi enmarañado cabello de la cara.

—Lo hombres no lloran. Los Mackencie no lloramos.

—Eso es una soberana tontería muchacho —ríe por lo bajo.

No respondo, ¿para qué? Si cuando al fin me deje solo como todos los demás, podré llorar todo lo que llevo contenido durante años, años en los cuales he intentado olvidar todo lo que viví, años en los que poco a poco he ido perdiendo lo que más amaba; primero mi hermana, ahora Valentina, incluso el afecto y respeto de la familia que me acogió y de mi Laird el hombre al que más he admirado y respetado en este mundo.

—Veo que vuelves a encerrarte en ti mismo, ya no puedo hacer mucho por ti hijo, aunque esté enfadada y dolida contigo no me gusta verte así —suena triste y no me merezco su tristeza—. Luego te traeré algo de comer.

Se marcha sin besarme como siempre hace y eso me estruja un poco más el corazón.

Al fin solo, dejo que las lágrimas contenidas resbalen por mi rostro amoratado.

La he perdido...

La he perdido para siempre y el único culpable soy yo.

¿Cómo podré vivir sin ti Valentina?

Ahora que sé lo que es hacer el amor, ahora que sé lo hermoso que es recibir el cariño y el apoyo de alguien.

Volver a vivir sin todo eso será aun peor que cuando no conocía nada de ello.

Pero vivir sabiendo que ella está herida, es lo peor de todo.

Lo siento tanto mi amor... Lo siento mucho...



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481.

Han pasado varios días en los cuales no he salido de mi habitación, mucho menos del castillo.

No quiero ver a nadie, sobre todo no quiero verlo a él.

Solo mi madre o mi tía vienen a verme y son bien recibidas, me enfadé un poco al saber que mi padre había golpeado a Sebastien, pero como me explicó mi madre, era preferible eso a que lo matara o desterrara de Eilean Donan.

Porque por mucho que lo odie, no lo quiero muerto o lejos de aquí, solo y sin ningún hogar al que ir.

Aunque siempre podría irse con Esmeralda, ¿no?

Cada vez que pienso en esa mujer mi furia aparece y el odio que siento por ella me embarga sin dejar rastro de nada más.

Me siento tan deprimida que no deseo salir de mi alcoba, ni siquiera para cenar con mi familia, sé que mi padre está preocupado por mí, y yo estoy preocupada por mis padres, temo que la traición de Sebastien ha reabierto viejas heridas, mi madre no me lo ha contado pero la conozco, le duele estar alejada de mi padre, y desde el día que volví al castillo y ella pronuncio ese reproche sé que mis padres no están bien, nunca en mi vida los había visto tan distanciados, sí discutir, pero nunca ignorarse y eso es lo que está ocurriendo estos días y eso lo sé por Eara, la fiel sirvienta que poco a poco se está convirtiendo en una buena amiga.

La puerta se abre y aparece mi madre así que tomó la decisión, hoy será el

día en el que ella va a hablar conmigo, es el día de que esta tontería entre mis padres termine.

—Buenos días mi niña, hoy voy a desayunar en tu compañía —sonríe, sé que lo hace para evitar a mi pobre padre.

—Buenos días madre, pues hoy amanecí bastante preocupada.

—¿Cuál es el motivo de tu preocupación? —pregunta extrañada mientras se sienta a mi lado, y comienza a acariciar mi cabello.

—Tú y padre —respondo seria, quiero que sepa que para mí esto también es importante, ya es suficiente con mi matrimonio roto, no soportaría que después de veinte años juntos todo se fuera al traste, por algo que ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Nosotros? —cuestiona intentando disimular—. Pero querida, nosotros estamos bien, tú eres la que nos preocupas, no sales de tu alcoba, ni siquiera quieres hablar con tu padre. Eso a él le duele mucho, hija.

—¿Y que su esposa lo evite, no le duele? —digo sin preámbulos.

—¿Quién te ha dicho semejante disparate? —Inquiere sin mirarme, está mintiendo.

—Madre... —le digo en advertencia—. No sabes mentir.

Ella suspira y me mira, veo en ella el dolor que siente al estar alejada del hombre que ha sido su vida por mucho tiempo.

—Lo reconozco, estamos algo distanciados —dice algo avergonzada—. La traición de Sebastien hacia a ti me ha recordado la que yo sufrí por tu padre, es doloroso recordar el pasado tan oscuro que tenemos, pero lo sigo amando Valentina, y temo que él ya no lo haga de igual forma —dice con auténtico miedo en su voz.

—¿Te volviste loca madre?! —exclamo sin poder creer que ella piense semejante estupidez—. Padre te adora.

—Bueno, ya no soy la jovencita que llegó aquí hace veinte años.

—Madre, eres hermosa —digo riendo, muy sorprendida por saber que mi madre ya no se siente ni tan joven, ni bella, como antes—. Padre te mira con amor, pondría la mano en el fuego por él, madre.

—¿Aun puedes decir eso? Después de lo que tu marido te ha hecho...

—Sebastien no es padre, y por favor no vuelvas a repetir que es mi marido. Yo no lo siento como tal.

—Pues lo es hija, debes ir pensando en perdonarlo, yo lo hice con tu padre y créeme lo que ese chico ha hecho no se compara en nada a lo que hizo tu padre en su día.

Se marcha y me deja aún más preocupada que antes.

Cuando Eara llega para llevarse mi bandeja le pido que busque a mi padre y que le diga que necesito hablar con él, pues solo mi padre puede acallar las dudas que mi madre siente hacia el matrimonio de ambos.

No tarda en aparecer ante mi puerta, lo primero que hace es abrazarme, como si llevara días deseando hacerlo, me dejo querer y correspondo a su cariño, lo echaba de menos.

—Te echo de menos, hija mía —susurra—. No dejes que lo ocurrido destroce tu vida, y acabe con tu espíritu. Recuerda, somos Mackencie.

—Necesito tiempo padre —respondo—. Pero no te llamo para que escuches mis lamentaciones.

—¿Entonces? —me mira confundido

—Estoy preocupada por madre y por ti, temo que mi fallido matrimonio ha reabierto viejas heridas —le interrumpo cuando el empieza a negar con la cabeza—. No mientas, acabo de hablar con mama, ella me ha confirmado que te está evitando.

—Hija yo cometí errores mucho mayores que tu marido —dice avergonzado—. Sé que vuestra madre nunca os contará nada de ese vergonzoso episodio porque no quiere que mis propios hijos me odien, pero siento que es hora de contarte como me comporte con la que hoy es la mujer de mi vida —solo asiento porque presiento que no me va a gustar lo que voy a escuchar.

—Desde muchacho me creí enamorado de Isabella, fuimos amante incluso después de que ella se casara con un viejo que en esos momentos podía darle las riquezas y el poder que yo aun no podía ofrecerle. —indica que me siente y obedezco, me da la espalda mirando hacia el horizonte por mi ventana.

—Cuando enviudó me decidí a casarme con ella, pero una orden de mi rey me lo impidió, estaba obligado a casarme con Lady Brianna de Clarence una inglesa de la casa de York. ¿Puedes entender lo que sentí? Todo lo que había soñado desaparecía, me obligué a odiar a tu madre, cuando llegó, le hice la vida imposible, seguí frecuentando a Isabella, no solo eso; ella me dijo que estaba embarazada, así que le ofrecí que viviera aquí en Eilean Donan —contengo a duras penas un jadeo de horror—. Tu madre me pidió mil veces que la echara de aquí, no la escuche. Cuando me di cuenta de que Isabella era el diablo disfrazado, había desterrado a tu madre; ella y tu estabais muy lejos de mí.

Mi padre se voltea con la mirada empañada por esos horribles recuerdos,

me duele por todo lo que tuvo que pasar mi madre, sé que no me ha contado todo y no quiero saberlo.

—Padre, ¿cómo pudiste hacer tales cosas y amarla? —pregunto sin entender, desgarrada por los sentimientos, dividida entre el amor que siento por mi padre, un hombre que me ha protegido desde que nací y que ha sido mi pilar. El hombre que él describe me parece un monstruo, por eso no puedo creer que hayan sido la misma persona.

—Porque no entendí que la amaba hasta que la perdí, nunca supe lo que era el amor verdadero hasta que ella llegó a este castillo.

—¿Puedes amar a una persona y sin embargo engañarla con otra?

—Sí, hija mía los hombres somos distintos, nos domina la lujuria en muchos casos. Eso no nos justifica y desde luego jamás volví a serle infiel a tu madre.

—¿La amas igual que hace veinte años? —pregunto algo asustada porque su respuesta, no sea la que yo espero.

—¡Incluso más! —contesta sin dudar—. ¿Acaso he hecho o dicho algo que te hiciera dudar de mi amor por tu madre? —pide saber.

—No, pero madre tiene ciertos temores, se le metió en la cabeza que ya no es la misma jovencita de la que te enamoraste.

—¿Pero qué estupideces piensa esa mujer? —brama—. Voy a buscarla de inmediato, esta tontería debe acabar, le he permitido durante demasiado tiempo llevar el mando.

—¡Padre! —lo llamo cuando está a punto de salir—. Hazla feliz como siempre lo has hecho.

—Ese es el único propósito de mi vida hija —sonríe—. Solo venía a decirte que, aunque intente matar a golpes al imbécil que tienes por marido, cuando tu cólera haya menguado, pienses con la cabeza fría. Las palabras dichas con ira pueden dañar como una daga directa en el corazón, piensa Valentina, si quieres vivir tu vida en amargura. No digo que lo perdones hoy mismo, hazlo sufrir se lo merece, pero llegado el momento vuelve a él, vuelve a tu hogar.

Dicho esto, se marcha dejándome con la boca abierta y sin poder creer que mi padre apoye a ese maldito traidor.

¡Hombres!

¿Cómo puede pedirme que lo perdone? Enterarme que estuvo con Esmeralda a pocos días de nuestra boda cuando conmigo estaba tan frío y distante me partió el corazón por la mitad.

Le he dado todo de mí, años de mi vida amándolo y adorándolo en la distancia, recibiendo por su parte desprecios que nunca me hicieron abandonar, ni dejar de amarlo.

Y en una sola noche; con una sola acción, siento que el amor que sentía por él, aunque no ha desaparecido ya no es la locura que me embargaba antes con tan solo pensar en él.

¿Volver con él? ¿Para qué? ¿Para estar todos los días preguntándome si sus demonios como dice él lo han llevado a traicionarme de nuevo?

Sé que juré aligerar su pesada carga, juré alejar sus demonios y lo que más me duele es que he fracasado incluso antes de convertirme en su mujer, ni el mismo estaba seguro de que yo fuera capaz de complacerle, de alejar ese tormento de su mente y de su corazón.

En todos estos días me he negado a escuchar todo lo que tenga que ver con Sebastien. Sarah ha intentado hablar de él en muchas ocasiones y en todas ellas me he enfurecido tanto que han desistido en decirme nada más.

Aunque mi estúpido corazón desee saber cómo esta después de la paliza que le propinó mi padre, sé que no quedaría en buenas condiciones, aunque me tranquiliza que mi tía esté cuidándolo.

Vuelve a abrirse la puerta y justo es mi tía Sarah acompañada de Marie, ambas traen un mal semblante, están preocupadas e inmediatamente me asusto.

—¿Ocurre algo? —pregunto asustada.

—Querida, sé que no quieres escuchar nada sobre mi hijo —la detengo negando, ella guarda silencio.

—Tía, por favor —ruego, pero ahora es Marie quien me interrumpe.

—¡Basta ya, niña! —ordena, tanto Sarah como yo la miramos extrañadas—. Entiendo tu furia, tu dolor y tu orgullo herido. Pero ahora no solo se trata de ti, nosotras no te criamos para ser tan egoísta. ¡Debes reaccionar de una maldita vez! Aquí llorando como una niña malcriada no solucionas nada. ¡Demuestra que eres una Mackencie por amor de Dios! —exclama frustrada.

—Marie —intenta detenerla mi tía.

—¡No Sarah! Todos la estáis protegiendo, la amo como a uno de mis hijos, y por ello mismo me veo en la obligación de hacerle entender que el orgullo no es un buen compañero de cama. —se cruza de brazos y me mira esperando una respuesta.

Yo no puedo creer que la dulce y tranquila Marie me haya hablado de este modo, pero no estoy enfadada con ella, ¿cómo podría?

Finalmente pregunto.

—¿Qué ocurre con Sebastien? —exijo saber, sin poder llamarlo mi marido.

—Se está dejando morir —exclama sollozando mi tía—. Se niega a comer, apenas bebe. Tiene fiebre, Valentina.

—Tiene varias costillas rotas que no están curando como se debe —explica ahora Marie.

Estoy segura de que he perdido el color del rostro, me tambaleo y de inmediato las dos mujeres me sujetan para evitar que caiga al suelo, me sientan y Marie me ofrece agua, bebo e intento tranquilizarme.

—¿Por qué lo hace? —susurro aterrada.

—No habla, pero estoy segura de que es porque ya te ha perdido, no siente deseos de vivir una vida donde tú no estés. —contesta mi tía.

—Durante años me alejó de él, ha vivido sin mí y seguirá viviendo. —digo, más para convencerme a mí misma, que a ellas.

—Pero no conocía el verdadero amor, el cariño y comprensión. No sabía lo que era tener una compañera de viaje.

—¿Y qué es lo que debo hacer tía? ¿Perdonarle? ¿Olvidar? ¿Cerrar los ojos a sus infidelidades, porque cada vez que sus demonios le atormenten buscará el consuelo de la única mujer que lo satisface? Buscará a Esmeralda.

—Ian me traicionó de cierta forma con mi hermanastra Valentina, me costó años perdonarlo, incluso después de casados eso seguía interponiéndose entre nosotros porque yo lo permitía, no cometes el mismo error. —Habla Marie por experiencia.

—No estoy diciendo que corras a sus brazos Valentina, te pido como madre que lo salves. ¡Es mi desesperación quien te suplica! —exclama—. Aunque lo odies no permitas que muera.

—No lo odio, no puedo —susurro derrotada—. Y aunque lo odiara no podría dejarlo morir, se lo debo a Marian y a los años que pasé adorándolo.

—¿Entonces irás? —pregunta mi tía esperanzada, limpiándose las lágrimas. ¿Cómo negarme? Ya perdió a Marian, no puede perder a Sebastien.

—Me vestiré ahora mismo —digo decidida.

Ambas me ayudan, se empeñan en arreglarme más de la cuenta, a lo que me niego en rotundo. No busco una reconciliación.

Elijo un vestido gris bastante sobrio, no me siento con ánimos de lucir otro color más alegre, mi vida en estos momentos es sombría, no solo mi matrimonio ha fracasado, sino que el de mis padres pasa por una crisis bastante fuerte. Aunado a ello mi hermano sufriendo y haciendo sufrir a

Rachell a la vez que Eara está padeciendo por el estúpido de mi hermano menor que no se da cuenta de que una magnífica muchacha, lo ama en silencio.

Mi familia es un caos en este momento y me encantaría poder ayudar a cada uno de ellos, para encontrar el camino de la felicidad. Pero; ¿cómo hacerlo? Si yo misma estoy perdida.

Con los nervios a flor de piel me dirijo con paso seguro hacia mi destino, con cada paso me acerco más a Sebastien, incluso siento náuseas...

Al llegar frente a la puerta cerrada respiro profundo y llamo pidiendo permiso, un gruñido como de animal herido es mi respuesta.

—¡Largo! —grita una voz tan ronca, que incluso podría tratarse de un moribundo—. ¡Dejarme morir en paz!

Negando con la cabeza y abro la puerta, un hedor horrible me recibe, tanto que me cubro la nariz para no vomitar.

—¿Eres tú la víctima Sebastien? —pregunto cerrando la puerta—. Que yo sepa soy yo la cornuda y no me estoy dejando morir.

Entre la penumbra veo como mi marido se intenta levantar de la cama, alzo la mano obligándolo a detenerse.

—No te esfuerces, ni malgastes tus pocas fuerzas, sabes que no te quiero cerca de mí —cuando veo el dolor atravesar su rostro, blanquecino y enjuto, solo por un instante, me siento una arpía rencorosa.

—Valentina —susurra, mirándome como si no pudiera creer que estoy frente a él—. ¿Eres tú?

—Por supuesto que soy yo Sebastien, ¿acaso esperabas a alguien más? —cuestiono molesta—. ¿Tal vez no vengo en buen momento?

—¡No! —exclama—. No espero a nadie Valentina. No tengo a nadie.

—¿Dónde tienes a tu querida Esmeralda? —inquiero. Veo en su mirada el dolor y la vergüenza.

Juro que vine con la intención de hablar con él y lo único que estoy haciendo es comportarme como una maldita.

—No sé nada de ella desde hace días, desde el maldito día en que vino para arrebatarme la vida —dice con un tono de voz sin vida.

Lo veo demacrado, sucio y devastado, ¿siento lástima?

Sí, no lo puedo evitar.

Por más que desee refugiarme dentro de una coraza de hielo, cuando lo tengo frente a mí, herido y tan distinto al fuerte hombre que conozco, no puedo evitar sentir lástima.

—¿Cómo pudiste Sebastien? —pregunto intentando comprender, para

poder perdonar.

Él solo baja la mirada. ¿Qué puede decirme? Pasan los minutos y decido hacer lo que he venido a hacer.

—He mandado que traigan comida y una tina, no pienso marcharme hasta que estés decente y alimentado.

Justo a tiempo la puerta se abre y aparece Marie con la comida y dos hombres con la tina, Eara junto a dos chicas más cargan con los cubos llenos de agua humeante.

Cuando todo está listo se marchan y nos dejan solos de nuevo.

—¡Báñate! —ordeno—. Yo ordenaré este desorden.

Él duda, pero algo en mi mirada lo hace obedecer, se levanta con dificultad, me contengo para no correr a ayudarlo, intento no mirar su fuerte cuerpo desnudo... me sonrojo solo de recordar lo que sentí entre sus brazos.

Lo escucho gruñir, mientras cambio las sábanas y hago la cama.

Abro las ventanas para que entre la luz del Sol y se ventile el mal olor, porque me está asfixiando.

—¡Valentina! —me llama dudoso.

—¿Qué ocurre? —pregunto negándome a mirarlo.

—Me duelen demasiado las costillas para lavarme solo, ¿puedes ayudarme? —me pide...

Suspiro y armándome de valor me acerco a él, cojo el paño, el jabón y empiezo por su espalda. Froto con fuerza y puedo ver que le hago daño, aunque no se queje, así que dejo de hacer tanta fuerza, no soy tan desalmada.

—Gracias —susurra con los ojos cerrados.

—¿Por qué? —pregunto lavando su cabello, que le ha crecido, no recuerdo que lo llevara tan largo nunca.

—Por volver —dice sin más.

—No te equivoques Sebastien, no he vuelto para quedarme.

Él se tensa puedo sentirlo.

—¿Entonces qué haces aquí? —pregunta, ¿molesto?

—Mi tía me lo ha suplicado, parece ser que el amor de madre es poderoso, no quiere verte morir de hambre.

—Entiendo —dice quedo—. Pierdes el tiempo. Si no es de hambre, será en batalla, de una forma u otra estoy muerto.

Escuchar esas palabras me aterroriza, me enfurecen sobremanera.

—¡Basta, Sebastien Mackencie! —ordeno furiosa, soltando el paño y salpicando agua en el proceso—. ¡Fuiste tu quien echó a perder nuestro

matrimonio, incluso antes de comenzarlo!

Se levanta chorreando agua, desnudo como su madre lo trajo al mundo, mi enfado es tal que no siento ni vergüenza de ver todo su cuerpo.

Se viste con el tartán rápidamente y me mira, en él no veo esa indiferencia y calma que siempre le ha precedido, es como si sus ojos desbordasen sentimientos.

—¡Soy consciente de mis errores mujer! —exclama—. ¿Crees que no estoy pagándolo? Créeme Valentina, perderte a ti es lo peor que me ha pasado, incluso más que la muerte de Marian o todo lo que tuve que soportar para salvarla.

Trago saliva porque siento que voy a ahogarme en cualquier momento.

—¿Cómo puedo perdonarte? —pregunto desesperada.

Él me mira en silencio, en sus ojos veo la derrota, como si estuviera convencido que nunca volveremos a estar juntos.

—No lo sé Valentina, ¿cómo puedo suplicarte que me perdones, si yo mismo no lo puedo hacer? Yo mismo me odio más de lo que lo haces tú.

—No te odio —confieso cansada de esta lucha—. Pero no puedo volver a ti —veo como sus hombros caen, por un momento temo que vaya a caer al suelo.

—Lo sé pequeña —dice entrecortado—. Eso es lo que me está matando poco a poco.

—Come algo por favor —le suplico.

—¿Cómo voy a comer? —pregunta intentando reír—. Me acabas de confirmar que nunca volverás a mí. No me odias, pero el amor que sentías lo maté la noche que Esmeralda me tendió la trampa.

—¿Una trampa? —Inquiero con rabia—. Aunque odie a esa maldita zorra, no puedes culparla Sebastien, ¡tú acudiste a su encuentro! —grito.

—¡Sí, fui a su casa! —grita de vuelta—. Pero no con la intención de acostarme con ella, llevaba días batallando con mis demonios, estaba tenso como la cuerda de un arco Valentina. Me ofreció Wiski el resto es historia. Lo poco que recuerdo es como si mi cuerpo no obedeciera mi mente, aunque si debo reconocer que por unos instantes pensé que era buena idea que; si con ella dejaba salir mis demonios, a ti no te dañaría en nuestra noche de bodas.

Escuchar lo que ocurrió esa noche me duele. Imaginar que la poseyó me mata, me hiere en lo más profundo.

—¿Cambia en algo que no fueras con la intención de engañarme, si al final lo hiciste? —cuestiono desesperada.

—No —responde derrotado—. No lo hace, el daño está hecho y por mucho que quiera borrarlo no me es posible.

—Cierto, el pasado no se puede borrar —admito con el corazón desgarrado.

—Solo quiero decirte algo Valentina —me mira con sus ojos negros ahora hundidos en su rostro demacrado—. Te amo y siempre lo he hecho. Desde el primer instante que te vi, supe que había encontrado a la mujer que mi hermana afirmaba que sería mi alma gemela. Siento muchísimo que mi padre siga destrozando mi vida aun después de muerto y en el proceso tú hayas salido herida.

Estoy llorando de nuevo... lo siento tan sincero.

—Voy a amarte hasta el final de mis días y el dolor que siento me acompañará hasta mi último aliento —se acerca poco a poco a mí, como si le costara horrores poder andar, deben dolerle muchísimo las heridas, pero aun así no se rinde, yo no me alejo.

Sin esperármelo, me besa.

No con pasión, no hambriento, sino con una ternura desconocida en él. Cierro los ojos y por un momento me olvido de todo.

Disfruto de su roce, de su cercanía.

Se separa de mí. Abro los ojos, los suyos están húmedos, mis lágrimas no cesan, esto es la despedida definitiva y duele como nada en esta vida me ha dolido antes.

—¡Adiós, amor mío! —susurra—. Se feliz por los dos.

Él ha tenido el valor que yo no he conseguido reunir, me está dejando ir, no soporto más el tormento y salgo corriendo, llorando a mares.

Dejando al amor de mi vida atrás...

Una vez más. ¿Esta vez para siempre?



Sebastien Mackencie. Frontera con Inglaterra, 1481.

Han pasado dos meses.

Dos meses desde que vi a mi mujer por última vez.

En cuanto pude permanecer en pie sin sentir que mis costillas iban a atravesarme el pecho, hablé con Ian, ya que Alexander no me dirige la palabra. Le pedí que me enviara lo más lejos posible.

Estoy en la frontera con Inglaterra, siempre era Marcus quien venía aquí, es uno de los lugares con más escaramuzas, entre clanes enemigos o contra los ingleses; por eso elegí venir.

Prefiero ser yo quien lidere a los hombres destinados a este lugar que algún hombre con una familia a la cual regresar, no tengo nada ni nadie que me ate a este mundo.

Ahora mismo la curandera del lugar está cosiéndome una herida en el pecho, ¿duele? Hay dolores peores, el dolor que siento de modo constante en el corazón, es mucho peor.

Aunque estoy lejos del único lugar al que he considerado mi hogar, me mantengo informado por mi padre.

James, aunque sigue decepcionado por mi actitud, accedió a contarme todo lo que ocurra en mi ausencia, ya que supongo, esta se prolongará largo tiempo.

Según James, Valentina ha mejorado en ánimo, lo cual me alegra.

Por mi padre supe que estuvieron preocupados por ella varios días, ya que estuvo indispuesta, llamaron a la curandera y según dijo todo se debía a los

nervios y el dolor por lo sucedido.

Ahora incluso come con más apetito, se reúne con la familia y las mujeres están contentas, así que mi preocupación se aligeró al recibir tan buenas noticias.

Por mi parte, ¿qué puedo decir?

Aun no logro acostumbrarme a haber perdido algo que solo tuve durante unas pocas horas, no hay noche que no despierte buscando su cuerpo, no hay día donde no extrañe verla u oírla reír, seguirme con cualquier excusa tonta solo por estar a mi lado.

Incluso mi hermana me ha abandonado.

Solía soñar con ella muy seguido, pero desde que perdí a Valentina incluso Marian ha desaparecido.

Me siento más solo que nunca, y por primera vez desde que era un niño siento miedo. Sí, mi padre tenía razón, soy un maldito cobarde, soy débil por necesitar tanto a alguien.

Juré que nunca llegaría hasta este punto y fallé una vez más, como en todo lo que me propongo.

Estoy solo, solo mis demonios siguen acompañándome...

Cada noche escucho su voz, otra vez susurrando lo que tantas veces susurró en mi oído, solo con recordarlo siento como mi piel se eriza, como el frío me invade y el asco se apodera de mí.

Cierro fuerte los ojos, no por el dolor de la cura sino porque es un intento desesperado de alejar todas las imágenes asquerosas y recuerdos de mi mente.

—Esto ya está Sebastien, debes tener cuidado —me advierte—. La fiebre puede aparecer en cualquier momento, te dejo un brebaje para que lo tomes en caso de que aparezca.

Me limito a asentir, sabiendo que no lo tomaré.

Me deja solo y lo único que hago es beber un buen trago de wiski, es mi fiel compañero desde hace meses, es de la única forma que consigo dormir, caigo en un profundo sueño gracias a la bebida.

Largo rato después me siento más aletargado, más caliente...

Creo que la fiebre ha aparecido, es normal que la fiebre suba con una herida semejante, incluso aun curada, claro que en un momento pensé no tomar el remedio que me dejó la curandera. No obstante, algo más poderoso que yo me hace beberlo, me tumbo en la cama y caigo en un sueño intranquilo que no me da el descanso que necesito.

Lo sé porque después de mucho tiempo, tengo frente a mí a Marian.

—¿Marian? —digo sorprendido y feliz de verla al fin, aunque ella está de espaldas a mí.

No se gira de inmediato como lo habría hecho en el pasado, mi corazón va tan deprisa que pienso que en cualquier momento va a salirse de mi pecho.

—Finalmente lo hiciste Sebastien —susurra—. Tenías todo para ser feliz y tal como temía lo dejaste ganar de nuevo.

—Marian yo... —intento explicarme, pero me quedo sin habla cuando mi hermanita se gira para verme.

La veo más triste y demacrada, como nunca la vi en vida. En sus ojos puedo ver la decepción y el dolor que le ha producido mi estúpido comportamiento.

—¿Por qué Sebastien? —pregunta negando con la cabeza—. Te dije cuál era tu destino y ahora cada uno ha tomado caminos separados...

—Sé lo que me dijiste, pero las voces en mi cabeza no me dejan tranquilo —digo.

—¡Estoy harta! —grita—. Aún sigo atada sin poder irme por tu culpa. Estas dejando que padre me haga daño, que me haga infeliz. Todo lo que tuviese que soportar no sirvió de nada, no si ahora no puedo ir a donde me corresponde.

Escuchar sus palabras me matan. Nunca he querido dañar a mi hermana y mucho menos que sufriera por nada, ni por nadie.

—Marian —susurro acongojado—. No sabía... he sido un egoísta obligándote a quedarte a mi lado.

—No me has obligado hermano, mi alma no está tranquila. Hasta que tu no encuentres la paz y el amor, no podré partir hasta que no hayas logrado eso, necesito saberte feliz para partir.

—Me temo que yo he echado todo a perder, Valentina nunca me perdonará —le aseguro con un nudo en la garganta.

—No será fácil desde luego —asegura ella—. Pero mi propósito de esta visita es otro. A pesar de mi enfado, he venido a advertirte. Vuestros enemigos no van a detenerse Sebastien.

—¿Te refieres a Esmeralda? —pregunto ceñudo—. ¿Qué más puede hacerme? Me ha arrebatado todo.

—No todo hermano, Valentina aún tiene algo que ella ansía —sonríe por primera vez—. Quiero que sepas que no debes temer por ella; será una hermosa mujer, fuerte y muy respetada, se casará por amor con un hombre que librará grandes batallas por ella, que dejará todo atrás por su amor.

—¿Estás diciendo que Valentina va a casarse? —inquiero furioso y dolido.

Ella solo ríe y niega con la cabeza.

—Valentina no, tonto —sonriendo se acerca un poco más a mi—. Tu hija, hermano.

Yo me quedo mudo de asombro, me parece que aún no he entendido lo que me quiere decir.

¿Una hija? Como es posible...

—¿Una hija? —la cuestiono—. Valentina no va a permitir que vuelva a tocarla nunca más, le doy asco. —digo recordando esas palabras que están clavadas en mi corazón.

—Sebastien, ella ya está embarazada —afirma feliz—. Esa niña va a ser muy especial, tiene mi don, no solo eso. Tendrá el don de sanar, ella será una famosa curandera por su dominio de las hierbas.

Sin darme cuenta estoy llorando, ¿una hija?

Una hija con un futuro feliz y prometedor, una hermosa niña.

—No sé qué decir, que hacer —acoto sin poder aun creer lo que me dice, pero sabiendo que mi hermana nunca se equivoca.

—Debes volver —afirma seria—. Van a intentar dañar a Valentina, ella te necesitará.

— ¿Quiénes? —pregunto—. Esmeralda no es amenaza, le dejaré bien claro que la mataré si se atreve a acercarse a mi mujer o a mi hija.

—Esa arpía no está sola, no todo es lo que parece. —apremia mi hermana.—. Debes volver ya, ¡debes protegerlas!

—Aunque vuelva, Valentina nunca va a perdonarme y verla sin poder tenerla para mí es un infierno, pero si es el precio que debo pagar para salvarlas lo haré.

—Nunca, es demasiado tiempo hermano —sonríe como si conociera un gran secreto, sé por experiencia que no me lo dirá hasta que sea el momento, así que no me molesto en preguntar.

Ambos nos quedamos en silencio, observándonos mutuamente.

—Gracias Marian —le digo agradecido.

—No me las des hermano, y céntrate en encontrar el camino que has

perdido, yo te daré las gracias cuando al fin me liberes, mientras tanto sigo molesta, cuídate y cuídalas hermano, sé que lo harás.

Y como siempre desaparece dejándome solo.

Despierto desorientado, sudoroso por la fiebre, pero más decidido que nunca.

A pesar del dolor que va a producirme el rechazo de mi mujer, su seguridad y la de mi hija están en juego, para mí eso es mucho más importante.

Sin importarme cuan mal me encuentro, me preparo para la marcha.

Hay al menos dos días de viaje estando en plena forma, yo estoy medio muerto y con el pecho cosido muy reciente, pero no pienso esperar ni un momento más.

Doy a conocer mi decisión de marcharme informando de que alguien vendrá a ocupar mi puesto en nombre del clan Mackencie.

Somos uno de los clanes encargados de la seguridad de la frontera.

Monto a mi caballo y emprendo el regreso al hogar.

El regreso a mi futura familia.

Valentina Mackencie

Como cada mañana desde hace casi un mes vomito el desayuno tan delicioso que me ha traído Marie.

Estoy harta de este malestar, pero lo soporto gustosa.

Ayer por fin, me confirmó la curandera que estoy en cinta.

Es lo único bueno que el corto matrimonio con Sebastien me ha dado, el fruto de mi amor, pues él no puede amarme, no después de lo que me hizo.

Mi familia está muy feliz por la noticia y a mí me ha levantado el ánimo y devuelto las ganas de luchar, de seguir hacia delante.

Con certeza no soy la primera ni la última a la cual su marido es infiel, es algo que por desgracia es normal en el día a día, por más que yo odie tal comportamiento.

Me vuelvo a recostar cerrando los ojos e intentando que mi malestar se alivie, llaman a la puerta y ni siquiera me molesto en ver quién es.

—¿Volviste a vomitar Valentina? —abro los ojos al darme cuenta de que es mi hermano Keylan.

—¿Keylan? —pregunto incrédula, él y yo llevamos tiempo distanciados, nuestra relación ya no es lo que era cuando éramos niños.

—Sí, sé que te parecerá extraña mi visita, pero somos hermanos Valentina y aunque estos meses he sido un completo desgraciado, sigo amándote hermana —reconoce sonriendo con tristeza.

Como respuesta abro mis brazos y él se acerca raudo para abrazarme y rodearme entre sus fuertes brazos.

—Te he echado de menos grandísimo patán —susurro feliz de volver a tener a mi hermano.

—Bueno, casi no he podido dormir en toda la noche pensando que voy a ser tío y no quiero que mi sobrino o sobrina tenga un tío gruñón —dice divertido, yo rompo a reír sin poderlo evitar.

Así nos encuentra mi madre que al vernos sonrío feliz. Mi hermano se despide de mí dejándonos a solas, veo en ella un nuevo brillo y sé que todo está arreglado entre mi padre y ella.

—Buenos días, querida —dice besando mi frente—. ¿Volviste a vomitar? —solo asiento—. Tranquila mi niña, ya mandé decirle a Helen que prepare el remedio que yo tomaba cuando estaba embarazada.

—Espero que mejore con eso madre —suspiro cansada.

—Desde luego que lo hará —me asegura—. ¿Has pensado en lo que te dije? El padre de tu bebé merece saber, que va a ser papa.

Trago fuerte, pues el rencor que aún le guardo a mi marido no me deja decidirme a enviarle una carta a la frontera, porque sé que lleva allí varios meses, Ian me informó el mismo día que partió.

—Sí, madre y aún no he decidido si le voy a decir algo, no sé si merezca tal felicidad —digo algo avergonzada de tales pensamientos tan malvados.

—¡Valentina Mackencie! —regaña mi madre con sus brazos en jarra—. Yo no te eduqué para que fueras una mujer tan malvada.

—Puede que sea malvada, pero en este momento es como me siento — respondo con cabezonería, intentando ocultar lo mucho que ahora necesito el consuelo de mi esposo.

—Eres tan cabezota como tu padre —dice cansina.

—Hablando de padre, creo que ya te hizo entrar en razón, ¿o me equivoco? —pregunto intentando desviar el tema.

—Eres muy astuta jovencita —dice ruborizada—. Sí, tu padre consiguió que mi estupidez desapareciera, y no me preguntes como.

—Puedo imaginarlo y créeme madre, no quiero escucharlo —digo intentando contener la risa.

Ambas no podemos aguantar más y estallamos en carcajadas.

Yo muy feliz por ver a mi madre como hacía tiempo no la veía, mis padres nacieron para estar juntos y así será.

—Valentina no creas que puedes intentar desviar nuestra conversación — me amonesta cuando ya se ha calmado—. No voy a obligarte jamás a perdonar algo que seas incapaz de perdonar. Yo lo hice, no significa que tú debas hacerlo, pero lo correcto es que Sebastien sepa que va a ser padre. Puede haber fallado como hombre y marido. Sin embargo, no fallará como padre, eso no debes dudarlo.

—No tengo dudas de ello madre. Sebastien amará a su hijo más que a sí mismo, será un padre maravilloso —digo convencida, pues soportó lo insoportable por su pequeña hermana, no será menos para con su hijo o hija.

—Entonces por favor piensa con madurez, deja el orgullo y la furia a un lado, aunque solo sea para informarle. Piénsalo.

Dicho eso se marcha para dejarme descansar y pensar con tranquilidad sus palabras.

Sé que tiene razón, sé que estoy equivocada, que me domina el orgullo herido y, el miedo.

Tengo mucho miedo a ser débil, perdonarlo y que vuelva a traicionarme, porque entonces mi corazón no podría soportarlo.

Me levanto decidida y me siento dispuesta a escribirle una corta misiva.

Sebastien, te escribo esta carta para informarte que dentro de poco más de siete meses voy a tener un hijo.

Creo que es mi deber decírtelo ya que eres su padre, sé que estás en la frontera cumpliendo con tu deber para con nuestro clan.

No te sientas en la obligación de regresar si aún no es posible, estoy bien, con los síntomas normales de mi estado.

Espero que a la llegada de mi carta estés bien, que Dios te proteja.

Valentina Mackencie.

Por más que leo la carta una y otra vez no me reconozco en ella.

Es una misiva tan impersonal que incluso me asusta con la frialdad que la he escrito.

¿Pero qué puedo decirle? ¿Rogarle para que vuelva?

¿Decirle que lo perdono cuando aún no lo siento así?

No puedo darle falsas esperanzas, quiero estar segura de lo que siento y de que podré perdonarlo antes de pedirle que vuelva.

Aunque este bebé que crece en mi interior necesitará a sus padres juntos por encima de todo, necesitará a sus padres unidos y enamorados, con armonía en el hogar.

Así que tras mucho pensar ordeno a Eara que envíe la carta, en un par de días estará en la frontera y Sebastien sabrá la buena nueva, ya cumplí ahora le toca a él.

Sin saberlo aquella noche tan especial formamos una familia, creamos un ser que llevará nuestra sangre, que continuará con nuestro apellido y que nos ha unido para siempre.

Así que, espero que el tiempo me dé la sabiduría suficiente para perdonarlo y que podamos ser lo que siempre debimos ser, lo que estamos destinados a ser.

Marido y mujer, solo él y yo.

Sebastien y Valentina Mackencie...

¿Lo conseguiré? Rezo para que así sea.



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481.

¡Soy una maldita estúpida! Después de enviar la carta y no recibir respuesta alguna en varios días empiezo a preocuparme.

Puede que Sebastien me haya traicionado, pero nunca abandonaría a su hijo. ¿Le habrá ocurrido algo?

No he querido preguntar nada a mi padre, sé que sigue enfadado con él. Además, estoy segura que si supiera algo sería el primero en decírmelo. Pero la angustia me está matando, no puedo evitar preocuparme por él, sentir temor ante la duda de que puede estar herido o algo peor.

Mi coraza se va resquebrajando por momentos. Con el paso de los meses el dolor de la traición va menguando, no ha desaparecido, pero no siento lo mismo que los primeros días, no me embarga la amargura, el odio y la furia. Creo que el saber que voy a ser madre me ha hecho madurar y comprender que no todo en la vida es blanco o negro, tiene matices.

No penséis que he perdonado a mi marido, es solo que ahora no temo el no llegar a hacerlo nunca, porque sé que con tiempo y paciencia por parte de los dos podremos superarlo.

Necesitamos tiempo para que ambos podamos superar lo ocurrido, Sebastien necesita tiempo para dar batalla a sus demonios por última vez, ha dejado que ellos dirigían su vida durante demasiado tiempo.

Necesito tiempo para recuperar la confianza en él y en mí misma, quiero recuperar la ilusión de antaño, cuando el corazón me golpeaba furioso el pecho al verlo, como si necesitara ir al encuentro de su dueño.

Escucho bastante alboroto, el cual me saca de mis cavilaciones. Me asomo a la ventana y veo a Keylan enzarzado en una discusión con...

¡Sebastien!

Sonrió sin poderlo evitar y salgo de mi alcoba, bajo corriendo las escaleras, mi madre me grita para que no corra y tenga cuidado. Aun así, no me detengo siquiera para hacerle caso.

—¡Basta Keylan Mackencie! —ordeno cuando salgo corriendo hacia ellos.

—¡No corras Valentina! —me increpan ambos al unísono.

Me detengo a varios pasos de distancia, no miro a mi hermano pues solo tengo ojos para mi marido.

Lo veo mucho más delgado, con una barba bastante crecida, ojeras bajo sus ojos negros ahora hundidos en su rostro, hasta ha perdido el color de su piel, ese dorado que tanto me gustaba en él.

—Hola Valentina —dice con voz enronquecida.

—Hola Sebastien, veo que recibiste mi carta... —contesto intentando tranquilizarme.

—No recibí ninguna carta —frunce el ceño—. He tardado un poco más por mi herida.

—¿Herida? —pregunto intentando no abalanzarme hacia él para comprobar que no es de gravedad.

—Tengo una herida reciente, no pude cabalgar todo lo rápido que hubiera querido.

—Entiendo, bueno lo importante es que has llegado sano y salvo —suspiro agradecida.

—¿En serio Valentina? —pregunta anonadado mi hermano que ha escuchado todo en completo silencio.

—¡Basta Keylan! —ordeno—. Yo no me meto entre Rachell y tú, te ruego que hagas lo mismo.

Él se marcha furioso, sé que quiere protegerme al igual que mi padre, pero esta batalla debo pelearla yo.

—No debes discutir con tu hermano por mí —susurra mi marido.

—No lo he hecho solo por ti Sebastien, es hora de que todos me veáis como la mujer que soy, no como la niña que fui. Voy a ser madre —digo emocionada acariciando mi vientre aun plano.

Él sigue mis movimientos con un brillo delatador en la mirada.

—Lo sé —dice emocionado—. Por eso he vuelto.

Lo miro extrañada.

—Acabas de decir que no has recibido la carta, ¿cómo es posible que...? —me callo de repente porque sé quién se lo ha dicho, me siento al borde del llanto—. ¿Ha sido Marian, cierto?

Asiente sin mirarme, él piensa que no le creo, que no puedo entender la conexión tan fuerte que tiene con su querida hermana, ni la muerte los ha podido separar.

—No debes avergonzarte Sebastien, sabes que te creo. Marian también ha hablado conmigo cuando ha sido necesario.

—Lo sé —parece cansado, se siente incómodo es como si intentara controlarse todo el tiempo y eso por desgracia es lo que nos ha llevado hasta este punto.

—Pareces cansado, ¿por qué no vas a darte un buen baño y a dormir un poco? Luego podría llevarte algo se comer —me ofrezco, porque no sé qué excusa buscar para estar a su lado y así encontrar eso que he perdido.

—No hagas esto Valentina —me ruega, en sus ojos veo dolor y una necesidad que me hace retroceder—. No te comportes bien conmigo, no lo merezco.

—¿Prefieres que te trate con odio y desprecio? Vamos a ser padres Sebastien. —digo enfadada por su frialdad—. ¿Acaso ya no quieres intentar que nuestro matrimonio funcione? ¿No quieres que te perdone?

—Lo que yo quiera y lo que merezco es distinto —responde serio—. No merezco tu perdón ni tus buenas intenciones, te he dañado a ti, la persona que más amo en este mundo, ¿qué clase de monstruo soy?

Sin más se marcha, lo veo caminar muy recto como intentando aliviar algún dolor.

Sus palabras me han destrozado, lo veo derrotado, convencido de que no merece mi perdón, muy seguro de que nada bueno puede ocurrirle porque no se lo merece.

—No he podido evitar escuchar —la voz profunda de mi padre me sobresalta.

—¡Dios, padre! —me llevo la mano al pecho intentando que mi corazón deje de latir desenfrenado—. ¿Quieres matarme del susto?

—Lo siento, pequeña —sonríe pasando su gran brazo protector sobre los hombros—. Ese muchacho está viviendo un infierno.

—Creía que deseabas matarlo —digo extrañada por su comentario.

—Sí, en el primer momento que te vi llorar, el amor de padre me cegó,

luego tu madre me hizo ver como siempre lo patán que puedo llegar a ser —sonríe—. Sabes lo que le hice a tu madre, sabes que ella encontró el modo de perdonar lo que no muchas mujeres hubieran hecho.

Asiento, sé que aun desconozco muchas cosas del primer año de matrimonio de mis padres, y puede que nunca llegue a saberlo todo.

—Lo sé padre, pero es difícil. Lo más duro es luchar contra los dictados del corazón, esos que me dicen que corra ahora mismo hacia la cabaña y lo abrace para no soltarlo jamás, ¿pero si hago eso, ¿quién me asegura que no vuelva a traicionarme?

—Puedo decir con seguridad que ese muchacho jamás volverá a cometer semejante estupidez y no por mi amenaza de matarlo, sino porque sabe que sin ti no puede vivir. Ahora un hijo crece en tu interior, tiene mucho que ganar y mucho que perder, él os ama es algo que jamás dude.

—¿Crees que soy una estúpida por saber muy en el fondo de mi corazón que tienes razón? —pregunto asustada.

—Ninguno de mis hijos es un estúpido, aunque en estos momentos tus hermanos parezcan lo contrario, tu mi niña eres muy inteligente. Tu corazón sabe desde el primer instante que Sebastien nunca volverá a defraudarte, que nunca podrá estar con otra mujer que no seas tú, porque ahora conoce algo que no sabía que existía.

Lo dice tan seguro que sé que habla con la voz de la experiencia, que eso fue lo que le ocurrió a él con mi madre.

—¿Sabes lo de ese par de tontos? —pregunto intentando no reír.

—¿Que Keylan anda detrás de Rachell y que mi hijo Aydan no se da cuenta que Eara lo adora en silencio? —asiento—. Por supuesto pequeña, ¿qué clase de padre sería si no me preocupara por los desamores de mis retoños?

Ambos reímos, sigo mirando el camino por el cual Sebastien ha desaparecido hace rato...

—Ve —me empuja un poco, yo sigo indecisa—. Habla con él, lo necesitáis.

Asiento y reuniendo el valor necesario me encamino hacia la cabaña que creí sería mi hogar por muchos años.

Llamo a la puerta y entro sin esperar respuesta, pues si lo hago perderé el valor que he conseguido reunir.

—¡Dios Santo! —exclamo al ver la herida casi abierta que Sebastien tiene en el pecho—. ¡Sebastien debemos coser eso de nuevo!

—Siento si te disgusta Valentina, tuve suerte de que no me partiese en dos esa maldita espada —gruñe dolorido.

Solo de pensarlo me estremezco. No me causa asco su herida, más bien espanto por lo doloroso que debe ser, y preocupación pues si una herida de ese tamaño no se cura como es debido puede aparecer la fiebre, incluso un hombre tan grande y fuerte como Sebastien puede sucumbir ante ella.

—Siéntate, voy a calentar agua —me dirijo hacia el fuego, veo que ya mi marido se ha adelantado, el agua está a punto de hervir.

Me doy cuenta también que me ha hecho caso a la primera lo cual me causa asombro, nunca ha sabido aceptar órdenes.

—Esto va a dolerte, voy a limpiar la herida con el agua hirviendo hasta que la sangre salga roja, no puedo coserte la herida sin estar segura de que no hay infección.

—Haz lo que tengas que hacer —dice serio.

Me siento delante de él y sumerjo el paño en el agua, hago una mueca por el dolor que me produce el agua tan caliente, pero debo aguantar.

El primer contacto con la herida abierta le hace gruñir, pero no se aparta. Como suponía está infectada, esto por desgracia para él va a llevar un buen rato, pues no me pienso detener hasta que esté segura que puedo suturar sin peligro.

No sé cuántas veces repito la misma acción hasta que su sangre mana roja, esta tenso y sudoroso por la cura. No obstante, como el guerrero que es no ha emitido ni un sonido.

Empiezo a coser con muchas puntadas, intento que sean lo más pulcras posible. Cuando ya está cosido preparo con unas hierbas una pasta bastante consistente antes de vendarle con vendas limpias.

Cuando ya estoy terminando sus palabras me dejan inmóvil y me cortan la respiración.

—Mi padre abusó de mí durante años. Mientras tu tía vivió con nosotros nos mantuvo a salvo, tanto a Marian como mí. Cuando se marchó quedamos a merced del diablo —susurra con la mirada perdida en el fuego que arde en la chimenea.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? Nunca quisiste que lo supiera.

—Porque ya que está todo perdido, quiero que puedas llegar a entender porque soy como soy, porque hice lo que hice —me mira atormentado.

—No entiendo nada Sebastien —digo negando con la cabeza—. Ya lo sabía. —confieso algo temerosa.

Él me mira horrorizado.

—¿Y aun así me seguiste amando? —pregunta con incredulidad.

—Por supuesto, te amé incluso más. Hay que ser muy valiente y amar de corazón a una persona para soportar lo que tu soportaste por tu hermana.

—Lo volvería a hacer —dice sin dudar, y eso hace que un nudo de agonía se instale en mi garganta.

—Lo sé —asiento porque casi no puedo articular palabra.

—Lo que intento explicarte es que durante muchos años no soporté que nadie me tocara, pensé que nunca volvería a desear a alguna mujer. Jamás había sentido eso que todos los hombres decían sentir, hasta que apareció Esmeralda. —solo con escuchar ese nombre se me revuelve el estómago.

—¿Qué tiene ella Sebastien? —es algo que quiero poder comprender, por más que me duela.

—Cuando la conocí permití que se acercará porque es gitana como yo, luego me di cuenta de que ella era capaz de excitarme, pero bajo mis términos.

Frunzo el ceño no entiendo lo que quiere decir y él parece notarlo, hasta me parece verlo sonreír tristemente.

—Me olvidaba que eres tan inocente —dice satisfecho, solo alzo la ceja—. Lo que quiero decir es que no le permitía tocarme, no me besaba y siempre la poseía a mi manera, de forma brusca, sabía que con ella no tenía que controlarme, no temía hacerle daño, porque ella disfruta de ese modo.

—¿Quién puede disfrutar de tal cosa? —pregunto espantada, sin llegar a poder comprender a esa mujer.

—¿Qué padre abusaría de sus hijos? —me devuelve con una pregunta—. Por desgracia este mundo está lleno de depravación.

—Aquella noche juro por lo más sagrado que no fui con la intención de acostarme con ella, fui furioso a reclamarle que no volviera por estas tierras, pues me habían llegado rumores de que merodeaba por aquí, no quería que te abordara o algo peor.

Guarda silencio como intentando elegir las palabras correctas.

—Pero llevaba días intentando controlarme a tu alrededor, no quería saltar sobre ti como un degenerado. Ella me conoce, sabe mis puntos débiles y no voy a echarle la culpa únicamente a ella, no es justo. —me mira avergonzado, intento no derramar las lágrimas que me ahogan—. Me ofreció beber y lo hice. A partir de tercer o cuarto vaso empecé a sentirme muy mareado y sus caricias ya no me parecían tan mala idea, el resto es historia.

Ninguno de los dos habla, tengo tanto que preguntar y a la vez miedo a las

respuestas que no sé por dónde empezar.

—¿Por qué repites una y otra vez que querías evitar hacerme daño?

—Porque estaba al borde, llevaba tiempo sin acostarme con Esmeralda, tenerte a mi lado sin poder tocarte cada día me resultaba más difícil y mis demonios querían salir.

—¿Quiénes son tus demonios Sebastien? —pregunto, necesito sinceridad por su parte y sé que la obtendré.

—Escucho la voz de mi padre una y otra vez —gruñe con los ojos cerrados, como si temiera abrirlos y ver a su más temido fantasma.

—Le estas dando un poder que no tiene Sebastien, tu padre lleva años muerto y enterrado.

—Lo sé yo mismo le rebané el cuello —me mira esperando una reacción de mi parte.

—También sé eso, lo hiciste para salvar a mi tía Sarah, así que no esperes que me escandalice, cuando mi propia madre mató a tu abuelo.

—Nunca puedo ganarte —suspira—. ¿Nada de lo que te cuente te produce asco? ¿Rechazo?

—En todos estos años lo único que no he podido perdonarte, lo único que me repugna es que pensarás que acostarte con esa fulana no me haría daño.

—Ahora que ya es demasiado tarde lo he comprendido Valentina. En ese momento, me pareció lo mejor para que en nuestra noche de bodas no te hiciera daño con mi brusquedad. —dice en voz baja.

—Esa noche fue tan hermosa, tan especial, creamos una vida Sebastien y quiero que entiendas lo que fue para mí enterarme al día siguiente que mi marido no pudo serme fiel.

—¡Dios Santo! —exclama apartándose aún más de mí—. ¿Crees que para mí fue fácil? Me sentí el peor bastardo sobre la tierra, intenté decírtelo esa noche, no me quisiste escuchar —sonríe con la tristeza reflejada en su mirada—. Y doy gracias a Dios por ello, porque me permitiste vivir lo más hermoso que he vivido en mi vida, me abriste los ojos —suspira—. No sabes cuánto has llegado a sanarme, es una lástima que para llegar a este momento haya tenido que perderte.

No me mira y sé que es porque no quiere que vea el esfuerzo que hace por no derramar las lágrimas que desde hace rato le empañan los ojos.

—No sé si alguna vez llegues a perderme Sebastien —susurro asustada de dar el paso, de dejarle volver a acercarse a mí.

Me mira de golpe, aun sin poder creer lo que he dicho.

Me acerco a él viendo su rostro, intentando descubrir si lo que dice, lo que siente es real, es verdadero.

Mi corazón así lo siente.

Pero tal vez es mi gran anhelo.

Alzo la mano y le acaricio su rostro barbudo, lo veo tan diferente y a la vez tan igual.

Cierra los ojos, aspira mi aroma y puedo jurar que noto como se relaja, al contrario de lo que pensaba no me incomoda ni siento ningún sentimiento negativo al tocarlo, así que decido dar el siguiente paso. Necesito saber si sigo sintiendo esas mariposas en mi estómago cada vez que lo beso.

Me acerco a él, que aún permanece con los ojos cerrados y uno mis labios con los suyos.

En un principio se queda inmóvil, como asustado.

Pero en pocos segundos me encuentro entre sus brazos, intento no rozar su herida, él parece que la ha olvidado.

Nos besamos como si fuera la primera vez, algo torpes, nerviosos.

Pero me doy cuenta de que me invaden las mismas sensaciones que siempre y eso no sé si me alegra o me aterra.

Nos separamos en busca de aire, ambos abrimos los ojos al mismo tiempo. Sebastien apoya su frente en la mía.

—¿Que vamos a hacer? —pregunta asustado por mi respuesta—. No lo sé —susurro por respuesta, veo la tristeza y la decepción en su mirada.

Pero no me suelta.



Sebastien Mackencie.

No lo sé...

Esa es su respuesta y, aunque me lo esperaba y es lo único que merezco, me duele.

Pero no la suelto, puede que nunca más pueda volver a tenerla de este modo así que no pienso soltarla tan fácilmente.

Ella no me rechaza y eso me da un rayo de esperanza, al menos mi contacto no le repugna.

Las palabras que me dijo aquel fatídico día aún resuenan en mi cabeza.

Me das asco... me repugnas.

Intento alejar de mis los malditos pensamientos, esas palabras que se clavaron en mi como un puñal en el corazón y que no creo que pueda llegar a olvidarlas, no viniendo de la persona que más he amado en la vida, y no es el rencor quien habla por mí, sino mis miedos, mis inseguridades.

Ninguno habla, yo no lo hago por temor. ¿Qué puedo decirle, que no le haya dicho ya?

Sé que fui un miserable bastardo, pero me estoy cansando de mendigar un perdón que no merezco y que, con seguridad, jamás obtendré.

—¿En qué piensas? —susurra contra mi pecho, erizando la piel a su paso.

—En que no sé qué más hacer o decir para que nos des la oportunidad de ser felices— intento contener la impaciencia, el enfado.

—¿Crees que la hay? —pregunta levantando la vista hacia mí, percibo el miedo y la desconfianza en sus bellos ojos azules.

—Yo si lo creo, es lo que más deseo, dejar todos estos años tan amargos atrás y poder comenzar a ser feliz por fin con mi familia.

—Tengo tanto miedo Sebastien —su voz temblorosa me hace saber que intenta controlarse, que intenta ser fuerte.

—¿Crees que yo no? —pregunto dispuesto a darle a conocer mis miedos—. No solo debo luchar contra un pasado que ha marcado mi vida, sino que debo enamorarte de nuevo y en el proceso debo aprender a ser padre.

—No debes volver a enamorarme. Nunca he dejado de amarte, pero si debes recuperar mi confianza, a partir de ahora debes contarme todo, si tienes pesadillas acude a mí, te abrazaré, si sientes que tus demonios te atormentan, acude a mí los espantaré por ti —lo dice tan seria, tan convencida que siento un gran orgullo por esta pequeña mujer que tengo entre mis brazos.

—Lo haré, te prometo que no voy a dejar que nada ni nadie vuelva a separarnos —beso su frente embargado por una emoción infinita.

—¡Júralo Sebastien Mackencie! —me exige—. Júrame que nunca más volverás a traicionarme —suplica.

—Mi corazón siempre ha sido tuyo, y a partir de hoy juro por lo más sagrado que mi cuerpo y mi alma también lo son —la miro a los ojos, en los suyos veo aun la duda, pero al fin una sonrisa trémula aparece en sus hermosos labios y para sellar el juramento me besa trasportándome lejos de todo.

Pasa el tiempo entre besos y caricias y, aunque la deseo con todo mi ser, no creo que ella esté preparada para entregarse a mí de nuevo.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltan, no puedo evitar maldecir en voz baja por la interrupción. Valentina se aleja un poco de mi dispuesta a abrir, pero se lo impido, su cara de extrañeza no me pasa desapercibida, no quiero asustarla con mis sospechas, no quiero contarle el último sueño que tuve con mi pequeña hermana.

Abro la puerta y me sorprende ver a Rachell con una cesta en sus brazos, no me mira, aunque sé que si lo hiciera vería la condena en sus ojos, ante ella soy igual de despreciable que Keylan.

—¿Qué ocurre? —pregunto intentando contener mi enfado por la intromisión.

—La señora me envía a traer algo de comida y bebida —susurra.

—¡Basta Sebastien! —ordena mi mujer empujándome—. La estas asustando.

—¡No he hecho nada! —intento defenderme—. No es mi culpa que tu amiga sea tan asustadiza.

Recibo una mirada reprobatoria por parte de mi mujer y Rachell alza la cabeza con rapidez y me mira con furia en sus ojos.

—¡No soy asustadiza! —Exclama, entregándole la cesta a Valentina.

—¡Vaya si sabes hablar! —me encanta hacer rabiar a estas pequeñas mujeres, hacía semanas que no tenía emoción por nada, que no deseaba reír.

—¡Dije basta Sebastien! —me reprende Valentina con los brazos cruzados —. ¿Qué demonios te ocurre?

No respondo y las dejo a solas, tengo la impresión que Rachell quiere hablar con mi esposa, solo espero que no intente hacerle cambiar de opinión respecto a mí y nuestro matrimonio.

Las escucho susurrar y puedo deducir que están hablando de Keylan, oigo algo sobre un beso y por lo que escucho la pequeña Rachell está bastante molesta. ¿Qué habrá hecho ese mocoso ahora? Tanto que quiso arreglar nuestro mal entendido y él no es capaz de convencer a esa mujer que está loco por ella.

Al fin se marcha, cuando mi esposa cierra la puerta y deja la cesta en la mesa me mira como pidiendo una explicación para mi comportamiento, solo me encojo de hombros intentando contener una sonrisa, ella me mira asombrada, mejor que nadie sabe que no está en mi carácter bromear ni reír, pero hoy me siento feliz por tenerla a mi lado. Me siento muy agradecido y aliviado por poder tener la oportunidad de recuperarla, doy las gracias a Dios por darnos esta oportunidad de ser felices.

—No está bien eso que has hecho Sebastien, Rachell no ha hecho nada para merecer ni tu burla ni tu furia.

—Nos ha interrumpido —le recuerdo.

—Seguía ordenes de mi madre, sabes de sobra que sus órdenes se cumplen al igual que las de mi padre.

—Lo sé, solo quería molestarla un poco —intento cambiar el rumbo de la conversación.

Ella solo asiente y empieza a inspeccionar que hay dentro de la cesta.

Empieza a sacar pan, vino, algo de fruta y queso.

A decir verdad, se me hace la boca agua, llevo días que prácticamente no como nada.

Comemos en silencio, la veo un poco pensativa incluso preocupada y esa tenue sospecha de que cambie de opinión me asusta.

—¿Qué ocurre Valentina? —pregunto dispuesto a quitarme la sensación de pánico que me invade.

—Mi hermano no deja de meter la pata con Rachell, no ha podido contarme todo con pelos y señales, pero solo sé que la besó y según ella no pudo evitar corresponderle, ahora se siente mal consigo misma.

Suelto el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo, está preocupada por su hermano, no porque dudase de la decisión que ha tomado de darnos una oportunidad.

—Bueno nada me sorprende de Keylan, pero si lo hace la tozudez de esa muchacha. Se aman, ya va siendo hora de que decidan que quieren hacer. Ella debe decidir si desea vivir su vida con amargura o por el contrario si desea pasarla al lado del hombre que ama y que la ama.

—¿La ama sinceramente? —pregunta—. Porque déjame decirte que a pesar de ser mi hermano no le perdono lo que ha hecho.

—¿Y por qué a mí sí? —inquiero.

Guarda silencio, aparta la mirada y aunque puede que no me guste lo que vaya a decirme, estoy cansado de andar sobre arenas movedizas.

—Es una pregunta para la que no tengo respuesta, tal vez tengas razón es hora de que Rachell supere el error de Keylan o se aleje para siempre.

—Dejemos que ese par solucione sus problemas. Nosotros tenemos los nuestros.

Asiente y me dedica una mirada cargada de un sentimiento del que ignoro su significado real, es como si estuviera luchando con ella misma, y ese es un sentimiento que conozco muy bien.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? —Pregunta algo nerviosa, quedan pocas horas para que oscurezca y aunque deseo decirle que la quiero en mi cama, tal vez no sea aún el momento.

—¿Qué deseas hacer tu? —la interpelo, procurando no sonar ansioso para no presionarla.

Solo me mira dudosa, casi puedo leer en su mirada la lucha continua en la que vive, el dolor que mis malditas acciones ha producido en ella me está matando. Creo que nunca por muchos años que llegue a vivir podré perdonarme a mí mismo el haber reducido a esto a mi querida Valentina.

Nunca ha sido insegura o temerosa y el único culpable soy yo...

—Creo que sería mejor que me fuera al castillo, mañana puedo venir a curarte, tal vez podamos dar un paseo —dice esperanzada, aunque sé que la idea no le satisface del todo.

Intento ocultar la desilusión y asiento, solo deseaba poder dormir abrazado a ella, oliendo su aroma, solo ella es capaz de alejar las pesadillas.

Una sombra de dolor cruza por sus ojos, no entiendo el porqué, estoy respetando sus deseos a pesar de los míos.

—Nos veremos mañana, pequeña —intento sonreír, mas no lo consigo.

Sin recibir respuesta y cabizbaja se encamina hacia la puerta, la abre y sin mirarme susurra—: Buenas noches, Sebastien

Una vez que se cierra la puerta, aprieto con fuerzas mis ojos esperando tal vez que al volverlos a abrir ella no se haya marchado.

Pero estoy solo, como siempre.

Valentina Mackencie

No me ha detenido, no me ha pedido que me quede...

Eso duele, ¿ya no me desea? El solo pensamiento hace que desee llorar, pero intento controlarme, debo dejar de comportarme como una niña. Soy una mujer, llevo en mi vientre a mi primer hijo.

Nunca he sido así. Esta mujer asustadiza, desconfiada y amargada no soy yo. Me niego a seguir permitiendo que esa maldita mujer siga destrozándome la vida, alejándome del hombre que he amado toda mi existencia.

¡Se acabó!

Decidida regreso sobre mis pasos y sin llamar a la puerta entro y veo como Sebastien se sobresalta, me mira incrédulo, cierro de golpe y sin pensar, sin permitir que mi mente nuble mi razón me acerco hasta él y lo beso con desesperación nacida de la impotencia y el miedo que me causa sentirme así, al borde de un precipicio.

Cuando nos separamos por falta de aire, me mira como si no pudiera creer que estoy a su lado, como si pensara que soy una alucinación.

—Has vuelto... —susurra abrazándome.

—Pensaba que te era indiferente si me iba o me quedaba —respondo aliviada por su reacción.

—¿Indiferente? —inquire—. Valentina se me ha partido el corazón al verte marchar, pero ante todo quiero respetar tus deseos.

—Mi deseo es estar a tu lado, estoy harta de darle poder a esa arpía de separarme de ti —digo apretando los dientes furiosa, solo de recordarla.

—Shhh... —me ordena que guarde silencio—. Ni por un momento he recordado a esa mujer, no lo hagas tú por favor.

Asiento y le paso los brazos por su fuerte cuello evitando apoyar mi peso

en su pecho, aunque es lo que más deseo, me encanta recorrer su fuerte y musculoso pecho, pero por ahora eso no es posible.

Ambos estamos sumidos en nuestros pensamientos, yo intentando reunir valor para hacer lo que mi cuerpo desea. ¿Y si me rechaza? ¿Y si no soy capaz?

Tantas preguntas sin respuestas...

—Sebastien —me mira esperando y no encuentro el valor—. ¿Ya no me deseas, es por eso por lo que no me has retenido?

Veo como mi pregunta lo desconcierta, se separa un poco de mí y cuando vuelve a mirarme parece que lo hace como si me hubiera vuelto loca.

—¿Has perdido la razón mujer? —gruñe, coge mi mano y sin vergüenza alguna me hace tocar la parte de su cuerpo que se endurece a mi contacto, intenta controlar un gruñido que brota desde lo más profundo de su garganta, y aunque me muero por retirar la mano no lo hago, la acaricio con lentitud haciendo que él cierre los ojos presos del placer.

No sé qué más hacer, así que poco a poco retiro la mano y él abre los ojos. Sus pupilas están dilatadas, respira con rapidez, no parece avergonzado; yo por el contrario siento mis mejillas arder.

—No debes avergonzarte pequeña —susurra con voz profunda—. Te deseo, lo haré hasta el día que me muera, nunca dudes que mi cuerpo te pertenece. Soy tuyo Valentina Mackencie.

Mi corazón se desboca al escucharlo, no puedo evitar sonreír. ¿Cómo noamarlo?

—Yo también soy tuya, Sebastien —acaricio su cara y me acerco para besarlo de nuevo, él me devuelve el gesto algo brusco; no me asusta. Al contrario, me gusta, me gusta que él se deje llevar, que no me trate como una mujer frágil.

Sé que esto va a descontrolarse cuando comienza a desatar mi falda, no me opongo, quedo en enaguas y camisola. No siento frío, su mirada me calienta como ningún fuego puede hacerlo, trago saliva intentando apaciguar la sed que tengo.

—Te deseo pequeña, pero no quiero hacer nada que tú no desees como yo.

Como respuesta, lo cojo de la mano y me encamino a la gran cama. Me acuesto sobre ella y atraigo a mi marido, parece dudar, pero cuando susurro su nombre se deja llevar.

Si nuestra noche de bodas fue especial, esta noche es mágica, es como si fuera nuestra primera vez, otra vez. Sebastien me muestra otra faceta de él.

Sigue siendo tierno y cuidadoso, pero se deja llevar más por la pasión que nos embarga, no se contiene y eso me vuelve loca de placer. Durante un instante en el que parece recuperar la cordura o caer en cuenta de algo, se detiene preocupado.

—¿Él bebé? —pregunta con su frente perlada de sudor.

—No vas a hacerle daño —susurro acercándolo más a mí, deseando que siga con su posesión.

Duda, pero cuando abrazo sus caderas con mis piernas haciendo su penetración más profunda ambos gemimos y olvidamos todo lo demás, solo existimos él y yo, para siempre.



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481.

Han pasado los meses, en cualquier momento mi bebé puede nacer. Desde hace una semana dormimos en el castillo, pues mi madre se siente más tranquila teniéndome cerca y debo reconocer que yo también.

Todo está preparado para la llegada del próximo miembro del clan Mackencie y, su llegada es deseada por todos.

Los meses transcurridos han sido raros, no puedo decir que han sido maravillosos pues no todo ha sido un cuento de hadas. Sebastien y yo aún estamos luchando por nuestro matrimonio; por mi parte, haciendo mi mejor esfuerzo en olvidar y dejar todo atrás, y él está luchando contra su pasado, por desgracia es algo que nunca podrá olvidar por completo, pero solo por ver cómo lo intenta por mí, me hace sentir orgullo y un amor inmenso por él, y al mismo tiempo mis pequeñas dudas siguen atormentándome de vez en cuando.

Discutimos como todos los matrimonios, ambos tenemos mucho carácter y además he descubierto que mi amado esposo es muy celoso, no le gusta ver que algún hombre me mire y eso que eso es casi imposible en nuestro clan. Por otro lado, respetan demasiado a mi padre y a Sebastien como para propasarse conmigo.

Por mi parte me he centrado en mi inminente maternidad, durante estos meses tanto Rachell como Eara han sido mis más leales acompañantes, tanto que se han convertido en mis únicas amigas.

Rachell sigue empeñada en casarse, y queda poco tiempo, apenas unas

semanas para que ella se marche, mi hermano ha intentado de todo menos lo único que haría que ella se quedara; siempre que se acerca a la muchacha lo hace en su forma más brusca, orgullosa y brabucona. Lo entiendo es su forma de protegerse a sí mismo, pero lo único que consigue es alejarla más, si eso es posible.

Noto como Rachell se emociona cada vez que lo ve y como su brillo se apaga cuando no consigue lo que su corazón más anhela.

Por su parte Eara, no se atreve siquiera a hablar con mi hermano Aydan, siempre bromeo diciendo que se ha enamorado del hermano de carácter más dócil, pero ni así pierde el temor.

Tengo esperanzas pues he visto como en varias ocasiones mi hermano la mira o incluso la busca, puede que aun piense que Rachell significa algo para él, pero sé que es inteligente sabrá reconocer el amor cuando lo tenga enfrente.

Llevo varios días durmiendo intranquila, mi enorme vientre me es incómodo, aunque me encanta sentir las patadas de mi bebé haciéndome saber que está sano y fuerte, preparado para conocer el mundo y llenar nuestra vida de alegría.

Tras acabar de vestirme, bajo las escaleras con mucho cuidado en busca de mi madre o de Marie para que me acompañen a dar mi paseo matutino. Andar me hace bien, no logro encontrarlas, decido dar mi paseo sin compañía ya que me siento algo nerviosa, como si algo fuera a ocurrir, tal vez es porque la llegada de mi bebé está cerca, muy cerca.

Decido caminar por fuera del castillo, atravieso el gran puente que une la isla con el camino que lleva al pueblo más cercano, hace un día frío lleno de niebla, pero incluso el clima me relaja, desde que mi embarazo ha avanzado tanto paso un calor horrible, aunque todo el mundo esté muerto de frío.

Mis pasos son lentos, disfruto del silencio, del sonido de la naturaleza, aún es temprano y mucha de la gente no ha salido si quiera de sus hogares.

Miro hacia atrás con la sensación de que alguien me sigue, sin embargo, al voltearme no veo a nadie. No me gusta el presentimiento que me ha embargado de repente, es como si algo más fuerte que yo me obligase a correr hasta ponerme a salvo. Al mirar a mi alrededor caigo en cuenta de lo mucho que me he alejado mucho del castillo. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Sebastien lleva meses advirtiéndome que no sea tan despistada, tan confiada porque incluso estando en la tierra de los Mackencie estoy en peligro.

Empiezo a caminar más rápido, —todo lo que mi avanzado estado me permite—. Me cuesta respirar por el esfuerzo. Vuelvo la mirada atrás una vez

más y entro en pánico porque he visto una sombra; ahora mis dudas se convierten en una certeza, alguien me está siguiendo, y si va escondiéndose es porque no tiene buenas intenciones. No llevo nada para defenderme, lo que más me asusta es no poder proteger a mi hijo.

—¿Por qué corres Valentina? —a través de la niebla escuchar esa voz que pensé no volvería a escuchar, hace que me detenga inmobilizada por el terror.

Al fin mi perseguidor se deja ver y cuando lo tengo enfrente no puedo creer lo que mis ojos están contemplando.

Marcus...

Un Marcus irreconocible, ha perdido un ojo, está más delgado, lleno de suciedad.

—Tú estabas muerto —susurro espantada, mirando hacia todos los lados, rezando por un milagro.

—Tu maldito gitano no me mató —ríe como demente—. ¡Pero me ha convertido en un monstruo! —grita haciendo que retroceda asustada.

—¿Qué haces en tierra de los Mackencie? Debes irte o mi padre te matará —intento dialogar con él, ganar tiempo para poder escapar.

Vuelve a reír como un desquiciado y se acerca más a mí a la par que retrocedo.

—No sigas huyendo Valentina, he vuelto por ti —su sonrisa malvada me hiela la sangre—. Vas a venir conmigo sin oponer resistencia alguna.

—No voy a ir a ningún lado contigo Marcus, si te marchas ahora te juro que no le diré nada a nadie.

—¡Deja de tratarme como un estúpido! —sin darme tiempo a escapar, me coge fuerte por el brazo, dejó salir un gemido más que de dolor, de pánico.

—¡Suéltame! —grito ya sin importarme nada más, sólo quiero escapar, que alguien me salve.

—Grita todo lo que deseas, mi señora. —ríe a carcajadas—. Tu misma me has puesto en bandeja de plata el poder capturarte, siempre fuiste una niña tan estúpida.

Me arrastra varios minutos por el camino hasta que nos adentramos entre los árboles, en ningún momento dejo de intentar escapar. Sin embargo, dejo de hacerlo cuando Marcus cansado por mis intentos de librarme de su agarre me enseña un gran cuchillo haciéndome comprender que no voy a salir con vida de este secuestro.

—Si no te callas voy a rajarte de arriba a abajo —sisea contra mi cara, su aliento putrefacto me da náuseas que consigo detener.

Es así como desisto de cualquier amago para escapar, solo me queda rezar porque Sebastien y mi padre logren salvarme a tiempo. Si no estuviera en peligro la vida de mi bebé, lucharía contra él. Pero no puedo arriesgarme a que provoque algún daño.

Llegamos a un claro donde hay dos caballos atados, me obliga a montar en uno y él lo hace en el suyo.

—No puedo montar, eso podría hacer que el niño quiera nacer —digo asustada.

—Mejor —responde gruñendo y emprendiendo la marcha, obligando a mi montura a cabalgar a su paso, al cabo de un rato ciento dolores que me hacen llorar por temor a que mi bebé nazca tan lejos del hogar y con un loco por secuestrador.

—¿Falta mucho? —pregunto intentando controlar el dolor.

No responde. Sin embargo, obtengo mi respuesta cuando veo una pequeña choza delante de nosotros, no sé cuántas millas hemos recorrido, creo que ya no estoy en tierra de los Mackencie.

Gracias a Dios que hemos llegado a nuestro destino, pues no puedo soportar el dolor. Marcus me ayuda a bajar del caballo sin cuidado alguno, pero yo no le dejó ver lo mal que me siento, pues no me preocupa mi salud, ni siquiera mi vida, si no la de mi hijo.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué me has traído hasta aquí? —pregunto por milésima vez, intentando comprender su proceder.

—Haces demasiadas preguntas, muchacha —me empuja hacia la puerta—. ¡Entra! — ordena.

Cuando abro la puerta me quedo congelada de horror al ver quien se encuentra en su interior recibíendome con una sonrisa malévola.

Esmeralda...

—Volvemos a vernos perra Mackencie —dice obligándome a entrar a empujones.

—Por desgracia —respondo mirando a mi alrededor—. ¿Qué os ha poseído para cometer semejante estupidez?

—Vas a pagar por haberme arrebatado a Sebastien —sisea.

—¿Y tú Marcus? ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te ha hecho mi padre? Él te acogió en el clan cuando no tenías nada.

—¿Qué que me hizo el bastardo de tu padre? —alza la voz—. ¡Mató a mi madre!

—¿Quién fue tu madre? —inquiero con un terrible presentimiento.

—¿Te suena de algo el nombre de Isabella?

—Fue la zorra de mi padre durante años y si la mató fue para salvar a mi madre —respondo con furia, entendiendo por qué este hombre ha sido capaz de mentir durante años solo para vengarse de nosotros.

—La zorra inglesa de tu madre era la que tenía que morir. ¡No la mía! — sigue gritando, hasta que Esmeralda lo tranquiliza, le susurra algo y él sonríe entregándole una daga, que ella la observa con un brillo desquiciado en los ojos, y cuando vuelve a mirarme lo que veo en sus ojos me hace retroceder protegiendo mi vientre.

—Comencemos, milady —se acerca a mí, intento huir, pero Marcus me lo impide.

Grito y grito, pero nadie me escucha. Nadie viene a mi rescate.

Que Dios me ayude.

Sebastien Mackencie

El entrenamiento que llevamos horas practicando es el más difícil, no todos los muchachos llegan a competir contra el Laird y duran mucho tiempo en tan arduo combate, pero su hijo Keylan tiene la fuerza y el coraje de los Mackencie.

—Está bien, muchacho —dice Alexander sin siquiera parecer cansado—. Sabemos quién va a ganar, ríndete y acabemos toda esta tontería.

—No voy a rendirme, padre —gruñe en respuesta intentando herir a su contrincante—. Hazlo tú, reconoce que ya estás viejo —ríe cuando su padre gruñe en respuesta.

Puedo ver a Rachell intentando aparentar que no está preocupada por Keylan, a pesar de no querer perdonarle, no puede dejar de sentir lo que siente.

El combate acaba como siempre, Alexander después de permitir que su hijo se desfogue, vence no sin antes hacerle un pequeño corte limpio en el hombro, que será fácil de curar pero que ha hecho que Rachell asustada se acerque hasta el mayor de los gemelos Mackencie.

No obstante, y para sorpresa de todos; él se aparta de su contacto y se marcha veloz, miro a mi Laird buscando respuestas.

—Esa muchacha testaruda se va a marchar antes de tiempo para casarse, mi hijo ya no lo soporta, por eso dejé que hoy me desafiara, prefiero que luche contra mí a que busque la muerte presa del dolor y la ira.

Asiento comprendiendo esa sensación, porque yo mismo busqué la muerte en miles de batallas cuando pensé que había perdido para siempre a mi mujer, al amor de mi vida.

¿Dónde estará? Suele venir a verme después de su paseo, pero hace horas que debería haber vuelto, falta poco para que oscurezca.

—¿Has visto a Valentina? —pregunto a Rachell que intenta disimular su llanto.

Sólo niega con la cabeza y se marcha corriendo, empiezo a sentirme intranquilo y Alexander parece buscar algo con la mirada, vemos a Marie a lo lejos preguntando a varias mujeres, parece ansiosa y eso no me gusta.

Ambos corremos a su encuentro.

—¿Qué ocurre Marie? —quiero saber—. ¿Dónde está Valentina?

—Eso es lo que intentamos averiguar, no está en el castillo ni en los alrededores, incluso ya mandé a algunas muchachas a la cabaña por si hubiera ido a por algo, pero no está —dice llorando.

—¿Pero qué locura es está? —grita Alexander—. Mi hija no puede desaparecer, así como así.

—Algo ha debido ocurrir, algo horrible —gime Marie—. Brianna ha enloquecido, no para de llorar y gritar llamándola, no soporto verla así.

Alexander hecha que correr, por un momento me quedo inmóvil; sin poder creer que los malos augurios que me advirtió mi hermana se hayan hecho realidad, no he sabido proteger a mi mujer, y ahora puede ser que este en grave peligro, puede que jamás vuelva a verla con vida.

—¡Sebastien! —escucho el grito de mi suegro que me saca de mi trance—. ¡Mueve el maldito trasero debemos buscar a Valentina!

Reacciono y echo a correr, están todos los hombres preparados para iniciar la partida de búsqueda. Keylan dirigirá un grupo, al igual que Ian, Aydan, Alexander y yo, de esa forma recorreremos cada rincón de toda Escocia si hace falta.

Mis hombres y yo nos dirigiremos a las tierras de un clan enemigo desde hace muchos años, el clan de Isabella, antigua amante de Alexander.

Casi oscurece y eso nos va a dificultar la búsqueda.

Dios santo, Valentina está a punto de dar a luz, cualquier mal movimiento o cualquier disgusto podría ponerla de parto y hacerlos peligrar a ambos.

Rezo todo lo que sé mientras recorremos milla a milla, casa por casa.

Nadie sabe nada, nadie ha visto nada y cada vez tengo más miedo...

¿Dónde estás mi amor?



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481

He gritado cuando me han llevado a la fuerza hasta el mugroso camastro, he gritado cuando a punta de cuchillo me han obligado a beber un brebaje que no ha ayudado a que el mal que siento hace horas desaparezca.

Llevo horas gritando por el dolor que parece va a partirme en dos en cualquier momento, mis captores hacen oídos sordos a mi sufrimiento; según la perra de Esmeralda lo que me han obligado a tomar es para acelerar el parto, pero temo que sea para matar a mi bebé, intento no llorar y mantener la calma, sé que debo conservar las fuerzas, ya que las voy a necesitar.

Pero cuando siento algo caliente salir de mi cuerpo, miro entre mis piernas y descubro que estoy sangrando pierdo la poca cordura que me queda.

—¡Mi bebé! —grito, presa de la agonía más absoluta—. Estáis matando a mi bebé...

—Puede que sí o puede que no. Puede que el bastardo sobreviva — responde Marcus con indiferencia.

—Viva o muera, te arrebataré lo que más amas, cómo tú me hiciste a mí — habla por primera vez en mucho tiempo Esmeralda.

—¡No te saldrás con... la tuya! —gruño por el dolor. Ella se acerca posicionándose entre mis piernas, intento impedirlo, pero un nuevo dolor me hace flaquear.

—El bastardo ya está preparado para nacer... ¡Empuja! —Ordena y la obedezco porque mi hijo quiere nacer.

—¡No es ningún bastardo! —siseo empujando con todas mis fuerzas.

—¡Cállate y empuja! Si no quieres que te abra para sacarlo —advierde, y sé que dice la verdad, está dispuesta a lo que sea para llegar a mi bebé.

Grito durante horas, cada vez me siento más débil, el dolor y la pérdida de sangre está comenzando a afectarme, por más que empujé mi hijo no logra salir.

—Ya no puedo más —jadeo en busca de aire.

—Juro perra, que si en los próximos empujones no pares, te lo saco yo — Esmeralda se está impacientando—. Pon la daga al fuego Marcus, está zorra no sirve ni para parir.

Marcus duda, pero sólo durante unos segundos, veo como obedece y prepara una gran daga, ahora sé que no dudarán en abrirme en canal. No les importa si muero, sólo les importa mi hijo, ella sabe muy bien que si algo le ocurre destrozará a Sebastien.

Empujo con todas las fuerzas que me quedan y siento una presión horrible en mis partes, pero no me detengo aun cuando siento algo salir que me hace gritar de dolor y alivio a la vez.

—¡Sigue! —ordena con una sonrisa que me da escalofríos—. La cabeza salió.

Doy un último empujón y por fin escucho el llanto de mi bebé, Esmeralda sin mucho cuidado lo coge, y lo observa.

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada.

—No sirves para nada, has parido una inservible niña —contesta con asco.

¿Una niña? Sonrió mi querido esposo tenía razón, él siempre insistió en que sería una niña.

—Marian... se llamará Marian —susurro intentando no cerrar los ojos ante el agotamiento.

—Sabría qué dirías algo así —la miro como está limpiando a mi hija, quiero que me la entregue y así se lo hago saber.

Parece dudar, sin embargo, al fin me la entrega. No puedo evitar romper a llorar porque a pesar de todo el dolor, el miedo y de la situación en la que me encuentro, es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Tiene los ojos grandes y negros como su padre, y el pelo también parece oscuro, pero lo que más me llama la atención es su mirada, es como si ya la hubiera visto antes.

En sus ojos veo a la pequeña Marian...

No me siento bien, la debilidad se apodera de mí, mis párpados pesan,

pero lucho contra el letargo que amenaza con invadirme porque no pienso dejar a mi hija con este par de locos.

—Se está desangrado —observa Marcus, que espera a que Esmeralda haga algo, ella sólo se encoge de hombros—. ¡Haz algo estúpida! Este no era el plan, sólo teníamos que deshacernos del bastardo.

—Si ella vive regresará al lado de Sebastien, mejor que muera desangrada, yo tenía pensado rajarle el estómago para sacar al bebé.

—¿Te volviste loca? ¿Crees que, aunque ella muera, Sebastien te perdonará? —ríe y en el semblante de ella puedo ver el dolor por un instante.

—Seguro que no, pero le habré arrebatado todo lo que ama —me quita a mi hija y aunque intento oponer resistencia no lo consigo.

—¡No le hagas daño! —exclamo con las pocas fuerzas que me quedan—. Llévala junto a mi familia por favor, haz conmigo lo que quieras, pero no le hagas daño —le suplico aterrada.

Se la entrega a Marcus quien la coge sin saber muy bien que hacer, mi pequeña no deja de llorar e intento levantarme, pero no puedo. Empiezo a llorar, suplicando que no le haga nada y que me la devuelvan.

Esmeralda se acerca a mí, levanta la sábana que me cubre y el olor de la sangre me invade...

—Te estás muriendo maldita zorra, pero antes de que lo hagas quiero decirte que voy a llevarme a tu hija, Sebastien no la encontrará nunca. Cuando llegue hasta aquí, si es que lo hace, tú ya estarás muerta —sonríe y se dispone a marcharse, pero se detiene, como si hubiera recordado algo, se vuelve hacia mí—. Se me olvidaba, debo confesar que... si drogué a tu marido, sabía que nunca te traicionaría de otro modo.

Gruño de dolor. Sollozo destrozada, el tiempo que pasé culpándolo sólo a él, y en cierta forma, era otra víctima de esta arpía, las horribles palabras que le dije, los meses separados, podría haberlo perdido para siempre. Él mismo me lo dijo, buscó la muerte de mil formas distintas, gracias a Dios no la encontró y regresó a mi lado.

Esta maldita mujer lo único que hace es reírse de mi sufrimiento, de mi dolor.

—¡Maldita seas mil veces Esmeralda! —la maldigo con toda la rabia que siento ahora mismo.

—Pobrecita —se burla—. Te sientes mal por como trataste a Sebastien, ¿verdad? No lo hagas, te aseguro que disfruté.

Sollozo aún más al escuchar sus palabras, porque a mi mente llegan

imágenes de ellos dos juntos, disfrutando del placer que yo encontré en brazos del hombre que amo.

—Púdrete en el infierno, maldita zorra —esas son sus últimas palabras antes de irse con mi bebé en brazos.

Grito con todas mis fuerzas, suplico e imploro. Pero hacen oídos sordos a mis ruegos, a través de las lágrimas veo como se marchan dejándome sola, llevándose a lo que más amo en esta vida.

No sé cuánto tiempo paso gritando el nombre de Esmeralda, incluso el de Marcus rezando por que vuelvan, porque me devuelvan a mi pequeña, poco a poco las fuerzas abandonan mi cuerpo, no he dejado de sangrar.

Con un último esfuerzo me dejó caer del lecho, el dolor por la caída no es comparable al que siente mi corazón en estos momentos, debo salir de aquí y pedir ayuda, sé que Sebastien no puede estar muy lejos, porque esté donde esté, él siempre me encontrará.

Sólo le pido a Dios que lo haga pronto pues no me quedan fuerzas, me siento mareada y al volver la vista atrás me doy cuenta del reguero de sangre que voy dejando a mi paso, me arrastró como puedo; pero no llegó muy lejos, no puedo más, mi visión empieza a oscurecerse, y hace rato que me he quedado casi sin voz de tanto gritar.

Me dejó caer, rindiéndome por fin a lo inevitable, voy a morir y ni siquiera he podido despedirme de Sebastien, no volveré a ver a mi familia y lo peor de todo es que he fallado a la hora de proteger a mi propia hija ¿Qué clase de madre soy?

Ni siquiera tengo fuerzas para llorar, aunque las lágrimas brotan solas de mis ojos ya semi cerrados.

Intento aguantar despierta pues soy consciente de que cuando me duerma no despertaré nunca más. Sin embargo, la inconsciencia me vence y me dejó arrastrar, ¿por la misma muerte?

Que Dios se apiade de mi *alma...*

Sebastien Mackencie

En pocas horas llegamos al clan Macloud, no solemos venir por estas tierras; son enemigos nuestros desde que Alexander mató a Isabella y a varios de sus hombres, a esta gente no le importan los motivos que tuviera el Laird de los Mackencie, la lealtad hacia la que fuera mujer del Laird ganó la partida,

desde entonces el odio es mutuo entre nuestra gente.

Poco me importa eso ahora, si debo acabar con este clan para encontrar a mi mujer y mi hija lo haré.

Como lo temía, nuestras preguntas no obtienen respuesta, sólo insultos y órdenes de marcharnos de sus tierras; esas son sus palabras. Me niego a ello; no lo haré, no sin Valentina y estoy casi seguro de que se encuentra aquí.

El miedo y el coraje por haberle fallado a mi familia está acabando con la poca paciencia que tengo, y estoy dispuesto a acabar con esta maldita desobediencia enseguida, estos malditos campesinos parecen olvidar quienes somos, y que gracias a nosotros las fronteras y los clanes se mantienen a salvo, pese a nuestras diferencias.

Desmonto de mi caballo y desenvaino mi espada, dispuesto a desafiar al primero que ose abrir la boca para volver a decir alguna estupidez, pero por suerte para ellos y para mí, se acerca una mujer un poco mayor que yo, con un crío entre sus brazos.

—Mi señor yo sé dónde se encuentra su esposa, la hija del Laird Mackencie —me asegura sin miedo, alto y claro.

—¡Cállate, Margot! —grita un viejo, que al parecer es su padre.

—No voy a callarme padre, Marcus va a pagarme el daño que me ha hecho. —responde firme—. Hace casi un día que pasó por aquí, iba acompañado por una mujer embarazada, no le acompañaba su amante, esa maldita gitana —su desprecio y el odio que desprenden sus palabras me hacen saber que ella ha sido amante de Marcus.

—¿Y tú quién eres? ¿Por qué quieres ayudarme? ¿Qué tiene que ver el bastardo de Marcus en todo esto? —pregunto sin entender nada

—Soy Margot Macloud; la mujer de Marcus, este es su hijo —me enseña al bebé que no tendrá más de dos primaveras—. Nunca ha estado mucho en casa, pero saberlo ahora con esa maldita gitana... quiero venganza y sé que usted me la puede dar.

—¿De qué hablas mujer? Maté a Marcus hace meses —no entiendo nada de lo que dice esta mujer.

—No murió mi señor, llegó a casa muy mal herido, incluso perdió un ojo. —explica tranquila, no puedo creer que ese miserable siga vivo—. Los odia más que nunca, y la obsesión que siente por la hija de los Mackenzie lo ha llevado a la locura.

Cierro los ojos maldiciendo mi mala suerte, creí que estaba muerto, ojalá lo hubiera atravesado con mi espada.

—¿Cómo sabes el nombre de la mujer que lo acompaña? —insisto de nuevo.

—Ella misma me lo dijo, me enfrenté a esa ramera, le exigí que dejara a mi marido en paz, no me hizo el menor caso. —gruñe furiosa.

Su padre vuelve a exigir que guarde silencio, pero ella no está dispuesta a obedecer, puedo ver que, si esta mujer alguna vez amó a Marcus, todo ese amor se ha transformado en un profundo odio.

—¿Eres consciente de que acabas de condenar a tu marido? Porque voy a matarlo.

—Y al fin seré viuda, seré libre. Lo odio, con la misma intensidad con la que lo amé tanto tiempo atrás. —dice, confirmando lo que pensaba.

—Sea —asiento y ella me devuelve el gesto, me explica hacia donde se dirigía ese mal nacido, me dice que hay una choza abandonada, allí es donde seguramente se esconde.

No pierdo más el tiempo y ordenó a mis hombres emprender la marcha a todo galope, cada minuto que mi mujer pasa con ese par de locos, su vida peligran. Espero no llegar demasiado tarde, es algo que no podría soportar. La muerte de Valentina y mi hija sería un peso que no podría llevar sobre mi espalda, no sé cómo, pero encontraría el modo de reunirme con ellas.

Recorremos las pocas millas que separan la choza abandonada del poblado y cuando a lo lejos podemos divisarla ordeno a mis hombres que desmonten, no podemos alertar a Marcus de nuestra llegada porque podría reaccionar con miedo y matar a Valentina.

Con pasos rápidos pero silenciosos nos acercamos a nuestro destino, encargo a dos de mis hombres que se marchen para buscar a Alexander y que traigan a la curandera por si es necesaria aquí, algo me dice que mi esposa está herida.

Me quedo junto a tres de mis hombres, más que suficiente para acabar con esos dos; porque no voy a tener piedad con Esmeralda, se lo advertí varias veces, no se detuvo después de seducirme a pocas noches de casarme, tenía que secuestrar a la mujer de mi vida y por ello, ella perderá la suya.

Hago la señal y entramos empuñando nuestra espada, pero dentro de la choza no hay nadie, sólo un lecho ensangrentado que me hiela la sangre. ¿Qué te hicieron Valentina?

—¡Sebastien! —exclama Michael, uno de mis hombres. Miro en la dirección que él lo hace y un jadeo se escapa de mi boca.

Corro hacia donde está el cuerpo de Valentina rodeado de sangre, está fría

y no contesta a mis llamados.

—¡Valentina! —la zarandeo buscando respuesta a mis súplicas—. Mi amor despierta.

La mezo entre mis brazos llorando como un niño, sin importarme que mis hombres me vean en semejante estado, años atrás viví este mismo momento con Marian, su pérdida casi acabó conmigo, pero esto es insoportable.

Me doy cuenta de que ha dado a luz y que mi hija no está aquí. Ordeno a los hombres que la busquen, mientras intento reanimar sin éxito a mi mujer.

—Vamos Valentina, tienes que abrir tus ojos —digo mientras acarició su rostro—. No puedes dejarme sólo.

Poco a poco veo como hace el esfuerzo por abrir sus hermosos ojos, me contempla con una mirada vacía, ida...

—¿Sebastien? —pregunta tocando mi rostro con su trémula mano, su voz ronca, rota me confirma que ha pasado horas gritando—. Tanto rezaba a Dios para que la muerte no viniera a buscarme estando lejos de ti.

Sollozo aún más si cabe, al escucharla decir esas palabras...

—Siempre te encontraré en esta vida y en la otra, pero tú no vas a morir. ¿Me oyes?

—Mi vida se acaba aquí mi amor, pero tú debes seguir luchando, debes encontrar a Marian, si la hubieras visto... tiene los ojos de tu hermana —murmura entre lágrimas.

—¿Cómo puedes pensar en dejarme? —susurro acongojado.

—Es el destino de cada uno Sebastien, me has hecho muy feliz, ahora te dejo a cargo lo más preciado, nuestra hija, encuéntrala y cuídala. Que se críe al lado de mi familia, dile quien es, háblale de mí, de lo mucho que la quiero... —no puede seguir hablando pues sus propios sollozos la ahogan.

—¡Cállate! —ordeno asustado—. No vas a dejarme, no vas a dejarnos, tu padre está en camino y trae a la curandera, sólo tienes que aguantar un poco más.

—Te amo, siempre lo he hecho y siempre lo haré. Volveremos a estar juntos, pero no tengas prisa, te estaré esperando en el otro lado, no pienses que te dejo sólo, tanto yo como tu hermana estaremos velando por ti.

—Te amo tanto —Me abrazó a ella fuerte, como si así pudiera evitar que la muerte se la llevara, no sé cuánto tiempo pasa hasta que me doy cuenta de que Valentina es un peso muerto entre mis brazos.

Me separó un poco de ella y veo como sus ojos se han vuelto a cerrar, ¿tal vez para siempre?

—¡No! —mi rugido debe escucharse hasta el fin del mundo pues mi dolor es infinito—. Valentina.



Sebastien Mackencie. Eilean Donan, 1481.

Sé que aún no está muerta porque escucho su corazón...

Pero no resistirá mucho tiempo, estoy desesperado porque no sé qué hacer, si la nuevo puedo acabar de matarla, si la dejo morirá desangrada y de igual modo me siento tan impotente, estoy viendo como mi mujer pierde la vida poco a poco sin poder evitarlo.

El ruido de caballos me alerta y sin soltarla empuño mi espada dispuesto a defenderla de quien sea, aunque no creo que Marcus sea tan imbécil como para volver aquí.

La puerta se abre de golpe y veo entrar a Alexander y a una de nuestras curanderas, no es la del clan, sino la del clan vecino que está más cerca de donde nos encontramos.

—¿Valentina? —susurra con pánico mi suegro dejándose caer de rodillas cerca de nosotros, roza el rostro de su hija y aparta la mano, dubitativo—. Dime que no está muerta —escuchar el ruego en su voz no me sorprende.

—Le falta muy poco, apártense para que pueda trabajar —ordena la mujer mayor—. Quitad esas sábanas empapadas y poner cualquier otra cosa. ¡Que esté limpia por favor!

Obedecemos sin pensarlo dos veces, por suerte hay más sábanas en esta choza abandonada, lo que me hace pensar que era el escondite de Marcus y Esmeralda, y que llevaban bastante tiempo aquí.

Cuando la cama esta mejor de lo que estaba, levanto a mi mujer con suavidad y la dejo en el lecho, ni siquiera eso la hace reaccionar.

La curandera observa entre sus piernas y por el gesto de su cara sé que no es nada bueno, empieza a buscar algo en su bolsa y saca varias yerbas y brebajes, todo ante nuestra atenta mirada.

—No voy a mentiros, mi señor —habla dirigiéndose a Alexander—. Su hija está prácticamente muerta, ha sido un parto difícil y por lo que puedo ver ha sido atendida con brusquedad, incluso con salvajismo, si consigo salvarla, aconsejaría que no volviera a quedar encinta, pues no puedo asegurar que soportará otro parto —eso me lo dice a mí, solo asiento, soy capaz de no volver a tocarla jamás si con eso la mantengo con vida, a mi lado.

—Sálvela, por favor —ruego sin importar quedar en evidencia delante de mi suegro, que parece estar en trance, solo mira el cuerpo inerte de su hija, como si esperara que despertara de un momento a otro.

—Ya les he dicho que haré todo lo posible, pero no soy Dios —responde sin mirarme.

No sé cuánto tiempo pasa, para mi parecen horas que se me hacen eternas, pero cuando al fin la curandera habla ambos nos sentimos aliviados, lo sé porque los dos soltamos el aire que estábamos reteniendo.

—He conseguido detener el sangrado, he curado sus partes, mas no puedo hacer. —se levanta y nos mira. En ella veo el cansancio y las pocas esperanzas que tiene de que Valentina sobreviva—. Mas ya os aviso si aparece la fiebre no lo soportará, en las próximas horas es muy probable que haga aparición, si es así, no pasará de esta noche, debéis traer a la madre.

—Sebastien... —no dejo siquiera que acabe de hablar.

—No voy a moverme de aquí mi señor, por primera vez voy a desobedecer una orden de mi Laird, pero no voy a dejar sola a Valentina. Enviar a alguno de vuestros hombres, al más veloz; pues mi señora querrá estar al lado de su hija —le digo serio, sin titubear en mi decisión.

Él solo asiente y se marcha durante unos minutos fuera para hablar con sus hombres.

—He mandado traer una carreta —informa al volver a entrar.

—Mi señor, su hija no soportaría el viaje, aunque solo sean unas millas —le advierte la curandera

—Soy consciente de ello mujer, pero si mi hija se salva, en cuanto pueda la llevaré a Eilean Donan, y si Dios me la arrebatara igualmente, llevaré su cuerpo para que descansa junto a nuestros antepasados.

Pasan unas cuantas horas y el Sol está ocultándose tras las montañas, no me he separado de Valentina, sostengo su pequeña mano entre las mías, la beso

de vez en cuando, y todos nos sobresaltamos cuando empieza a quejarse y revolverse, la curandera no tarda en acercarse y tocar su rostro, la mirada que me dirige me lo dice todo.

—La fiebre ha aparecido, no pasará de esta noche, mi trabajo aquí ha terminado. Lo siento mucho —rebusca algo en su bolsa y me entrega una pequeña botella—. Intente que se la beba, si esto no funciona, nada lo hará.

Y tal como llegó, se marcha. Solo quedamos Alexander y yo, cada uno a un lado del lecho, observando como poco a poco la vida de la persona que amamos se va apagando.

Escuchamos caballos, Brianna ya está aquí al menos llegará a tiempo para poder despedirse de su querida hija, estoy intentando no llorar y es un gran esfuerzo el que realizo.

—¿Por qué la curandera se ha marchado? —entra como una tromba y cuando ve el estado en el que se encuentra su hija solo susurra una y otra no.

—No... no... ¡Mi hija no! —grita cayendo al suelo, Alexander corre a levantarla y le susurra algo al oído que le hace llorar aún más.

—No voy a dejar que mi hija muera, soporté las fiebres y ella también lo hará —afirma convencida—. Traer agua helada lo más fría posible y paños.

Alexander se marcha a ordenar que traigan lo que su mujer ha pedido, ella se acerca a su hija y empieza a susurrar algo en su oído, sonrió porque mi mujer reacciona a la voz de su madre.

—Eso es hija mía, tu madre está aquí —la besa mil veces en el rostro rojizo por la fiebre—. Debes luchar Valentina Mackenzie, no estoy dispuesta a enterrarte. ¿Me escuchas, niña?

Cuando Alex aparece con el agua y los paños; Brianna no tarda en ponerse en acción, durante toda la noche va cambiando el agua y los paños, nosotros insistimos en que descanse, podemos turnarnos, pero ella se niega a alejarse de su hija. En mitad de la noche cuando la fiebre parece que va a consumir a mi esposa, Brianna me pide ayuda para desnudarla, Alexander por pudor sale mientras nosotros nos encargamos de recorrer todo su cuerpo con el agua helada, sobre todo su cabeza y el torso.

Ella ya está más allá de nosotros, no sé cuánto más puede aguantar, aun así ni su madre ni yo vamos a rendirnos, estamos exhaustos, pero no vamos a parar hasta que ella abra sus preciosos ojos de nuevo.

—La fiebre no baja —susurra asustada mi suegra—. ¿Qué más puedo hacer para no perder a mi hija, Sebastien?

—No lo sé... —Y es cuando recuerdo que la curandera me dio un pequeño

frasco ¿Por qué no intentarlo? —La curandera me dio esto antes de irse —le muestro el pequeño objeto y ella me lo arrebató de las manos.

—¿Por qué demonios no se lo diste? —grita furiosa—. Ayúdame a alzarla —ordena

Alzo su cabeza que cae inerte hacia atrás, pero con cuidado vuelvo a levantarla de modo que Brianna pueda darle el brebaje, al principio se resiste, sin embargo, su madre consigue que lo beba, vuelvo a dejarla tumbada.

—Ya no nos queda más que esperar, y rezar a Dios —dice acongojada la pequeña mujer que tengo delante, la que ha luchado durante horas como un verdadero guerrero.

—Lo conseguirá Brianna, sé que lo hará —acoto intentando convencerla a ella y a mí mismo.

—¿Dónde está mi nieta Sebastien? —pregunta por primera vez, como si no se hubiera permitido pensar en nadie más que en su hija.

—No lo sé, cuando llegué aquí solo estaba Valentina. Ella me dijo antes de perder el conocimiento que Marcus y Esmeralda se la habían llevado, ya envié a mis hombres a buscarla, y no descansaré hasta encontrarla.

Ella asiente como si hubiera perdido toda esperanza.

La noche da paso al amanecer. Brianna se dejó vencer por el cansancio y las lágrimas, en cambio, yo sigo velando a mi esposa; pendiente de cada gesto y cada respiración que hace, porque cada minuto temo que sea el último, cada aliento que expira me aterra que sea la última vez que lo haga.

Me pongo alerta cuando todo se queda en calma. Lleva varios minutos sin quejarse o removerse inquieta, el pánico se apodera de mí y me levanto bruscamente despertando a Brianna, quien a su vez se acerca rauda al lado de Valentina.

—¿Qué ocurre? —pregunta

—Esta helada —digo con los ojos empañados en lágrimas acariciando su rostro, Brianna me imita y suspira aliviada.

—No ocurre nada Sebastien, esta helada porque la fiebre ha desaparecido —me asegura feliz, marchándose para darle la buena nueva a su marido y los hombres que hay afuera, los cuales no se han movido de su sitio al lado de su Laird, para las buenas y para las malas; eso significa ser un clan, ser una familia.

—¿Por qué no despierta? —Increpo al cabo de un rato, hemos vuelto a vestirla, solo con su camisón, y hemos vuelto a encender el fuego.

—Ella necesita descansar, despertará cuando esté lista —me contesta

Brianna.

—Despierta mi amor, vuelve a mí. —susurro en su oído mientras le acaricio su pelo negro.

Que Dios te permita volver a nuestro lado...

Valentina Mackencie

Cuando me dejo vencer por el letargo que me invade, puedo escuchar a lo lejos la voz de mi amado esposo, sus gritos de agonía, llamándome suplicando que no lo deje.

Yo no deseo dejarlo, pero mi cuerpo ya no responde. No siento miedo, ni dolor, solo tristeza por todo lo que dejo atrás y por lo poco que Dios me ha permitido vivir.

El dolor de Sebastien me está desgarrando el alma, y lucho contra el cansancio y la sensación de tranquilidad que percibo, no sé dónde me encuentro, solo sé que ya no estoy en el mundo de los vivos.

—¿Valentina? —pregunta una voz que me resulta muy familiar—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Por qué mi hermano está sufriendo tal agonía?

Es Marian. Mi gran amiga Marian. ¿Estoy soñando? No, debe ser que es ella la que viene a buscar mi alma. ¿Quién mejor que mi querida y dulce niña?

—¿Vienes a por mi alma? —la cuestiono acercándome a ella, y pudiendo abrazarla al fin.

Ella se queda inmóvil, como desconcertada...

—Esto no está bien —susurra apartándose de mí—. Esto no es un sueño, es real —Lo dice más para sí misma que para mí—. Estas, muerta —afirma espantada

—Creo que sí, Marian —respondo con el corazón atravesado por la pena.

—¡Tu no deberías estar aquí! —Niega con fervor—. ¡No es tu hora!

—El destino está escrito querida, tu misma lo decías siempre.

—Y es cierto, por eso te digo que no es correcto que estés aquí conmigo. ¡Debes volver, este no es tu sitio!

—Pero he muerto Marian, me he desangrado. ¿Si este no es mi sitio, entonces cuál es? ¿Acaso me he ganado un sitio en el infierno? —Pregunto

asustada sin entender.

—No digas tonterías, muchacha estúpida. ¡Debes regresar con mi hermano! Deja de hacerlo sufrir.

—¿Puedo regresar a su lado? —inquiero, aun sin poder creer que tenga la oportunidad de regresar a la vida—. ¿Y tú? No quiero dejar de verte.

—Puedes y debes marchar, tu sitio aún no está aquí, y no te preocupes por mí, volveremos a vernos dentro de mucho tiempo.

—¿Y mi hija, y Marian? —pido saber esperanzada, veo como su rostro cambia a una tristeza absoluta.

—No puedo decirte nada sobre eso, solo decirte que algún día volverás a reunirte con ella.

—¿Cuándo? —pregunto ansiosa, no me vale esa respuesta tan evasiva.

—No está en mi mano revelar el futuro querida hermana, ahora debes regresar junto a los tuyos, pero antes tengo un mensaje que quiero que des a mi hermano, pues mi misión aquí ha terminado —sonríe aliviada—. Quiero que le digas que lo amo, que siempre estaré con él, aunque ya no pueda verme; que una parte de mi vive en él y en su hija, debe vivir por los dos y que sea feliz, inmensamente feliz, os estaré esperando al otro lado.

Me besa y abraza por última vez, cierro los ojos para absorber este momento que no quiero que termine jamás.

—Ahora. ¡Vuelve! —esas son las últimas palabras que escucho antes de que una sensación extraña me invada, es como estar cayendo al vacío desde una de las torres más altas de Eilean Donan.

Y de repente vuelvo a escuchar todo. Escucho varias voces, me remuevo inquieta porque un calor abrasador consume mi cuerpo.

Pero me calmo cuando escucho la voz suave y tranquila de mi querida madre, ella me pide que luche que no debo abandonar a toda la gente que me quiere, incluso me confiesa que dejo a Keylan llorando cuando uno de los hombres de mi padre le dijo que debían darse prisa si quería llegar a verme con vida.

Mi querido hermano, aún recuerdo cuando era un renacuajo que seguía mis pasos allá donde fuera. Ahora, aunque distanciados sé que me ama igual que yo a él, y solo espero sobrevivir para poderlo ver feliz al lado de la mujer que ama.

Pero por encima de todo; deseo vivir para pasar el resto de mis días junto

al hombre que siempre he amado, al hombre que me ha enseñado lo que es amar por encima de todas las cosas, incluso de la misma muerte, el que me ha enseñado lo que es el perdón y el sacrificio.

Ese hombre que estoy escuchando sollozar mientras mi madre intenta aliviar mi ardor con agua fresca que siento como humedece mi cuerpo sin lograr sofocar el calor abrasador. Es como estar en las llamas del infierno.

Sé que debo luchar. Estoy consciente que tengo una gran batalla por delante, pero debo recuperarme y salir de aquí para poder buscar a mi hija y cuando encuentre a esos desgraciados que me la han arrebatado y casi acaban con mi vida, juro que yo misma le arrebataré la vida con mis manos, aunque sea lo último que haga en este mundo. Aunque ello sí me condene al fuego eterno.

No sé cuánto tiempo pasa, cuando siento que Sebastien me alza. Me quejo y remuevo, no quiero que nadie me toque, pues parece que el calor aumenta.

Mi madre me obliga a beber algo que sabe horrible, pero si ella me lo da es por algo; así que obligo a mi garganta reseca a tragar.

Sea lo que sea lo que me ha dado no pasa mucho tiempo hasta que siento como el calor va desapareciendo, siento frío, pero lo agradezco, y por fin puedo sumirme en un sueño tranquilo y reparador, debo reunir fuerzas para todo lo que el destino me tenga deparado.

Me despierta la voz susurrante de mi esposo. Al principio no entiendo lo que dice, parece estar rezando, pero poco a poco se van haciendo más claros sus murmullos.

«Tienes que despertar Valentina, debes volver a mí...»

Su ruego me parte el alma, me duele hacerle sufrir de este modo, no obstante, el cansancio todavía no abandona mi cuerpo, escucho como mi madre intenta tranquilizarlo, pero yo quiero ser quien le dé algo de paz, así que hago un esfuerzo enorme por abrir mis ojos, por susurrar su nombre.

—Se...bastien —Digo con voz pastosa, ya que mi boca esta reseca y pide a gritos un poco de agua.

—¡Valentina! —susurra aliviado. Me besa la frente, los labios resecos, las mejillas bañadas de lágrimas—. ¡Has despertado! —sonríe más feliz que nunca, y su sonrisa es lo más hermoso que mis ojos pueden contemplar en estos momentos—. ¡Esta despierta! —grita para que todo el mundo sepa que volví de entre los muertos.

Mis padres entran corriendo. ¿Por qué estarían afuera? Mi pregunta tiene respuesta inmediata, cuando veo a mis dos hermanos entrar raudos detrás de mis progenitores.

—Alabado sea el Señor, que me ha devuelto a mi hija —mi madre me besa con amor, mi padre la imita, aunque intentando no apretarme con sus fuertes brazos, todos están llorando, pero de alegría.

Mis hermanos se abrazan a mi sacudidos por fuertes sollozos, yo solo puedo acariciarlos con torpeza pues las fuerzas vuelven a mi poco a poco.

—Dejar de atosigar a vuestra hermana, debe descansar, voy a preparar algo de caldo. Tu vuelve a dormir —me ordena, solo puedo sonreír, pues es cierto que el sueño vuelve a reclamarme.

Los ojos me pesan y viendo el rostro más tranquilo de mi marido y con su dulce promesa me vuelvo a dejar arrastrar a los brazos del descanso.

—Duerme mi amor, descansa, estaré aquí cuando despiertes.



Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1481.

Ha pasado una semana y por fin podré volver a casa, no estoy fuerte por completo, pero ya no hay peligro, incluso la curandera que me atendió ha dado su consentimiento.

Durante todos estos días he intentado comer y descansar todo lo posible, con el fin de poder marcharme de aquí cuanto antes y emprender la búsqueda de mi hija. Todos los hombres Mackencie e incluso los clanes aliados están en su búsqueda. Sin embargo, hasta ahora nada han logrado, el no poder tener a mi bebé entre mis brazos es un dolor que me consume poco a poco y sé que para Sebastien está siendo un infierno, el no haber podido proteger a su hija es una carga con la que no podrá convivir por mucho más tiempo.

Toda la familia está desesperada pues ya han recorrido toda las Tierras Altas sin dar con el paradero de ese par de desgraciados, solo queda recorrer las Tierras Bajas y si no se encuentran allí, es porque han salido de Escocia.

¿Pero hacia dónde? ¿Dónde está mi hija? ¿Volveré a verla alguna vez?

El sentimiento de angustia que me provocan todas esas preguntas, el no saber si está viva o muerta, no me permite dormir por las noches, por más que haga el mejor esfuerzo e intente no preocupar más a mis padres y a mi esposo. Mis hermanos se han unido a la búsqueda de mi hija al igual que mi padre y aunque Sebastien se muere por ir el mismo a destruir casa por casa si es preciso para encontrarla, se niega a dejarme. Sé que teme a que si él se va yo me deje embargar por la pena y no luche por recuperarme, lo que él no sabe es que tengo un motivo muy poderoso para levantarme de esta cama, mucho más

que el amor que pueda sentir por él o mi familia. Y es el amor que siento por mi hija, esa pequeña que me robó el corazón cuando me miró con esos ojos llenos de sabiduría.

Mi hija, mi hija es mi mayor estímulo; por ella soy capaz de atravesar el mismo infierno si es allí donde la tienen, entregaría mi vida a cambio de la suya.

—¿Estas lista Valentina? —pregunta mi esposo—. Los hombres ya están listos.

Asiento intentando sonreír, él se acerca a mí y me coge entre sus brazos, puedo andar, aunque me fatigo mucho, así que Sebastien no me permite dar ni dos pasos. Me lleva hasta la carreta que mi padre mandó a traer pensando que transportaría mi cuerpo sin vida a Eilean Donan, donde sería enterrada junto a mis antepasados. Por suerte; Dios tenía otros planes para mí uno que aun no entiendo, así como tampoco logro comprender porque me ha permitido vivir, para tener que padecer el dolor de perder a mi hija.

En la carreta me acompaña mi madre quien me cuenta que Keylan está muy ilusionado porque Rachell decidió atrasar su marcha hasta que yo volviera viva a muerta, pero madre está preocupada, pues mi hermano es impredecible muy parecido a mi padre en carácter, y si la mujer que ama al fin decide marcharse para casarse con otro no sé cómo vaya a reaccionar, no sé cómo superará ese golpe, aun siendo el responsable de la elección que ha tomado Rachell.

Ella está huyendo del dolor que le produjo la traición de mi hermano, la única vía de escape que ella ha encontrado es refugiarse en un matrimonio sin amor, sin emociones, de modo que ella no sufrirá en el futuro.

En mi opinión está condenándolos a un infierno con tal decisión, pero cada uno es responsable de sus actos, y el destino decidirá donde los conducirá, tal vez sus caminos se separen ahora y algún día vuelvan a unirse, yo creo que el amor es el sentimiento más puro y poderoso, y por ello siempre se debe luchar, si caemos volvemos a levantarnos las veces que sean necesarias, para mi rendirse no es una opción, eso es algo que me enseñó mi padre desde muy pequeña.

Y mi hermano Aydan es igual de estúpido al dejar pasar a un amor sincero y desinteresado por creerse enamorado de la misma mujer que su hermano, quien a su vez no le corresponde más que como un buen amigo, es triste y difícil de asumir, pero él debe hacerlo. Debe buscar su lugar y dejar de estar a la sombra de su hermano mayor, no obstante, aunque yo desee ayudarlos, son

ellos los que deben luchar y encontrar su sitio como yo luché y encontré el mío. Además, en este momento lo que más me importa es encontrar a mi hija, sin ella nada tiene sentido, y aunque sea lo último que haga la traeré a casa. A su hogar.

Llegamos a Eilean Donan casi al anochecer pues la marcha ha sido lenta debido a mi estado, me siento fatigada pero no digo nada, Sebastien me ayuda a bajar, le pido que me deje en el suelo pues quiero contemplar mi hogar, al que pensé no volvería.

Todos salen a recibirme, mis hermanos son los primeros. Por su aspecto, no tienen muy buenas noticias, me abrazan y antes de que pueda siquiera preguntar es Rachell quien me abraza fuerte contra ella.

—Creía que nunca te volvería a ver —susurra conteniendo el llanto.

—Estoy aquí es lo que importa, querida —sonrió para intentar calmarla, en su mirada veo la tristeza, la lástima que siente por mí.

—Ahora ya puedo partir tranquila sabiéndote bien —sonríe sin que esa sonrisa llegue a sus ojos.

—¿Partir?! —exclama mi hermano—. Creí que no lo harías, me dijiste que no te marcharías.

—Hasta que Valentina volviera de un modo u otro —aclara con seriedad—. Tu hermana ya está aquí, es hora de que marche para reunirme con mi prometido.

—¿Entonces nunca cambiaste de parecer? —pregunta con voz estrangulada—. Has decidido dejarme, olvidar lo que tenemos. Eso es una elección muy cobarde.

Veo como el rostro de Rachell se tiñe de rojo, y no es por vergüenza.

—Es una elección inteligente, no quiero pasar mi vida rodeada de tus mujeres, te lo dije hace meses Keylan, lo que había entre nosotros lo asesinaste cuando te encamaste con otra, y por lo que a mí respecta está discusión es ridícula, concéntrate en encontrar a tu sobrina y déjame a mí en paz.

Todos nos quedamos en silencio, mis padres se han alejado un poco junto a Aydan que mira de reojo hacia nosotros Ian y Marie intentan tranquilizar a su sobrina algo avergonzados por cómo le acaba de hablar al hijo de su Laird, y yo no sé qué más hacer, así que decido dejar todo en manos del destino, lo que tenga que ser será.

—Sea —asiente mi hermano—. Por mí puedes irte al mismísimo infierno.

Dicho lo cual se marcha y poco después lo veo salir como alma que lleva

el diablo con su caballo. ¿A dónde irá? Estoy dispuesta a gritar llamándolo, pero Sebastien niega con la cabeza.

—Necesita estar solo, acaba de perder a la mujer que ama. Debe asimilarlo.

Asiento. Rachell se despide avergonzada, su tío después de besar mi frente se marcha tras ella, Marie me abraza durante lo que parecen horas.

—Mi querida niña, creí que no te volvería a ver nunca más —solloza.

—Estoy aquí Marie, aún te quedan muchos años para soportarme.

—Entremos esposa, hace frío —me dice Sebastien algo impaciente por saber las noticias que puedan tener.

Asiento y dejo que vuelva a cargarme en brazos. Al entrar en el gran salón el calor de la lumbre me reconforta, me siento en una de las sillas y todos me observan, algo en sus miradas me deja saber que nos son buenas nuevas lo que van a decirme.

—Hemos recorrido las tierras bajas. No hay rastro de ellos, la última pista la perdimos en las fronteras —dice mi hermano Aydan.

Intento no desmoronarme, más no lo consigo. Las últimas esperanzas se desvanecen y con ellas mis ganas de vivir.

Mi esposo me abraza, susurrando una y otra vez una promesa que sé que cumplirá

No vamos a rendirnos, no nos rendiremos...

Sebastien Mackencie.

Sostener a mi mujer entre mis brazos mientras solloza destrozada por no poder encontrar a nuestra hija, cuando lo único que deseo es romper cualquier cosa a mi paso, me es difícil.

Pero ahora más que nunca ella me necesita, la promesa que acabo de hacerle es algo que pienso cumplir. No me importan los años que me cueste, hasta mi último aliento, hasta mis últimas fuerzas estaré buscando a mi hija. No descansaré hasta que mi esposa vuelva a tenerla entre sus brazos.

Brianna intenta consolarla sin éxito por lo que aprovecho para hablar con Alexander y Aydan.

—¿La pista se pierde en las fronteras? —pregunto, Aydan asiente—. Bien iré a Inglaterra.

—¿Crees que es tan fácil? ¡Allí no nos podemos mover con total libertad como en nuestra patria! —exclama Alex —¿Crees que no deseo quemar los

cimientos ese país, hasta encontrar a mi nieta?

—Yo creo que es una pista falsa, Esmeralda es irlandesa, ¿no? —Pregunta mi cuñado.

—Sí, al menos eso me dijo. Ahora no confío en nada de lo que me dijo esa zorra —gruño furioso.

—¿Entonces qué hacemos? —Inquieta ansioso Aydan.

—Comenzaremos por Irlanda, primero la frontera y luego nos adentraremos.

Asentimos porque estamos de acuerdo con lo que dice nuestro Laird, si no se encuentran en Irlanda, entonces seguiremos buscando en Inglaterra.

Vuelvo a acercarme a mi esposa quien está algo más calmada, le beso la frente y la cojo de nuevo entre mis brazos para subirla a nuestra habitación, ya que nuestra cabaña no está presentable para pasar la noche.

Con cuidado la dejó en el lecho, la observó y me mata la mirada de derrota que tiene en sus ojos, no sé qué hacer, siento que le he fallado como marido y como padre.

—Ni se te ocurra pensar de nuevo esas estupideces —dice con voz baja, cansada.

—¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando? —le pregunto con curiosidad, a veces me asusta lo conectados que podemos estar.

—Estás pensando que me has fallado, no lo has hecho Sebastien, me salvaste la vida en más ocasiones que las que puedo contar, y sé que me devolverás a mi hija —afirma con convicción.

—¿Cómo puedes estar tan segura, cuando ni siquiera sé por dónde comenzar? Ni siquiera sabemos si está viva. —Le digo intentando contener el dolor que ese pensamiento produce en mí.

—Marian, está viva —contesta convencida—. Y algún día volverá con nosotros, ella volverá a su hogar.

—No vamos a rendirnos —Decimos los dos a la vez, sonreímos como podemos y me acuesto a su lado abrazándola, pues solo nos tenemos el uno al otro en este duro trance.

Han pasado varios meses, he recorrido Irlanda y no he conseguido ninguna pista, es como si la tierra se los hubiera tragado. Volver a casa con las manos vacías de nuevo me hace sentir un completo inútil, si al menos tuviera alguna noticia, alguien que me dijera que los vieron pasar o que sabe dónde pueden

estar.

No me queda más remedio que volver a Eilean Donan a comenzar desde el principio.

El viaje es largo. Estoy agotado, deprimido y furioso. Odio la vida que me ha tocado vivir, lo único bueno que tengo y me arrebatan a mi hija, mi consuelo es Valentina. Ella es mi fortaleza, a pesar de estar destruida por dentro; cada día se levanta dispuesta a luchar, a no rendirse y yo sigo su ejemplo.

Llego con el alba a la fortaleza y mi sorpresa es que mi esposa me espera en la gran entrada, su sonrisa ilumina mi oscuridad, pero en su mirada veo esa sombra que no desaparece y nunca lo hará, no mientras Marian no vuelva a casa.

—Bienvenido al hogar, esposo —me recibe acercándose a mi mientras desmonto, hace casi tres meses que no la veo, y está preciosa, tal como la recordaba, incluso ha recuperado el peso perdido y un poco más diría yo.

Le abrazo porque las emociones no me dejan hablar. No tengo el valor de decir que vuelvo con las manos vacías y sin ninguna pista, ella me aprieta fuerte contra sí, como si necesitara sentirme cerca para creer que por fin estoy en casa.

Cuando nos separamos ella me mira sin ningún reproche y asiente con la cabeza, ya lo sabe sin necesidad de palabras.

—No la has encontrado —afirma intentando controlar el dolor, solo niego, me obliga a que la mire a los ojos, y vuelve a decirme las mismas palabras de siempre—. No nos rendiremos.

La beso con ansia, pues necesito de su calor, de su paz, pero somos interrumpidos por un carraspeo. Al subir la mirada me encuentro con que es Keylan, está mucho más fuerte que la última vez que lo vi, su mirada es más fría que antes si eso es posible. No veo humanidad en él. Desde que Rachell se fue, Keylan no ha vuelto a ser el que era, sigue compartiendo cama con cuanta mujer se le cruza, pero nada más. No hay amor, ni ternura, está vacío.

—Bienvenido a casa, hace unos días llegó una carta, creo que es mejor que la leas —Me la tiende y se marcha igual de silencioso como llego.

Querido Sebastien:

Sé que estarás volviéndote loco buscando a tu pequeña hija, sin saber si está viva o muerta.

Déjame decirte que está viva, crece cada día, esta fuerte y sana y se

parece mucho a ti, me paso horas contemplándola.

Deja de buscar pues nunca vas a encontrarnos, este es tu castigo por haber elegido a Valentina Mackencie, yo te he arrebatado a lo que más amas, igual que tu mujer me quito tu amor, tú eras mío Sebastien, el mejor amante que tendré jamás. Tu elegiste tu destino, ahora yo elijo el destino de tu hija.

Puedes estar tranquilo no voy a matarla, la criaré como si fuera la hija que nunca podré tener.

Adiós, Sebastien Mackencie.

Esmeralda.

—¡Hija de Satanás! —grito arrojando la carta a mis pies.

Valentina no la coge dejándome saber que ella la ha leído, me abraza intentando tranquilizarme, cuando debería estar gritándome, odiándome, mis actos la han afectado a ella y a mi hija.

—Todo esto es mi maldita culpa —susurro derrotado.

—No te olvides que Marcus también es responsable, es su venganza contra mi padre por haber matado a Isabella.

—La recuperaré, no importa cuánto tarde, pero la traeré a casa —es una promesa que he repetido miles de veces, y que estoy dispuesto a cumplir.

—Lo sé —me besa y la abrazo de nuevo, alzándola contra mí. Mi ceño se frunce al notar algo que no había notado antes—. Al fin lo notas, esposo.

Se aprieta un poco el vestido a su vientre y puedo notar que vuelve a estar abultado, el miedo se apodera de mí, doy varios pasos atrás alejándome, sintiendo que esta vez el destino si me la va a arrebatar sin poder hacer nada para impedirlo.

—La curandera te dijo que no volvieras a quedar encinta, Valentina —hablo con voz temblorosa.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr, soy como mi madre Sebastien. Ambas desafiamos a la muerte y salimos victoriosas, si el Señor nos ha mandado otro hijo que así sea.

—No puedo perderte a ti también —niego ofuscado por el miedo y el dolor.

—No lo harás —lo dice con tanta seguridad, que no puedo hacer otra cosa que creerle y rezar para que así sea.

Cogidos de la mano nos dirigimos a nuestra cabaña y mientras me baño ella me ayuda, sé muy bien que le encanta acariciarme; de ese modo, me

cuenta todo lo que ha ocurrido en estos meses de ausencia.

Rachell se fue dejando a los dos hermanos Mackencie con el corazón roto, aunque parece que Aydan está comenzando a entender que no amaba a la muchacha como él pensaba y pasa mucho tiempo con Eara, veremos que depara el futuro para él.

Keylan se ha convertido en un gran guerrero, y según me cuenta mi esposa está dispuesto a aceptar un casamiento por conveniencia entre él y la hija del clan MacArthur, un tremendo error según Valentina y Brianna, ambas intentan hacerle cambiar de parecer, pero parece ser que es en vano. Cada cual escoge su destino y en que infierno quiere quemarse.

Mis padres han vuelto a su hogar junto con mis hermanos, aunque James esta mucho fuera porque también intenta encontrar pistas sobre Marian.

Los días pasan, los meses pasan y los demás siguen con sus vidas. Nosotros intentamos hacer lo mismo, pero una parte nuestra se ha ido para siempre con nuestra hija. Somos fuertes por el hijo que estamos esperando, aunque ya nada volverá a ser igual.

Después del baño ninguno de los dos puede evitar consumir nuestro amor como lo hacemos, perdidos en una pasión que nos abrasa, que nos consume y nos deja saciados y conciliamos el sueño abrazados, esperando que el nuevo día nos traiga noticias, eso es por lo que rezamos cada noche, para que la luz del Sol nos de algo de paz, alguna señal, alguna esperanza.

Porque la esperanza es lo último que debemos perder, y porque algo muy en el fondo de nuestros corazones nos da la certeza de que algún día podremos abrazar de nuevo a Marian.

Mientras tanto su madre y yo nos seguiremos amando y guardando todo el amor que tenemos para ella, hasta que el Señor nos permita reunirnos.

Ruego a Dios para que ese día llegue pronto.



*Valentina Mackencie. Eilean Donan, 1500
Dieciocho años después...*

Han pasado los años y nunca más volví a ver a mi querida hija, he tenido que lidiar con esa pena y tratar de vivir lo mejor posible por mi familia. Mi esposo nunca volvió a ser el mismo y mi padre tampoco, el haber fracasado en la búsqueda de su nieta es algo que no ha podido superar.

Mucho ha pasado durante todos estos años, ahora todos estamos de nuevo aquí reunidos como cada año para celebrar el cumpleaños de mi hijo Evan, hoy cumple diecisiete años, es tan parecido a su padre, mis dos hijos se parecen a su padre, puede que la última vez que viera a Marian fuera una recién nacida, pero estoy segura de que hoy en día se parecerá a su padre y hermano.

Evan es temerario a pesar de que lo hemos sobreprotegido, incluso ya entrena con su padre y su abuelo, es algo que no he podido evitar, todos los hombres llegada la hora se preparan para ser guerreros Mackencie, los más temidos dentro y fuera de Escocia.

Su nacimiento no puedo negar que no fuera difícil, pero lo superé, Dios ya no me bendijo con más hijos, pero lo acepte.

Tía Sarah y tío James pasan aquí más tiempo que antes, ya que mi primo Duncan se encarga de las tierras de sus padres. Es sorprendente como pasa el tiempo y todos han crecido y han ido envejeciendo,

Tanto Duncan como su hermana Sophie están casados y muy felices, ellos

son los más tranquilos de la familia, los que no han vivido sobresaltos o grandes pasiones.

Mi hermano Aydan acompañado por su esposa Eara y sus cinco hijos, les costó encontrarse, no mucho, pero al fin mi hermano abrió sus ojos y es feliz junto a su familia.

Y mi hermano Keylan, ¡Dios Santo! Ha recorrido un camino lleno de dolor y sufrimiento para llegar a donde está ahora, estuvo casado durante trece años con Alpina Mc Arthur, fue un matrimonio horrible. Él nunca la amo y ella lo amaba demasiado; incluso llegó a volverse loca al final de su vida, murió hace cuatro años. Se suicidó tras perder el último de sus hijos. Sus embarazos nunca llegaron a término.

Así que mi hermano vivió durante muchos años un infierno, intentaba llenar su vida de batalla en batalla. Creo que buscando la muerte pues no tenía ningún motivo por el cual seguir vivo, hasta que hace cinco años llegó de nuevo a Eilean Donan, Rachell. Esa muchacha que se fue tantos años atrás volvía, pero no lo hacía sola, venía con dos hijas, Cora y Ruth, ambas niñas de diez años.

Volvió al quedarse viuda y eso le dio un motivo a mi hermano para seguir vivo. Ella lo rescató del infierno en el cual vivía, y aunque ella resistió todo intento por dejar que él se acercara a ella o a sus hijas; Keylan es Keylan, si se propone algo lo consigue, cuando el también quedo viudo meses después, Rachell dejó de tener excusa para pertenecer a quien siempre perteneció su corazón, y cuatro años después tiene dos hijos más, un niño que se llama Aleck y una niña de nombre Megan, ahora son felices al fin.

Mis padres siguen tan enamorados como siempre, juntos y más unidos que nunca, mi padre tan fuerte y fiero como siempre a pesar de que su pelo ya perdió su color, y algunas arrugas marcan su piel. Mi madre está empezando a envejecer también, aunque todos la veamos igual de hermosa.

Ian y Marie han visto a sus hijos casarse con buenas muchachas y son abuelos de varios nietos, son felices, y son parte de nuestra familia.

Y os preguntareis... ¿Y vosotros? Bueno, pues también somos más viejos y más sabios, recordamos nuestra juventud con añoranza, hemos tenido una buena vida, a pesar de que nos arrebataron una parte de nuestro corazón. Evan no ha remplazado a su hermana, los amamos a ambos, él conoce todo lo referente a Marian. Incluso miles de veces se han ofrecido a ir en su busca, porque sí, seguimos buscándola, juramos nunca rendirnos y no lo haremos.

Si la muerte llega a nosotros, mi hijo continuará con la misión de traer a su

hermana a casa.

Hoy es un día de celebración; pero no puedo evitar echar la vista atrás y ver lo que hemos avanzado, también lo que hemos perdido, pronto por el paso del tiempo y porque así es la ley de la vida, nuestros mayores se irán marchando, de eso fui consciente cuando Ian estuvo a punto de morir hace unos meses, él tiene la misma edad que mi padre y el solo pensamiento de que algún día Dios lo llamará a su lado me rompe el corazón.

—¿En qué piensas esposa? —la voz ronca de mi marido sigue erizándome la piel como antaño.

—En el paso de los años... en todo lo que hemos cambiado —susurro conteniendo la emoción.

—Envejecemos querida, eso es así —me besa el cuello haciendo que suspire de placer.

—Es cierto, mi querido gitano —respondo mientras me giro entre sus brazos, quedando cara a cara.

—Te amo —me dice serio, pero con ese brillo en la mirada.

—Yo también te amo, esposo —le beso y muy pronto ambos estamos sumidos en nuestro mundo, intentando controlar nuestra pasión, que a pesar de los años sigue intacta.

—¡Padre! —gruñe nuestro hijo al vernos, nos separamos con una sonrisa en la boca, es algo que no podemos ni queremos evitar—. Comportaos por favor.

—Y llegará el día que una muchacha te vuelva loco y te haré tragarte tus palabras —se burla Sebastien.

—Tal vez llegué pronto padre, hace unos días vi en el mercado a una muchacha hermosa, pelo y ojos oscuros, y se rumorea que es bruja —dice susurrando.

Sebastien me mira, por un momento mi corazón deja de latir.

No puede ser...

—No te acerques a esa muchacha hasta que no sepamos de donde viene, ni quien es su familia. —ordena mi esposo nervioso.

—No tiene familia, es pariente lejana de Cameron, y le acompaña otra muchacha —la pequeña esperanza que había comenzado a nacer en mi corazón muere al escuchar esas palabras.

Por un momento, llegué a pensar que tal vez Marian, había encontrado el camino para llegar hasta nosotros. Una estupidez por mi parte, desde luego.

Aunque no puedo quietarme de la cabeza a esa misteriosa muchacha.

De lo que sí estoy segura es que iremos a visitar a esa nueva muchacha que ha llegado hasta nuestras tierras.

Quiero encontrar a mi hija, lo necesito.

Solo deseo abrazarla y recuperar el tiempo perdido, explicarle que jamás la abandonamos y que todos los días desde que nos la arrebataron rezamos por tenerla con nosotros, que estos años sin ella han sido difíciles. Nos hemos perdido tanto de su vida, que somos completos extraños, y es algo que remediamos si ella nos lo permite.

Dios mío, termina ya con esta prueba tan dura que nos has impuesto.

Permítenos conocer a nuestra hija antes de que sea demasiado tarde...

FIN.